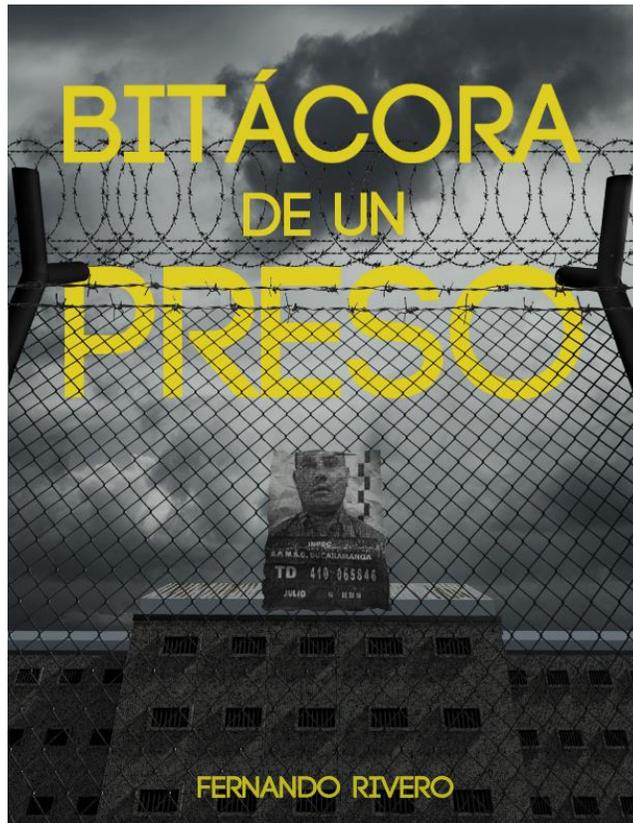


# BITÁCORA DE UN PRESO

Autor: Fernando Rivero



## PRÓLOGO

**Fernando Rivero, neófito en las letras y la literatura, demuestra en este su primer escrito, que tiene suficientes cualidades narrativas innatas que no todo el mundo posee. Dios el Todopoderoso le dio esa cualidad, que empezó a desarrollarla en los momentos en que la vida le marcó un acontecimiento imprevisto.**

**Fecundado irresponsablemente en una madre con seis hijos, todos en la degradación de la penuria, nació Fernando, creciendo en su época en medio de la evidente estrechez.**

**A punto de cumplir la mayoría de edad, emprendió la separación discreta de su casa sin despedirse de nadie, para buscar horizontes que le depararan un futuro digno para ayudar a su madre a salir de los aprietos económicos que rayaban en el pauperismo.**

Fueron varios meses de aventura sin terminar sus estudios secundarios, tropezando con dificultades para conseguir un trabajo honesto, encontrando en su viaje, al azar, un desconocido que coincidía en muchos aspectos con sus inquietudes de supervivencia, pero llegando a ser, ese incógnito nuevo amigo, un paliativo deshonesto, que a la postre le hizo reflexionar el mal camino por el cual su mala influencia lo persuadía a hacer perder sus buenos hábitos inculcados en su humilde hogar.

Cansado ya de explorar la vida sin horizonte promisorio, y de su peregrinar por tierras para él extrañas por desconocidas, decidió tomar el rumbo a su cuna natal Cúcuta, para terminar los estudios secundarios y luego proseguir en la inquietud de forjar una carrera que llegase a ser la solución a sus problemas de insuficiencia económica.

Cuando el hombre actúa por su propia iniciativa desconociendo al Dios Supremo, renegando de él por no atenderle de inmediato las súplicas; desafiándolo con amenazas para emprender una acción por su propia cuenta culpabilizándolo por lo que pudiera pasar; neófito de las Sagradas Escrituras contraviniendo de hecho por su ignorancia la disposición de Dios Jehová registrada en Jeremías capítulo diez, versículo 23 que dice: “Bien sé yo, oh Jehová, que al hombre terrestre no le pertenece su camino. No le pertenece al hombre que está andando siquiera dirigir su paso”, no hay maneras de salir de la encrucijada, ni de encontrar soluciones inmediatas a los problemas que el hombre mismo se ha buscado. ¡Desde luego sucede lo imprevisto y lo previsto! Y, ¡Eso fue lo que acaeció!

La tragedia acabó con los proyectos, las ilusiones, los amores, el hogar, el amor de los hijos, abrumando ostensiblemente los sentimientos heridos de su propia amada madre, sus hermanos y de quienes lo aman.

En la mitología del antiguo Egipto, dice la historia, que el Ave Fénix representaba al sol que llegaba al ocaso por la noche y su esplendor renacía por las mañanas.

El sol de Fernando llegó a la oscuridad de la noche de su prematuro ocaso. Pero ahora empiezan a vislumbrarse los primeros rayos del sol de un nuevo amanecer.

¡Qué historia apasionante la de este incipiente escritor!  
¡Es la crónica sin fantasías de su propia vida!

Y se inicia muy bien, organizando las ideas de sus vivencias con frases bien distribuidas, coherentes, dándole sentido definido a lo que quiere transmitir, con palabras apropiadas para cada ocasión; convirtiendo amena la lectura siendo fácil de digerir, creando expectación por la escena que se va a vivir en las siguientes secuencias.

**La sinopsis de esta Bitácora, lleva al lector a idearse lo sucedido personalmente en la vida real, sin faltar que afloran a sus ojos las lágrimas de solidaridad, en unos casos; y en otros, de dolor y pesar con rabia por el desarrollo de los acontecimientos que lo llevó a pagar con la privación de sus derechos, perdiéndose los mejores años de su joven existencia.**

**En su Bitácora se nota que aprendió bien la lección del apresuramiento para tomar decisiones drásticas, dejando igualmente una enseñanza para los jóvenes impetuosos que se alejan del Supremo, o no quieren conocerlo, desafiando el superlativo poder del único Dios vivo y verdadero.**

**Esa lección incluye el despertar en su corazón arrepentido un deseo vehemente por hallar la verdad en las Sagradas Escrituras, que lo hará libre de las malas actitudes, pensamientos y acciones, para no volver a caer en ese abismo de incertidumbres dentro de una maldita prisión.**

**Abisai Fedespar.**

**Cúcuta Marzo de 2017**

**Fecundado por las necesidades de una madre y seis hijos que de alguna u otra forma no conocían el regocijo de un hogar feliz, sino al contrario, penumbras y pobreza era lo que se vislumbraba para estos pequeños; y un destino incierto para el nuevo miembro de la familia, quien con su poco peso y estatura, era el más fiel reflejo de las circunstancias que no daban auge a la realidad de entonces. Como son las cosas, sin punto ni coma que se omitan, por más cruda que sea la impresión de palabras que se escriben en el libro de la vida, consecuencia de un embarazo no deseado, así como no se desea la tortura de pasar un trago amargo de hiel, aunque sea la última esperanza de remojar la lengua de nuestra moribunda vida.**

**Hijo de un hombre, al cual, la sociedad con sus falencias producto de ignorancias heredadas le asignan el apelativo de padres, así lo único que hayan hecho es satisfacer sus necesidades más apremiantes, sin saber el resultado de sus acciones irracionales.**

**Con sus escasos tres kilos de peso y su cansancio heredado de una madre exhausta por sus trabajos forzados, que al parir un hijo le parece la mas sencilla tarea cotidiana en comparación con las largas faenas, donde el reposo se siente como alcanzar el éxtasis del pensamiento, cual ave que vuela presurosa en busca del refugio donde ocultarse del peligro del audaz predador que busca el más mínimo descuido para el asecho y muerte posterior.**

**Haciendo caso omiso a las futuras adversidades que le acompañarán, se abre paso impetuoso con el fin de lograr un escaño entre gentes que se distinguirán por algún nombre o apellido, con tan mala suerte que tendrá que ser registrado solo con el nombre del día de su santo, por cuanto ni para eso su progenitora tuvo**

tiempo de idear su nombre, mientras que su apellido fue bien craneado agregándole las mismas siete letras del apellido de ella con las ocho de su nombre.

Sí. ¡Fernando! “Hombre atrevido que no le teme a nada”. Buen nombre para enfrentar las adversidades amuralladas de la vida.

Dos meses de regocijo pasaron, porque cual animal salvaje con instinto de supervivencia, tenía que empezar la travesía por la lucha de mitigar hambres atrasadas y futuras, pero con otro álgido destino en tierras desconocidas donde se vislumbraba un difuso camino, donde hombres y mujeres trabajarían arduamente aprovechando cada real que luego lo convertiría en centavos, entre pesos más, entre pesos menos, según el grado de conocimiento del valor al descambiar bolívares, tan solo con la esperanza de poder brindarle mazamorra a sus hijos y pagarle miserablemente a su vecina la leche materna, que por esas coincidencias de la vida me estaba suministrando doña Pamela, por cuanto esta señora había parido concordando con el viaje de mi madre a Venezuela. Pareciera que el destino me estuviera brindando oportunidades emolientes mientras se iban formando en mí las callosidades en cuerpo y alma que todos los hombres y mujeres deben tener cuando se nace para ser yugo de la desafortada vida.

*¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué pues, nos portamos deslealmente, el uno contra el otro, profanando el pacto de nuestros antepasados? (Malaquías 2:10)*

Prematuramente llegaron enfermedades que tomarían atenta nota de la resistencia de mi cuerpo que solamente eran paliadas por mi hermana Emilse, a la que el destino le arrebató su inocencia convirtiéndose de la noche a la mañana en mujer, y madre sustituta, porque con solo nueve años de edad, me veía con sus dulces ojos color miel, siendo solamente ella, mi única esperanza así no fuera yo, hijo de su padre.

Me regocijaba en sus brazos y trataba de mitigar mis dolencias, cual responsabilidad que se tiene de cuidar algún juguete apreciado en sus sueños mágicos, con la diferencia que la cruda realidad le obsequiaba uno de carne y hueso.

Vecinos y extraños veían pasar una niña de contextura menuda, con la mochila de lana de color oscuro terciada por entre sus hombros, llegándole mas abajo de sus lánguidas corvas, simulando cargar una irrisoria riqueza ya que solo guardaba trapos viejos que recursivamente servían de pañales para tratar de contenerle un poco la afluyente diarrea de su medio hermanito, aunque para ella fuese su vida entera.

Aunque ella, jerárquicamente ocupaba un lugar intermedio en el clan de sus hermanos, decidió tomarme como su responsabilidad, visualizando que verdugos que llevaban su misma sangre, tratarían de quitarme del camino a como diera lugar por instinto de supervivencia, toda vez que sin la supervisión de mi madre, harían lo que quisiesen, teniendo como espejo que en pocos meses de no contar con la presencia de la jefe del hogar, mi hermana mayor estaba embarazada, con sus escasos diez y seis años, producto de su promiscuidad e

ignorancia. Un hombre extraño de costumbres citadinas, aprovechó la ocasión y cual ladrón que explota tomando lo mejor de la selva virgen, huye, dejando a su suerte la naturaleza hasta que el tiempo vuelva a renovar retoños cortados, marchitos, y, otro vuelva a descubrir las delicias de su miel silvestre.,

Pronto las intuiciones de mi hermana Emilse se hicieron realidad un día. Contrastando con el llanto de mi sobrino que hacía poco había nacido, mi hermana mayor no soportó la flagelación del destino por su desdichada suerte y agarrándome violentamente con la autoridad que le daba mi estado de indefensión, exclamó categóricamente que me envenenaría, si fuese necesario, con tal de que al menos no se escucharan mis lamentos y solo soportara los de su primogénito que llegaba a este mundo en igual de condiciones que las mías.

Buscando refugio dónde salvaguardar mi vida, mi inocente hermana vagaba por las calles mientras llegaba la noche para volver a casa donde yo enmudecido por el cansancio, y ella exhausta de caminar, se arrinconaba sin hacer el más mínimo ruido para no despertar a los que harían conmigo una víctima de las circunstancias . Luego con la luz de una nueva alborada volvía a su faena cotidiana, hasta que un día una señora de nombre Zoila le ofreció trabajo como empleada doméstica, pero con el deseo de satisfacerse con la esclavitud de una inocente jovencita aturrida por el hambre y el cansancio, quien tenía magnas responsabilidades que cumplir como mi joven madre sustituta. Los días venideros serían de buen augurio, pues como por milagro

Y no llames Padre nuestro a nadie en la tierra; porque uno es tu Padre que está en los cielos. (Mateo 23:9)  
ya me estaba pasando la diarrea; pero aún conservaba el semblante pálido y el raquitismo propio de mi edad.

Insatisfecha su patrona con el arduo trabajo de mi hermana, poco a poco le fue asignando obligaciones cada vez más difíciles para su prematura vida, como fue la de ayudar en la cocina dejándole imborrables huellas en la piel de su brazo izquierdo desleído desde el hombro hasta sus diminutos dedos, cuando por hacer más eficiente su trabajo trató de bajar una olla evidentemente grande para su estatura y fuerza, con tan desgraciada suerte que la inexperiencia le surtió el agua como lava ardiente en su brazo.

¡La vida le estaba tallando su cuerpecito y de qué manera, como queriendo quitarle su piel sedosa y delicada, cambiándosela por una más gruesa y arrugada!. En ese momento, mi corta existencia no imaginaba el dolor agudo que debió sentir mi querida hermana, porque aunque haya pasado el tiempo y cicatrizado la herida, se me hiela la sangre y se me eriza la piel con tan solo recordar que fue un hecho real que le sucedió a mi ser más querido. Cumpliendo tareas mas livianas, si se pudiera llamar así, continuó trabajando para ganarse el pan de cada día y la leche que mitigara nuestras hambres, conservando la esperanza de alcanzar una vida mejor y sin grandes dificultades.

Mientras pasaban tan nefastas situaciones, al otro lado de la frontera mi madre vivía su propio calvario cada vez que se llevaba un pedazo de pan a la boca, y pensando en nuestra suerte rompía en llanto tratando de disimular su tristeza con los quehaceres de la casa donde trabajaba cumpliendo con el deber de ganarse algunos bolívares aprovechando los buenos tiempos en Venezuela que al

menos en la década de los setenta, los tuvo; tiempos que en Colombia aun no se vislumbraban. Debido a su situación de extranjera indocumentada, era aprovechada por los patronos que solo pagaban lo que sus turbias conciencias les dictaba.

Por cuestiones de sentimientos en su corazón e instintos del amor de madre, más que por su precaria situación económica, debido a que los malos tiempos en Venezuela se estaban vislumbrando, mi madre decidió volver a Colombia para hacerle frente a la lucha que los suyos, solos, estaban librando.

Con cuatro mil quinientos pesos fruto de sus ahorros llegó una noche nuestra madre. Como todos estaban dormidos se dio cuenta que faltaban mi hermana Emilse y yo. De los otros acontecimientos solo se dio cuenta muy de mañanita cuando mi sobrino rompió en llanto anhelando saciarse de los pechos de mi hermana Sara. Mi madre con llanto amargo sabia que no podía exigir una explicación a los actos de indefensas criaturas; y pensando que ahora tenia que actuar con la responsabilidad de sacar adelante un miembro más de la familia en este mundo cruel. Pausadamente preguntó por nosotros, recibiendo vagas indicaciones de la casa de la señora Zoila demostrando la irresponsabilidad de los mayores.

Mi madre salió apresuradamente en busca de los desamparados y más débiles. Tiempo corto pasó para encontrar a mi hermana Emilse echándole comida a las gallinas y pavos de doña Zoila. Ella al ver a mi madre corrió

Jesús le respondió: El primer mandamiento es: Oye oh Israel, Jehová nuestro Dios es un solo Jehová. (Marcos 12:29)

atropellándose en sobradas atenciones, dándole inverosímiles explicaciones de lo ocurrido. Mi madre abrazó fuertemente a mi hermana brotando lágrimas de sus ojos marchitos por tanto llanto y dolor, conllevados por su ausencia, solo esperanzada en que la vida le brindara la oportunidad de otra vez volvernos a encontrar.

4 de octubre de 2005

Poniéndome en sus brazos balbuceó algunas palabras y me estreché regocijadamente en su pecho sin que yo percibiera el olor a leche materna que tanto me había hecho falta. Mi madre le reiteró a mi hermana Emilse la misma obligación que por iniciativa propia se había impuesto conmigo, comprometiéndola aún mas a velar por mis quebrantos de salud, diciéndole, según sus conocimientos ancestrales, que para curarme me metiera en el vientre de una res recién sacrificada y bañándome con leche de cabra aromatizada con hojas de mata ratón y zarzamora según mi mal; igual que consumir leche de cabra en suficientes cantidades para que de alguna forma se me transmitiera la vigorosidad de ese animal y así poder salvar al hilacho de mi persona infantil.

Pasaron momentos críticos donde no se vislumbraba salvedad para mis males, hasta que la fe depositada en las pócimas surtió, efecto cambiando mi aspecto cadavérico en poco menos que un niño normal en un mundo de pobreza.

Trabajando arduamente por un pedazo de tierra machete en mano, mi madre como un varón de campo, se puso la tarea de empezar a abrir brecha sobre una vasta vegetación cubierta de carnosos espinos lechosos donde la salpicadura de su líquido blanco hace justicia por las heridas en su follaje. No solo enardece las fibras mas profundas de la piel, si no también las del corazón cuando se maldice

mil veces por haber nacido en miserable pobreza; y de paso quejarse del ardor que produce en los ojos junto al imponente sol que hace desfallecer como si quisiera impedir que invadieran sus territorios desérticos donde los únicos que perseveran ante su cruel inclemencia, obtienen el territorio, no obstante habersele cancelado la suma de mil quinientos pesos al terrateniente Fortunato Barrera, quien para ese entonces solo tenía como riqueza treinta cabras de ubres escurridas, una destartalada volqueta y seis hijos trabajando para él en la arenera como esclavos, sin sueldo alguno, pero sí satisfechos con llevar el apellido de su padre.

Practicantes del fútbol con el único garro de cuero que se conseguía en el barrio Chaparral, a este grupo de aficionados al fútbol se unieron mis dos hermanos Miguel Ángel e Iván, quien llenó de expectativas a los hijos de don Fortunato Barrera, ya que la destreza de mi hermano marcaba la diferencia en el pequeño grupo que luego en un futuro no muy lejano conformaría el equipo del barrio Chaparral. Mi hermano Miguel Ángel no contó con la misma suerte porque para ese entonces ya redondeaba su edad por los diez y ocho años teniendo destinada su vida a la milicia del ejército colombiano cumpliendo con el deber del servicio militar obligatorio, que para ese entonces era la única

Ustedes hacen las obras de su padre. Le dijeron ellos: "Nosotros no nacimos de fornicación: tenemos un solo Padre, Dios" (Juan 8: 41)

universidad de los pobres; en otras palabras se instruía durante diez y ocho meses al soldado, comenzando el primer trimestre con humillaciones y golpes de culatazos de fusil 63 por parte de sus instructores.

Posteriormente se les hacía jurar ante Dios y la Patria que no desertarían de las filas del ejército. Después del adiestramiento militar, se les internaba en las selvas colombianas con el fin de perseguir sin saber por qué, a sus compatriotas muertos de hambre como ellos mismos.

Si todo salía bien, al final de su graduación se le entregaría la libreta militar para que pudieran luego conseguir comida en otra parte.

Con gran ahínco, mi madre con la ayuda de mis hermanos, logramos levantar un ranchito de bahareque con barro y cañas y unas cuantas hojas de zinc que dejaban filtrar los frescos rayos de la luz de la luna, pero que también en invierno se convertían en chorros de agua lluvia, que aprovechábamos para recogerla con maña ya perfeccionada por las necesidades, sencillamente colocando cuanta vasija hubiese a la mano, y atizándole esporádicamente al fogón de leña que consistía en tres piedras grandes que nos proporcionaba el abrigo cálido en nuestro humilde dulce hogar.

La práctica constante del juego de pelota, divertidamente logró hacer un claro en el patio, de manera que cuando llovía a cántaros, improvisábamos una piscina que muchas veces era invadida por ranas y sapos que forzosamente desaparecían con los primeros rayos del sol cuando empezaban nuestras algarabías con mis hermanos practicando las primeras clases de natación, saliendo al final muy divertidos con barba y bigote de barro, con ojos enrojecidos y las manos arrugadas por el frío.

Bajo la oscuridad de la noche repentinamente aparecían destellos que emitían y apagaban diminutas luciérnagas y cocuyos brindando un maravilloso espectáculo de luces, acompañados por el croar de las ranas y sapos que nos hacían caer en un profundo y placentero sueño de fantasías, olvidándonos qué sería el día de mañana, empezando mi madre muy de madrugada a buscar el sustento para nosotros “los de tapar con canasto” como ella solía decir, queriendo significar lo pequeños que aún estábamos.

Ya mis hermanos mayores se rebuscaban el pan de cada día cuidando cabras lo que para ellos era muy divertido porque se prestaba para alcahuetería de las travesuras de niños donde igualmente se ponía en práctica la pericia en los diferentes campos de lo que llaman el desarrollo psicomotriz basado en la ley del más fuerte . Aquellas pruebas para mi hermano Iván fueron adaptables.

Aunque por algunos días conoció la escuela, él solo confiaba en sus fuerzas y en los puños de sus manos. Casi todos los días tenía que defender su título de peleador callejero que lo había obtenido verdaderamente a punta de sudor y gotas de sangre.

Cada victoria la celebraba con sus amigos. También desafiaba la fuerza de la corriente del río donde salía airoso ante mis ojos, siendo yo su simple admirador tomando atenta nota para comprender los secretos de sus éxitos y

Porque hay un solo Dios, quien justificará por la fe a los circuncisos , y mediante la fe a los incircuncisos. (Romanos 3:30)

pensando que quizás algún día yo sería el heredero de sus hazañas a sabiendas de los riesgos que se corrían. Mi hermano por otra parte inconscientemente y dejando su orgullo de lado se indignaba por yo querer hacer realidad esos pensamientos de niño.

Un día mi hermano Iván creyó que ya era la hora para la primera práctica; él sabía que no podía facilitarme las cosas, porque para ser el mejor no se puede dar el brazo a torcer. Solamente se deja que el corazón palpite fuertemente, la sangre se congele lentamente y la mente quede en blanco. Solamente Dios sí sabe hasta donde uno puede llegar. Mi hermano teniendo estas características me las quería transmitir. Yo solo empezaba a dar los primeros braceos en la parte menos profunda; pero mi hermano pensaba que no llegaría a ninguna parte y mucho menos alcanzar un puesto en el podio de nadadores. Llegó la hora cero. ¡Solo que yo no lo sabía!. Quizá fue mejor así porque si no hubiese sido más traumático para mí.

Estaba completamente entretenido bañándome cuando llegó mi hermano con unos amigos. Yo esperaba ingenuamente que ellos empezaran el show zambulléndose en las profundas aguas del poso de la represa. Mi hermano haciendo gala de su destreza se consumía y desaparecía mágicamente aguantando la respiración, jugaba a la lleva, con sus amigos, tomando luego un breve descanso fungiendo como espectadores. Mi hermano sin vacilar, subrepticamente, y yo desprevenido, me arrojó al pozo. Vagamente me acuerdo de las llamaradas que salían de mis ojos y boca, teniendo la esperanza de que mi hermano prontamente se diera cuenta de que yo no sabía nadar. Si yo hubiese

**llegado hasta el fondo del pozo, ¡créanme! que yo no estaba aguantando la respiración y mucho menos jugando a la lleva; no estaría vivo para contarlo.**

**A mis hermanas les auguraba un destino mas prometedor. Mi hermana Emilse a quien yo consciente o inconscientemente idealizaba como mi madre, no me despegaba de ella y con la aprobación de doña Zoila, porque seguía trabajando para ella, acompañándola en los oficios de la casa. Recuerdo que entre los quehaceres diarios tenia que echarle la comida a las aves de corral. Entre estos había un pavo saraviado al que yo torturaba antes de echarle la comida. Tomaba una vara y maliciosamente golpeaba el suelo haciéndole erizar las plumas y arrastraba fuertemente sus alas contra el piso, lanzando el característico guru guru. En este oficio me la pasaba casi toda la mañana cansándome más rápido que el bendito animal hasta que alborotaba todo el gallinero.**

**De otra parte mi hermana Sara irradiando la hermosura de su rostro, su cabellera negra azabache, sacó provecho de sus atributos físicos fugándose el día menos pensado con un hombre que por su parte no le merecía mujer de tales atributos. Pero con su corazón de camionero boyacense y los buenos sentimientos para con mi sobrino Elkin, conquistó a la mujer que se llevó para su tierra Samacá, ciudad de origen del camionero.**

Ahora bien, respecto al comer alimentos ofrecidos a ídolos, sabemos que un ídolo no es nada en el mundo, y que no hay mas que un solo Dios. ( 1 Corintios 8:4)

**A mi hermana Bertita la empezaron los jóvenes a coquetear haciéndole promesas ridículas y persuadiéndola para que se quitara de encima la opresión de nuestra madre quien solo quería para nosotros una vida distinta sin que nos tocara llevar la cruz del calvario suya, trabajando en haciendas como sirvienta sin que la dignifique su esclavitud y su miseria, aprontando leña por brazadas para cocinarle a mas de cincuenta obreros, cargar agua, cuidar animales, comerse las pocas sobras que dejaban los hambrientos comensales a cambio de un mísero salario y los vejámenes que recibía físico y verbal de los capataces que la pretendían para sus sucios propósitos. Todo esto lo repetía ella constantemente con llanto amargo, ese que ha curtido su corazón pero nunca su dignidad ni su personalidad.**

**Cumplidos mis cinco años de edad ya hacía parte de las travesuras de mis hermanos con los que me iba en compañía de otros amigos al río. Llevábamos sal, algunas que otras legumbres y en una olla echábamos de todo cuanto encontrábamos incluyendo las gallinas que nos robábamos de paso por el basurero que estaba en toda la entrada del camino al río. La estrategia consistía en botarle a las gallinas hambrientas, maíz enganchado a un anzuelo. Ahí acuñamos un chascarrillo: gallina engarzada, gallina almorzada. Luego celebrábamos nuestras travesuras con un buen chapuzón hasta tiritar de frío arrugándose los dedos, lo que indicaba el final de nuestra simpática aventura.**

**De tan fugaces e infantiles momentos guardo un recuerdo contrario a aquellos hermosos e inocentes días y con lágrimas de sangre, hago un esfuerzo sobrehumano para poder contarle sin describirlo, porque desgarrar mi dignidad de hombre, sabiendo que es terrible para cualquier persona que haya pasado por**

tan degradada experiencia. Revivo aquel suceso que se cometió contra seres indefensos que sufrían por la escases de agua. En nuestro pequeño caserío nos vimos obligados a lavar la ropa, aprovechando para bañarnos en el río siendo la constante en aquel entonces que disfrazábamos las necesidades con gratos paseos, anhelando a veces mejor vivir a la orilla del río que tener que bregar tanto para conseguir agua potable del acueducto municipal. Ensimismado en esos pensamientos estaba cuando llegaron a la orilla del río unos malditos para sacarnos del agua con amenazas. Nos reunieron bajo la sombra de un árbol y procedieron a llevarse a mi hermana Emilse que promediaba los diez y seis años de edad siendo la única mujercita que estaba con nosotros.

Con la complicidad de la espesa vegetación y la ignorancia e ingenuidad de los pequeños que estábamos allí, vimos, después de un tiempo prudencial, aparecer a mi hermana llorando, manifestándonos para sosiego de nuestro miedo que no había pasado nada pero que lo mejor era que nos fuésemos del lugar. Con la pingüe ignorancia le dijimos que por qué no nos quedábamos otro poca más para bañarnos. Pero haciéndole caso por ser la mayor, nos fuimos. Hoy con los curtidos años que tengo encima, repudio los deseos

No hay mediador cuando se trata de una sola persona, mas Dios es uno solo. (Gálatas 3:20)

inocentes que sentí por aquel maldito día. Escudándome en mi inocencia franqué aquel terrible episodio sin tener en cuenta que con el transcurrir del tiempo tomaría vindicación cayendo en cuenta que me comparaba a un animal salvaje que huye de la cacería metiéndose por doquier, buscando afanosamente su escondite hasta encontrar refugio, sin saber que de nada serviría, pues llevaba en mi pecho una herida de muerte. De la mano del tiempo, que algunas veces nos hace olvidar las cosas, seguirá transcurriendo en mi vida de una manera normal, aquel acontecimiento.

Mi hermana Emilse se había empeñado en seguir siendo mi ángel guardián de carne y hueso, y me llevaba algunas veces para presentarme ante mi papá con el fin de que viera en mí su fiel retrato, se condoliera de nuestra situación y suministrara algunos pesos para mi sustento.

Con el peso de una familia de siete vástagos, mi madre depositó su confianza en un padrastro para sus hijos quedando embarazada porque en aquel tiempo era obligatorio convirtiéndose en la mejor muestra de amor, como si fuese verdad que toda criatura que nace llega con el pan debajo del brazo.

Nació una nueva niña, mi hermanita Esperanza, nombre equivocado porque sin saber que al poco tiempo de nacida, el destino se encargaría de no darle cabida en esta amarga y dura vida, no aguantando las convulsiones que le producían los cuarenta grados de temperatura corporal, diagnosticándole los médicos, hidrocefalia.

Esperancita en estado vegetativo no daba ningún signo de conciencia; y no entendíamos el por qué con tan solo su pecado de haber nacido y en sus pocos días de paso por este mundo, empezó a sufrir, situación que tampoco entendía mi hermano Miguel Ángel quien a esta criaturita acostada en un chinchorro la bamboleaba con mucha fuerza llegando al extremo de golpearla contra la pared

y seguramente contra su voluntad, según mis recuerdos borrosos. A sus escasos seis meses de vida murió mi Esperancita pasando a ser un angelito y dejando un penetrante olor de amapola que me transporta la memoria al día de su funeral. El dolor de mi madre tal vez fue menos intenso en el momento de su muerte porque sufrió mucho más cuando la bebé convulsionaba en sus brazos.

En estado de miseria y con la inclemencia del invierno amargo de aquellos tiempos, mi madre salía en busca de la señora Julia quien vivía cerca al puente "Miramar", bautizado así porque el caudal de los recios aguaceros inundaba las humildes casas. Era una odisea atravesar calles convertidas en arroyos para que doña Julia le aplicara una inyección para la fiebre de Esperancita y paliara su dolor. Y otra que tuviera disponible para el corazón de mi madre que no solo sufría por la desdichada situación de mi pequeña hermana, sino porque el destino le estaba agregando otra pesada carga como broma cruel: ¡su nuevo embarazo!. Una criatura que no solo no vivió para conocer su nombre que iba a llevar, Luz. Quizá Esperancita la previno para que no hiciera escala en este mundo injusto y porque ni siquiera se le permitió ver la luz de la vida. Murió al momento de nacer. Promediaba los siete años de edad cuando empecé a asistir a la escuela en compañía de mi hermana Tania. Mi hermano Iván ya había

¡Ay del mundo, debido a los tropiezos! Pues, forzosamente tienen que venir los tropiezos, pero ¡ay del hombre por medio de quien viene el tropiezo! (Mateo 18: 7)

pasado por aquellos salones dejando una estela de indisciplina y mala fama, que nos convertía en herederos de un legado de intocables. La primera en reiterar esta forma de actuar de mi hermano, fue Tania que se agarraba a pelear con otras jovencitas quienes poco a poco se convencían que a Tania le gustaba más la pelea que preparar sus tareas de la escuela. Tales eran los desenfundados impulsos de mi hermana que en varias ocasiones me defendía de mis agresores porque yo hasta ahora me estaba iniciando como peleador callejero. En nuestro hogar ocupábamos parte del tiempo haciendo prácticas en vivo agarrándonos a pelear por los oficios de la casa.

Tengo que admitir que se fue formando en mí la indisciplina en el primer año de escuela que perdí por mal comportamiento, aunque por ironía me iba bien, siendo estudiante de buen promedio académico pero insubordinado. Recuerdo que sin más métodos persuasivos que el de utilizar la fuerza, un día me encerraron en el salón; para entonces se asustaba a los niños problema con el cuento de la "mano peluda".

Era el pavor que se me había hecho realidad cuando me vi encerrado en esas cuatro paredes dividida por una puerta de madera que agarré a patadas y subido en los pupitres gritaba y saltaba, hasta que la profesora confundida por mi reacción llamó al director de la escuela a quien le decía el "director potosí". Para ese entonces yo lo veía como un gorila blanco de ojos azules de contextura corpulenta y voz gruesa. Lo único que pudo brindarme fue un alivio cuando abrió la puerta y tomándome de la mano con voz enternecida me dijo que me calmara y le diera una explicación. Yo le conté lo de la mano peluda y solapadamente sonrió prometiéndome que iba a hablar con la profesora Amanda. Lo cierto es que terminé el resto del año en mi casa.

El siguiente año se dificultó mucho para ponerme de nuevo a estudiar. Pensamos pasar desapercibidos el día de las matriculas pero fue imposible porque nos dimos cuenta que quien estaba atendiendo las inscripciones de los alumnos era la profesora Amanda la misma que tuvo la brillante idea de encerrarme. De nuevo mi madre puso sus ilusiones en el director Potosí encontrándonos con la noticia de que había sido nombrado alcalde municipal, pero su hermana Ofelia seguía como docente en la escuela. Acudimos a ella enseñándole las calificaciones donde se demostraba que era buen estudiante. Esto bastó para que me recibieran nuevamente.

La profesora Ofelia igual que su hermano el director Potosí y ahora alcalde, promediaba una estatura de 1,80, descomunal para una mujer, de ojos profundamente azules, piel blanca y voz fuerte. Era impaciente para la docencia porque mantenía la filosofía de que la letra con sangre entra. A ella no le importaba que el alumno se parara en la cabeza, siempre y cuando hiciera muy bien los ejercicios en el tablero. Recuerdo que un día agarró por el cabello a una niña llamada Bernarda y la restregó de extremo a extremo contra el tablero golpeándola en la cara. Mas encima al otro día llegó la niña a la escuela,

Tú crees que Dios es uno; Bien haces. También los demonios creen y tiemblan. (Santiago 2:19)

golpeada por su padre, debido a las quejas que recibió de la profesora quien le había manifestado que Bernarda era cerrada y trancada por dentro para aprender.

Estos malos ejemplos me motivaron para tener plena confianza y relucir en mi desempeño académico. Sin embargo dando rueda suelta a mi indisciplina, me fogueaba en pequeñas peleas a la hora del recreo y me pagaban con un pastel de cinco pesos o un helado por golpear a otros niños, algunos de la misma talla mía, otros mas grandes pero menos diestros para la pelea.

Algunos accedían forzosamente a ser mis amigos y compartían las onces conmigo con el fin de tenerme de su parte.

En algunas ocasiones surtían efecto sus estrategias; en otras imperaba mi papel de niño malo. Lo demostraba en las peleas que llevaba a cabo en la cancha de futbol que quedaba contiguo a la escuela. Esta cancha fue testigo de peleas cruciales donde contendí al igual que lo había hecho mi hermano Iván. Entre aquellos peleadores recuerdo al "Cochinito," "Guacamayo", "Willy" y "Memín," quienes terminaron haciéndose mis amigos. En la casa cuando no peleaba con mi hermana Tania, lo hacia con mi sobrino Elkin y cuando mi madre se daba cuenta yo salía corriendo; en cambio mi sobrino se quedaba quieto como una estatua esperando que la abuela le descargara dos o tres lapazos, cosa que no por chiste lo hacía yo. A sabiendas que siempre era el culpable salía corriendo dejando el polvo a mi madre saltando una cerca del potrero y escuchando las maldiciones de mi madre que solía decir: "ojalá se abra la tierra y se lo trague". Pero yo sabía que era un grito de angustia de ella al verse tan impotente de no poderme alcanzar. Mas sin embargo en medio de mi carrera, todo agujero, o media grieta que veía en la tierra por donde iba corriendo, la esquivaba, porque en medio de mi rebeldía guardaba las palabras de mi madre.

**Mi madre no sabia que hacer con ese niño que antes le había tocado que bañarlo con yerbas y darle leche de cabra. Quizás había llegado la hora de amarrarme bajo la sombra de un árbol como lo hizo un día, cansada hasta los tuétanos, por mi actitud rebelde. Ese día recuerdo que lo único que me diferenciaba de un chivo, era que todavía no tenia barba.**

**En momentos de sosiego, por iniciativa propia, salíamos a los bosques de eucalipto con el fin de traer leña para la cocina; en otras ocasiones solíamos buscar chatarra u otros objetos de los que botaban en la fábrica de cemento, como eran unas carretas grandes de madera donde venia el cable para energía de alta tensión que escondían algunos trabajadores entre la maleza para robárselas. Un día atraído por un extraño zumbido me encontré una carreta pero al tratar de rodarla para llevármela, fui sorprendido al igual que mi madre, por un enjambre de abejas que por mas que nos esforzábamos atléticamente en los cien metros con obstáculos, a mi madre y a mí, nos dieron tremenda tunda las fabricantes de miel.**

**En ese entonces no sabíamos qué era la electricidad, muchos menos conocíamos un televisor. Sabia que existían pero nunca me ilusioné; al contrario disfrutaba a mis anchas de las expediciones que hacia en algunas ocasiones,**

Porque las cualidades invisibles de él se ven claramente desde la creación del mundo en adelante, porque se perciben por las cosas hechas , hasta su poder sempiterno y Divinidad, de modo que ellos son inexcusables. (Romanos 1:20)

**otras solo en compañía de mi sobrino Elkin. Nos poníamos ropa adecuada para la expedición que consistía en recoger botas y driles que botaban en la fábrica de cemento. Para ese entonces éramos los mas parecidos en la actualidad a los hermanos kratt. Nos sentíamos los dueños de un extenso territorio lleno de árboles , una laguna, un gran hipermercado de chatarra y la fábrica de cemento. Todo, absolutamente todo era nuestro; bueno, eso era lo que yo creía. Lo único que nos diferenciaba de los verdaderos dueños, era que nosotros disfrutábamos lo que teníamos palmo a palmo; si no, pregúntele a mi sobrino Elkin, porque sabíamos exactamente donde encontrar las mejores lagartijas para “Michín” un gato negro que teníamos en casa y cada vez que nos veía nos maullaba para que le consiguiéramos lo que él por instinto tenia que cazar. Recolectábamos toda clase de chatarra incluyendo los restos que encontrábamos y los mesclábamos con los huesos que recogíamos de las polvorientas calles del caserío. En determinados días acudíamos al chatarrero para escucharle su retórica y por unos cuantos pesos, que nos pagaba para comprar pan, tostado y vikingos en la única tienda del barrio de la señora Miriam.**

**Mi madre poco se percataba de esas situaciones, no porque no tuviera interés en nosotros; simple y llanamente se la pasaba trabajando en casa de familia.**

**Mi hermano Miguel Ángel ya se encontraba prestando el servicio militar obligatorio. En ese entonces el concepto filosófico era que “el hombre nace bueno y el ejército lo corrompe”. Mi hermano Iván estaba empezando a llevar una vida menos conflictiva. Recuerdo que tradicionalmente se madrugaba para asistir a la misa de aguinaldos donde se hacía de todo menos escuchar al sacerdote, empezando porque al inicio de la eucaristía o al intermedio, se echaba mucha pólvora y contábamos los voladores que estallaban por el aire para perseguir y recoger las varitas que caían, siendo perseguidas por los “pelaos” contándome**

yo entre ellos. Esperé que cayera una varita, la tomé por los dos extremos pero una mano era la mía y la otra era desconocida. Empezamos a forcejear pero ninguno dio el brazo a torcer, de manera que no hubo mas remedio que esta situación se arreglara a los puños. Como encuentro anunciado nos hicieron un círculo humano que nos sirvió de ring. Me agarré a golpes con el intruso del que nunca tuve la oportunidad de grabarme su rostro, quizás porque todavía era muy temprano, o debido al nerviosismo por no defraudar a mi hermano Iván. Efectivamente no lo estaba defraudando, hasta el momento en que intervino el hermano mayor del desconocido. Me disponía a librar otra pelea, que en verdad la veía muy desproporcionada. Cuando le avisaron a mi hermano Iván se hizo presente para reemplazarme, sufriendo las consecuencia de una puñalada que le propinaron cobardemente por la espalda como único recurso malevo que tuvieron que emplear, para terminar la pelea dejándonos una victoria con sabor a derrota.

Diez años pasaban sobre mis espaldas cuando recuerdo que mi hermana Emilse empezó a trabajar en una discoteca en oficios varios: entre ellos cuidar de no permitir el ingreso de hombres al baño de las mujeres; advertirles a las damas que no podían consumir estupefacientes y ayudarlas a controlar cuando

Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. (Colosenses 2:9, 10)

estaban totalmente borrachas, ofreciéndoles una “bomba” para que pasaran la ebriedad. Mi hermano Iván también trabajó un corto tiempo en la misma discoteca y tuve la oportunidad de conocerla. Fue una impresión y aunque diera detalles no podría objetivamente definir ese momento en un mundo tan diferente al que yo vivía; mundo de profunda oscuridad matizada con luces multicolores y muchos espejos que le permiten a uno diferenciar el sitio exacto donde uno se encuentra. Lo único que me guió fue un aire que percibió mi nariz con un olor profundo a fragancia exquisita mezclada con un aroma que expele a naranja entre colillas de cigarrillo y licor.

Es casi increíble, pero me agradaba esa combinación de olores que me hacia parecer en ese sitio, por un momento, como si me trajera recuerdos de haber sido bohemio empedernido en alguna vida pasada.

En una ocasión por motivos de trabajo, mi hermano Iván junto con sus amigos de la discoteca, pasaron una noche en lo que se consideraba la sala de nuestra casa que consistía humildemente en un cuarto dividido por una pared perforada en el centro como puerta. Muy temprano me levanté para ir a la escuela y presencié aquella escena de tres tipos tirados en la sala expidiendo el característico aroma de la discoteca. Con mucho cuidado me dirigí hacia el bolsillo interno de una chaqueta color negro que estaba colgada en una silla. Ahí encontré una envoltura que contenía un polvo blanco, parecido a la sal de fruta que se tomaba para el guayabo y no dudé por curiosidad probarlo. En contados segundos empecé a sentir que los labios se me habían engruesado, la lengua como si se me hubiese hecho un nudo dentro de la boca y casi no podía hablar. Constantemente me miraba al espejo pero no veía nada fuera de lo normal. Ahí me di cuenta entonces que a mis diez años había tenido mi primera experiencia

con las drogas. Por temor a que supiera mi familia y para que no indagaran cómo había obtenido la droga, no dije nada al respecto.

Mi vida rutinaria consistía en cumplir con ir a la escuela, lavar mi única camisa de ir a clases; el agua y el jabón borrraban por completo la prueba de mis pilatunas. En algunas ocasiones antes de cometer mis travesuras simplemente me quitaba la camisa para no gastarla tanto lavándola. Después de ayudar en algunos oficios en la casa, menos lavar los platos que para mi era como quitarme la hombría creyendo que este oficio me convertía en niña, salía preferiblemente a jugar a la casa de la señora Pamela, la misma que me había amamantado cuando mi madre se fue y me dejó por tener que viajar a Venezuela.

Esta historia no la tuve que conocer después de tener uso de razón, por cuanto me la contaba constantemente doña Pamela quien me decía graciosamente que con una teta me había amamantado ella y con la otra, Omaira su hija menor. Éramos de las mismas edades. Doña Pamela es una mujer a quien admiro mucho y respeto. No solo por la teta que me correspondió si no por lo trabajadora al igual que todos sus hijos que son muy allegados a mis afectos, así como también su esposo don Crisóstomo. Este señor cumplía

Realmente, se reconoce que el secreto sagrado de esta devoción piadosa es grande. Él fue puesto de manifiesto en carne, fue declarado justo en espíritu, se apareció a ángeles, fue predicado entre naciones, fue creído en el mundo fue recibido arriba en gloria. ( 1 Timoteo 3:16),

fielmente con sus quehaceres de la casa; doña Pamela con su deber de trabajar vendiendo en la plaza de mercado. Sinceramente yo los veía como una pareja especial, sacando aparte algunos episodios curiosos. Como por ejemplo, cuando doña Pamela llegaba cansada de la plaza de mercado y don Crisóstomo no le tenía preparada la comida, la señora le estallaba en el solar de la casa, la hure de guarapo.

Don Crisóstomo con los ojos aguados de lágrimas veía cómo la tierra reseca se absorbía el guarapo que hubiese deseado tomarse. Simpáticamente sus hijos convertían aquella escena en mofa y con jocosidad hacían olvidar casi de inmediato a sus “cuchos” aquel mal rato. Nunca tuve problemas con los hijos de doña Pamela a pesar que sin explicaciones y extrañamente me agarraba desprevenido con sus hijos y me desnudaba, incluyendo a Omaira y Rosa, profanando mi integridad física al exponer mis genitales delante de todas las mujeres y llegando al extremo de sacar conclusiones abiertamente, tales como que ellos habían descubierto que yo tenía un testículo mas grande que el otro, asegurando las mujeres que yo era virgen porque todavía el prepucio cubría mi miembro varonil, mientras que otras conjeturaban que yo no llegaría a ser marica porque tenía bellos en las nalgas.

Cuando no me hacían esto, entonces Rosa, la hija mayor de doña Pamela, amenazaba con agarrarme y “abejorrearne”. Yo desde luego lo veía como algo desagradable por la diferencia de edades. Y para completar mi tormento, a Omaira me la querían endilgar como mi novia sin yo saberlo y a sabiendas de que ella no me gustaba porque le faltaban los cuatro dientes: incisivos central y lateral, canino y primer premolar.

Aprovechando que mi hermano Miguel Ángel estaba en la casa después de pagar el servicio militar obligatorio, le pedí algunos consejos pensando que él sabría ayudarme a hacerle frente a estos asuntos de mujeres. Porque ciertamente

una cosa yo tenía bien claro: que a puños no los podía resolver. A esa edad de 12 años, se me estaba empezando a despertar la libido del amor, sacando las siguientes conclusiones: ¿Si Omaira tuviera la dentadura completa? ¿Y qué tal Rosa que me lleva como diez o doce años? ¿Si yo fuese mas mayorcito? ¿Pasaría más desapercibido con una niña de la escuela que no sabe que soy virgen y no conoce mis genitales? Infinidad de cosas pasaban por mi cabeza aguzando hábilmente mis sentidos.

Le manifesté a mi hermano, que Rosa y Omaira me estaban molestando insinuándose. Sin darle mas detalles, Miguel Ángel dio una solución casi instantánea. Me dijo que para que dejaran el “cebito” le mandara la mano a la vagina cada vez que quisieran molestarme. Ansioso por saber el resultado de aquel consejo, lo puse en práctica por primera vez con Omaira. Inmediatamente fue a ponerlo en conocimiento de su mamá.

Yo obviamente esperaba una reacción airada de doña Pamela, pero me llevé una sorpresa cuando oí que le decía graciosamente a su hija:

— ¿Si ven? ¡Eso es para que lo dejen quieto!”

Jesús le dijo: ¿He estado con ustedes tanto tiempo y aun así, Felipe, no has llegado a conocerme? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre también. ¿Cómo es que dices: muéstranos al Padre? (Juan 14:9)

Evidentemente había tenido éxito el consejo de mi hermano. Pero, ¿resultaría con Rosa? Ella era mayor de edad y no iría a darle quejas a su madre, así que planifiqué una estrategia por cuanto tenía la certeza de que esto lo hacia ella para fastidiarme. A los pocos días en horas de la noche me encontraba jugando en el patio de la casa de doña Pamela. Presumiendo de mi inocencia, dejé que Rosa se acercara desprevenidamente cubierta por una toalla cuando fuera a bañarse. Cuando me vio, se me abalanzó creyendo seguramente que esta vez también yo saldría corriendo como las otras veces.

Con el corazón que se me salía del pecho, me quedé estático esperando que siguiera con su promesa de “abejorrear” y por unos segundos sentí los labios de la muchacha. Fue cuando Rosa reaccionó dándose cuenta que efectivamente se me estaba despertando “algo” más que el amor. Con lo sucedido fue franca y me dijo:

—¡Solamente lo hago para molestarte!.

Enseguida fue y le dijo a doña Pamela que “el gallo le estaba cantando a otro precio”

Cumplidos los trece años presentí que debía despejar mis deseos en asuntos de mujeres. Este sentimiento se hacia cada vez mayor desde mi primer beso con Rosa. Sentía que estaba listo para tener relaciones sexuales con una mujer. Al principio creía que tenía que ser con una en proporción a mi edad, pero después de haberme dejado besar de Rosa, me sentía aventajado con las mujeres mayores de edad. Aprovechando que le estaba ayudando a mi hermano Iván en su nuevo trabajo como administrador de un juego de bolo y de tejo, me ahorré unos cuantos pesos por servir de garitero. Tomé un bus que me llevaría al centro de la ciudad que poco conocía, pero me ubiqué de tal modo que sabía cual era la ruta para regresar de nuevo. Me bajé en la calle del bulevar mirando fachadas que no tuvieran mucha relevancia para recatear el precio y camuflarme como un menor de edad que frecuentan y viven de las ventas ambulantes pasando desapercibidos

de bar en bar sin el menor asomo de clientes, policías y prostitutas. De repente me fijé en un tosco letrero que tenía grabada la razón social de “Bar el Palatino”; verdaderamente nervioso ingresé aparentando ser uno de esos niños de la plaza de mercado que se mueven en ese mundo bajo. Mi rostro serio y mi perfil tranquilo demostraba una maquinada calma. No fue lo mismo con mis palabras infantiles y sarcásticas cuando pedí una cerveza y le dije a la primera mujer que me atendió

-¿Qué venden aquí? Aquella mujer no supo disimular su amplia sonrisa la que se convirtió en una carcajada, respondiéndome:

- Yo no vendo nada, pero ya viene aquella y lo atiende.

Se refería a una mujer morena, de baja estatura que estaba sentada junto a una mesa que hacia escuadra con un refrigerador. Aquella mujer cumpliendo con su obligación de anfitriona sexual, se sentó en la mesa donde yo me encontraba sentado en una silla. Disimulando el temblor que sentía en las piernas, comenzamos una breve conversación.

\_\_\_\_¿Cuánto me cobra? Le pregunté. \_\_¡Dos mil pesos! \_\_Me respondió.

Él es el reflejo de su gloria y la representación exacta de su mismo ser, y sostiene todas las cosas por la palabra de su poder; y después de haber hecho una purificación por nuestros pecados se sentó a la diestra de la majestad en lugares encumbrados. De modo que ha llegado a ser mejor que los ángeles, al grado que ha heredado un nombre más admirable que el de ellos. ( Hebreos 1:3, 4)

Sin vacilaciones accedí al precio, pues en serio quería que pasara de una sola vez aquel primer momento. Aún con la mirada maliciosa de la primera mujer que me atendió, que debió ser la administradora, la prostituta y yo nos dirigimos a una habitación, donde primeramente con la desconfianza de por medio, la mujer me exigió que primero le pagara lo acordado. Admito que lo pensé bastante para darle el billete de dos mil pesos pensando que de pronto ella no cumpliera y me robara . Una vez en la intimidad la mujer me preguntó que si era la primera vez que yo estaba con una mujer. Le respondí que sí. Tal vez aquella mujer quedó más satisfecha que yo, porque cuando salí del prostíbulo pensaba para mis adentros: “lástima que no hubiera tenido otros dos mil pesos para llevarme también a la cama a la administradora”.

---

Después de mi primera fornicación, hice la primera comunión junto con mi sobrino Elkin. Nos hicieron una pequeña fiesta con comida. Para los que no estamos acostumbrados sale una cosa por otra donde se desaparece la exquisitez de un plato especial con la tardanza con que lo sirven. Se espera que todo salga bien para los invitados pero se olvidan de los festejados. No sé todavía como se hizo presente en la fiesta una medio hermana por parte de mi papá llamada Karina quien llegó acompañada por una sobrina, hija de otra medio hermana mía. Ellas me indicaron donde quedaba la casa paterna. Acerté fácilmente sus indicaciones; la casa queda al frente de una Iglesia, cubierta por un frondoso bambú, a orilla de la carretera, por donde solíamos pasar mi sobrino Elkin y yo, de madrugada, a comprar la carne para la semana donde don José, todos los domingos.

Al domingo siguiente cuando con mi sobrino Elkin pasamos por el frente de la casa donde sabía que vivían mis medias hermanas, nos llamaron y nos dieron un pequeño obsequio. Con timidez crucé unas pocas palabras con mi hermana

**Karina quien me contó que mi papá ya había muerto y que tenía otros cinco medio hermanos.**

**Por aquel tiempo contrajo matrimonio mi hermano Iván y al poco tiempo mi hermana Emilse, mientras que mi hermana Berta se había ido a vivir con mi padrino de bautismo, quien era dueño de un pequeño taller de monta llantas. Mi sobrino Elkin y yo, nos encarrilamos en lo que podría llamarse un trabajo. Daniel mi padrino, solo nos necesitaba para que en el día le pusiéramos ambiente al negocio con nuestras peleas y por la noche le cuidáramos el taller. El papá de mi padrino Daniel persuadió a mi hermano Miguel Ángel para que se fuera a buscar vida en tierras llaneras por Arauca; allá empezó a trabajar y a mandar dinero para el sostenimiento de los que quedamos en casa. Para entonces ya se sumaba mi hermana Laura la menor de todas. Desde Arauca mi hermano Miguel Ángel mantenía comunicación escrita con mi madre donde le daba las gracias por su templanza para criarlo y aconsejándonos a nosotros para que nos sujetáramos a ella. Mis hermanos mayores y algunas veces yo releíamos las cartas para poder entenderle la letra que tenía de tercer año de**

Entre quienes el dios de este sistema de cosas ha cegado la mente de los incrédulos para que no pase a ellos la iluminación de las gloriosas buenas nuevas acerca de Cristo que es la imagen de Dios. (2 Corintios 4:49)

**primaria. Por todo lo que ha hecho por nosotros, yo, personalmente lo admiro, lo respeto y le estoy muy agradecido por ser para mí el padre que nunca tuve, tanto que aún le sigo pidiendo su bendición.**

30 nov 2005

**Mi nueva vida como estudiante de secundaria comenzaba a la par con mis trece años de edad. Debido a nuestra pobreza, ingresé a uno de los mejores colegios dirigidos por una comunidad española. La educación en este colegio era apetecida hasta por los estratos donde termina el asfalto, porque veían en el servicio de comedor, que costaba la suma de mil quinientos pesos mensuales, una oportunidad de lograr el sustento de los niños sin recursos económicos.**

**Con acento español la monja superiora nos dio la bienvenida, no sin antes hacernos el respectivo examen de admisión. Dándole gracias a Dios tuve la oportunidad de ingresar a esta Institución educativa, mientras que muchos jóvenes que habían estudiado conmigo en la escuelita de barriada no figuraban en la lista de admitidos. Era un odisea ingresar a ese colegio que ofrecía las mejores oportunidades para jóvenes pobres aunque con cupo limitado porque era parecido a un colegio privado con la diferencia de que era una combinación entre la flor y nata de la sociedad, con la mierda hecha nata por necesidad. Mi cambio de voz fina a ronca y mi vello facial evidenciaban mi desarrollo hormonal. Por consiguiente me asignaron el grado sexto C11 dizque para los mas grandes. Para ese entonces no recuerdo si yo media metro y medio, o, medio metro no más; lo cierto es que para la formación ocupaba indiscutiblemente el primer lugar. Un fascinante nuevo mundo se había formado para mi. En el transcurso de un año para otro, acostumbrado a mirar el mismo rostro enseñando seis horas consecutivas, veía nuevas materias que fácilmente asimilaba con la excepción de la mecanografía, que creía única y exclusivamente para mujeres.**

**No me imaginaba sentado detrás de un escritorio con la espalda completamente recta, los codos abiertos en un ángulo de cuarenta y cinco grados,**

haciendo que cogíamos estrellitas con las manos para descansar los flácidos dedos.

Jorge Tolosa un hombre de contextura delgada y con gran sentido del humor, se ganaba el aprecio de todos los estudiantes: era nuestro profesor titular. Al comienzo de cada clase de biología era totalmente diferente echando un par de chistes. Lo único era que las mangas de sus camisas permanecían completamente húmedas y mal olientes y por eso le pusimos como apodo “chucha loca”. Lo penoso de esto es que cuando veíamos por la ventana que llegaba al salón, gritábamos: “síntense que ahí viene chucha loca”, con tan buena suerte, sí buena suerte, ya me explico por qué, él alcanzó a oír. En vez de castigarnos, regañarnos, o enviarnos al rector, nos explicó el por qué de su sudoración. Nos contó que era una enfermedad incurable, que ya había probado todo para solucionar esa enfermedad, pero nada le había valido. Nos dijo que por favor lo disculpáramos si era muy incómodo y molesto para nosotros, que él lo entendía. ¡Ninguno tuvo el coraje de mirarlo a la cara! ¡Se acababa de ganar

Porque Dios tuvo a bien el que toda plenitud morara en él, y mediante él reconciliar de nuevo consigo mismo todas las otras cosas haciendo la paz mediante la sangre que derramó en el madero de tormento, no importa que estas sean las cosas sobre la tierra o las cosas en los cielos. (Colosenses 1: 19, 20

nuestro más profundo cariño! La buena suerte llegó, porque aprendimos la lección de respeto a los superiores.

Por unanimidad y buen desempeño académico me escogieron como monitor de clases. Entre mis deberes figuraba borrar el tablero, sacudir la almohadilla, tomar lista de asistencia y anotar los nombres de los indisciplinados. Esta última asignación se me dificultaba cuando los profesores entraban en paro dejándonos a merced de la indisciplina porque formábamos batallas campales con almendros y pepas de mamoncillo. Posteriormente cuando terminaba la reunión de profesores, los titulares de cada salón pedían a los monitores la lista de los que se hubiesen portado indebidamente. ¡Pero con qué autoridad moral yo relacionaba a los implicados, si yo era de los primeros que había empezado la revuelta! Cuando el titular me pidió la lista, yo le dije que ninguno había participado en desordenes. Pero el clan del matriarcado me dio un golpe de estado haciéndome encabezar la lista de los que habían participado en la batalla de los almendros. Y en castigo para todos nosotros, nombraron monitora a una compañera.

Después del primer año de estudio cambiaron la formación académica comercial por una vocacional con opciones de escoger para cada uno. Yo cambié mi máquina de escribir que me hacía sentir como una señorita normalista llevándola en el trayecto del colegio a la casa; y entré a formar parte de un grupo de muchachos para un proyecto de cultivos hidropónicos, luego otro de cría de aves de corral buscando mi vocación para servirle a la sociedad.

Terminé en la conformación de una cooperativa multiactiva, integrada principalmente por los socios fundadores en cabeza del profesor Armando, quien supo aprovechar el potencial que poseíamos como líderes innatos. Recuerdo aquel reducido grupo de “locos” que nos atrevimos a redactar los estatutos de la cooperativa y conseguir la personería jurídica. Recuerdo a compañeros como

**Alexander Hernández, a quien cariñosamente le llamábamos “el flaco”, excelente estudiante, extrovertido, que impresionaba a todos por su liderazgo.**

**Alejandro hacía las veces de vocero con lo relacionado a la publicidad de la nueva cooperativa aprovechando su trabajo en una tipografía; Manuel Figueroa relucía por su capacidad para los números y me acompañaba todas las tardes a la hora del recreo a recoger los aportes de los socios.**

15 diciembre 2005

**En mi primer año como bachiller presentí que me perseguía un extraño pensamiento rebelde y de controversia con la monja Betty quien llegaba vistiendo su hábito gris y su acento guatemalteco, para en la clase de religión, tratar de convencernos de ganarnos para la salvación eterna. Con unas cuantas clases de religión la hermana Betty se dio cuenta que le era más fácil su clase, sacándome del salón, para que “tomara aire fresco”. Sin tomar represalias, la monja me permitía estar ausente de sus clases de religión, con el compromiso de que me dejara hacer un exorcismo del padre Uriel. Me fascinaba la controversia con la hermana Betty, en cuanto a que, Dios existía para los que le**

En aquella misma hora se llenó de gran gozo en el espíritu santo y dijo: “Te alabo públicamente, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido cuidadosamente estas cosas de los sabios e intelectuales y las has revelado a los pequeños.

Si Padre porque al hacerlo así, vino a ser la manera aprobada por ti. (Lucas 10:21)

**iba bien en la vida. Un día la hermana Betty me llevó a su oficina y me contó que tenía un hermano guerrillero en Guatemala; que a ella le gustaba coleccionar las canciones de Julio Iglesias; y muchas otras confidencias más. No se por qué yo siempre terminaba la conversación bruscamente con tajantes y controvertidas preguntas, entre otras, como: ¿es verdad que las monjas se colocan un dispositivo intrauterino para no sentir deseos sexuales? Eran tan inmorales mis pensamientos que llegué a imaginar que la monja me llevaba a la oficina para al menos tener un momento de intimidad. Estos pensamientos se me borraron cuando firmé mi primera matrícula condicional. Yo si había divisado desde el fondo del corredor venir a la monja con una carpeta de color café, que fue la que colocó en mi pupitre para mi firma, la que estampé de un rayón. Ella se disgustó incrédula de que esa era mi firma. Pero mis compañeros eran testigos de que así firmaba yo siempre. La monja no creyó y me encimó ocho días de suspensión.**

**Una vez hubo la visita imprevista de unos funcionarios de la secretaria de Educación para evaluar la solicitud de aprobación de los grados décimo y once toda vez que solo existía hasta el noveno grado. La visita de los supervisores fue imprevista e ingresaron a cada uno de los salones para supervisar la asistencia y las respectivas clases, con tan mala suerte que cuando entraron a mi salón yo lideraba una improvisada tomadura de pelo con mis compañeros. La profesora que no se había dado cuenta que estaba siendo supervisada en la clase de Biología , por tratar de callarme como lo hacía siempre, me hizo una pregunta sobre el tema.**

**— ¡A ver joven Fernando!, usted que habla tanto, dígame que es un Polisacárido.**

**— Profesora, un Polisacárido es la unión de un “poli “con un “sicario”**

**Este chascarrillo cayó como una bomba haciendo explotar en carcajadas a mis compañeros, dejando en evidencia la formación académica del colegio. Por**

consiguiente se aplazó, por parte de la secretaría de Educación, la aprobación del décimo y undécimo grados, hasta el otro año.

Apareció en mi vida Diana, la mujer que me llevó a buscar la forma de lograr pasar para el segundo año e inscribirme en una categoría menos a la que por mi edad me correspondía. De ella me gustaba todo; su rostro, su silueta delgada, sus ojos claros, su cabello castaño, su delicadeza y su expresión de Fer-Di, para referirse a los dos, combinando las iniciales de mi nombre con las de su nombre. El doce de octubre de mil novecientos noventa y tres, con la complicidad de la media noche, en una gran pared blanca frente a la casa de Diana plasmé con aerosol negro una serie de mensajes con el acertijo de la clave “murciélago”. Según me contó Diana, esa mañana antes de salir para la jornada del censo poblacional, los vecinos de la cuadra despertaron a los demás, alarmados por las letras revueltas con números que solo Diana y la cómplice de su hermana Dora podían entender, sin ir a echarle un vistazo a la clave que anteriores días yo le había obsequiado a ella. Este detalle se cuenta entre canciones y poemas, algunos copiados de libros, otros inéditos, lo que despertó

Es a Jehová a quien siguen haciendo de esta manera, oh pueblo estúpido y no sabio? ¿No es él tu Padre que te ha producido, el que te hizo y procedió a darte estabilidad? (Deuteronomio 32:6)

en mí la musa, sintiendo inspiración para escribir, pero con dificultad para coordinar claramente lo que quería expresarle con palabras lo que sentía por ella. Transcurriendo el tiempo reconozco que me enamoré, pero fue como un amor platónico porque muchas cartas y poemas nunca llegaron a sus manos. Entonces decidí ser un eterno enamorado que un fugaz desilusionado.

Mi amor por Diana fue formando poco a poco en mí, dos mundos totalmente opuestos. Ante mis compañeros era el hombre más extrovertido del mundo; crítico, elocuente, dicharachero etc., pero ante Diana me faltaba todo. En cierta ocasión me dijo que yo era muy “loco”. Y no era para menos porque un día sus amigos le contaron que yo me había subido al escritorio del profesor y en un acto de exhibicionismo me había bajado la sudadera y les había enseñado lo que no se debe mostrar. Sé que en ese momento ella hubiese querido estar presente, aunque no era mi intención hacerlo si ella hubiese estado ahí. Para Diana guardaba mis mejores momentos. Aunque yo no percibía a ciencia cierta, es, si para ella lo mejor era que yo hiciese divertir a mis amigos, o que llamara la atención de ella. Éramos dos polos opuestos; empezando por el color de piel y terminando en el estudio. Terminé falsificando notas en el salón de profesores.

Le pinté la casa al profesor de matemáticas con tal de que a Diana le diera una oportunidad para que habilitara su materia. En momentos de broma le decía a Diana que ella parecía una evangélica porque la veía más interesada en su religión, que en mí. De todos modos mi amor por ella era sincero a tal punto que cuando la veía pasar por la autopista a toda velocidad en su moto, pensaba para mis adentros: “Quizá me tocará casarme con una mujer mutilada debido a un eventual accidente”. Sí, un no se qué, un no se cómo, me imantaba a Diana.

Yo combinaba mis estudios con el trabajo que me consiguió mi compañero de colegio en una fábrica de carretillas. Empecé a llegar tarde al colegio por motivos de fuerza mayor; es como si nos hubiésemos puesto de acuerdo con Diana, porque

ella también llegaba retardada pero no por motivos de fuerza mayor sino porque tenia que esperar a que su hermana Dora, que estudiaba por la mañana, llegara del colegio con la moto, es decir, por el menor esfuerzo. Por la reiteración de mi llegada tarde, la profesora Rosaura, me hizo firmar matricula condicional con la conminación de suspensión por una semana por ser tan obcecado.

El lunes siguiente llegué de nuevo tarde. A Diana le estaba notificando la profesora la suspensión por una semana por el mismo motivo. Rosaura se disponía a hacer lo mismo conmigo. Con mi semblante paranoide esperé que la profesora perforara mis oídos con un: “te lo advertí”. Pero me le adelanté y simulando un semblante compungido le dije:

\_\_Profesora, discúlpame por hoy, porque mi padre murió este fin de semana.

Silencio absoluto, sorprendidos todos, con un dejo de sorpresa e incredulidad. Dirigiéndose a toda la clase dijo la profesora:

\_\_Todos de pie y vamos a hacer una oración y luego guardamos un minuto de silencio por el eterno descanso del padre del alumno Fernando. Seguidamente la profesora Rosaura se retiró, dándome la corazonada de que sentía pena de

¿No crees que yo estoy en unión con el Padre y el Padre está en unión conmigo? Las cosas que les digo a ustedes no las hablo por mi mismo, sino que el Padre que permanece en unión conmigo está haciendo sus obras. (Juan 14:10) 20

**hacerme firmar la suspensión por una semana, en momento tan doloroso como este.**

Luego Diana se me acercó con una pregunta que redondeaba confusión:

\_\_Fernando, ¿luego tú no me habías dicho que tu padre ya había muerto? De inmediato le di respuesta:

\_\_¡De algo me tenia que servir algún día mi padre!

En los gajes de mi oficio logré ganarme la confianza de los padres de Mauricio, compañero de estudios. Empecé a disfrutar de la compañía esporádica que me brindaba María Soledad cada vez que me llevaba limonada a mi sitio de trabajo. De María Soledad, me gustaba su inmadurez, obviamente, porque promediaba sus trece años de edad, y le brindé mi confidencialidad, lo que no hice con Diana.

(21 diciembre 2005)

La mentira para mi tercer año lectivo fue un escudo para independizarme con deseos de ser autosuficiente; queriendo tomar a los quince años, las riendas de mi vida, sin intuir siquiera, que la impetuosidad de mis instintos, me obligaría a tomar decisiones desbocadas. El día de las matriculas para empezar octavo grado, le manifesté a la profesora, la misma que había sido mi titular el año anterior, que yo no podía seguir estudiando porque no tenia acudiente por cuanto mi madre había viajado a Venezuela. Sin dudarlo, la profesora Rocío, se hizo responsable como mi acudiente, teniendo en cuenta que ya había mejorado mi comportamiento notablemente.

Cuando mi madre se enteró me dijo que por qué no le había avisado cuándo eran las matriculas. Serenamente le saqué a relucir mis calificaciones y mi comportamiento. Concluí la conversación diciéndole que yo no necesitaba que ella malgastara su tiempo recibiendo las calificaciones pudiendo hacerlo yo mismo. Todo esto lo hacía por querer madurar biche. Este anhelo no era de pensamiento, sino que lo puse en práctica. Una tarde mi hermana Berta me invitó

a almorzar a su casa con ocasión de mis cumpleaños. Ella se disponía a servirme el regalo cuando mi padrino Daniel se hizo presente exigiéndole a mi hermana un dinero que ella le guardaba para que no se lo malgastara en el billar. Después de escuchar los insultos de su marido se dispuso a satisfacer su capricho, pensando que también terminaría con lo que ella me iba a regalar. Cuando me acerqué a su alcoba vi a mi padrino golpeándola.

Por instantes resistí aquel maltrato, hasta que mi corazón empezó a palpar fuertemente y la sangre la sentía hervir, hasta el punto de emprenderla violentamente contra él, estrellándolo contra la cerca de mis cinco dedos, dejándole un parche negro en sus ojos; con esto mi padrino se dio cuenta que aunque fue él quien compró la torta, no precisamente lo que le partí fue el pastel de cumpleaños, sino la jeta

A los diez y siete años se terminó la adolescencia de mi hermana Tania, con un embarazo deseado pero no aceptado por las circunstancias de la vida. Mi hermana Sara apareció con tres hermanitos más para mi sobrino Elkin quien se

No crees que yo estoy en unión con el Padre y el Padre está en unión conmigo? Las cosas que les digo a ustedes no las hablo por mi mismo, sino que el Padre que permanece en unión conmigo está haciendo sus obras. (Juan 14:10)

había criado con nosotros contándolo como uno mas entre mis hermanos, o como el hijo de la abuela porque la había criado mi madre. Mi sobrino Elkin nunca vivió con mi hermana Sara. Su nuevo esposo no se hizo a la idea de que mi sobrino lo reconociera como su padrastro porque eran desproporcionadas las diferencias entre los dos, respecto a la estatura. Mi cuñado era tan pequeño y regordete, que era mas fácil saltarlo, que darle la vuelta; tal vez lo único grande que tenia era su corazón boyacense.

Desde las lejanas tierras llaneras de Arauca mi hermano Miguel Ángel seguía mandando cartas y dinero para sufragar los gastos de la casa. Este gran hermano hizo posible, con su ayuda, que yo terminara lo que un día pensé acabar cuando me fui de la casa. A los dieciocho años me fui de la casa llevándome un sin número de problemas que no supe como manejarlos, cuando la ruleta del destino empezó a tomar revancha de todo aquello que irresponsablemente jugando a ser grande, me había tomado prematuramente, llevando una vida casi independiente; la única diferencia era que mi madre se daba cuenta que yo había llegado a casa cuando escuchaba correr el cerrojo de la ventana de la puerta. Muy pocas veces hablaba con mi madre y algunas veces permanecía hermético con mis hermanos. En el colegio empecé a menguar

académicamente . Mi trabajo en la mañana hasta medio día se cruzaba con mis obligaciones escolares, hasta el punto que prácticamente vivía donde trabajaba con la aquiescencia de los padres de mi amigo Mauricio. Ellos me brindaban la alimentación con el fin de que terminara mis estudios. Cuando llegaba del colegio compartía largas horas de la noche con María Soledad. Ella me hacía partícipe de su cariño en un ambiente de sentimientos recíprocos escondidos, contándome sus desamores y yo pensando contarle algún día los míos. Pero lo que nos hacia el uno para el otro, era el querer sin hacer, porque nos encerraba en un círculo vicioso que no nos permitía a ninguno de los dos romper con la barrera del "yo

quiero que sepas que me gustas”; “yo quiero que sepas que soy feliz estando contigo”; “yo quiero que sepas que hablemos de nosotros y no de otros amores”.

MI relación con Diana estaba tan descuidada como mis estudios; por casualidad se habían presentado los retiros espirituales que se hacían por una semana en una casa de encuentros y qué mejor que aprovecharlos para reivindicarme con su silencio y poner en piso firme mis sentimientos hacia ella. Eso fue lo primero que hice cuando llegamos a la casa de retiros.

En un pedazo de papel escribí un verso de un viejo vallenato que dice: “Tus ojos son dos luceros, son pícaros y ladrones, el izquierdo roba besos y el derecho corazones”. Tan improvisado fue mi halago para Diana, como tan imprevisto el llamado de atención que me hizo la hermana Betty rompiendo en pedacitos el papel y lo mismo hizo con mi intención de reconquistar a Diana, cuando dijo en tono serio:

—“La casa de retiros espirituales, no es el sitio adecuado para muestras de pretensiones románticas.” Guardando reverencia a sus palabras, Diana y yo nos pusimos a hacer parte del itinerario de conferencias y actos religiosos.

Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado y el regir principesco vendrá a estar sobre su hombro. Y por nombre se le llamará Maravilloso Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz. (Isaías 9:6)

**De pronto me vi en un salón grande escuchando a un sacerdote a quien personifiqué por su abundante barba entrecana con un filosofo de épocas lejanas de Platón y Aristóteles, por su habilidad de expresión oral, que con fluidez expresaba su boca, confirmándolo con sus ojos negros saltones, protegidos por espesas cejas que se acicalaba con sus dedos para ponerlas en orden. De su cátedra rescaté una frase que trataba sobre el respeto al orden de las cosas. Lo decía para que lo pusiéramos en práctica en nuestra vida diaria. Interrumpiéndolo le lancé una pregunta, que hasta el día de hoy, solo él, y yo entendimos la respuesta: “especialmente habrá hombres que encuentran orden en el desorden”; filosófica su respuesta, confirmándomelo con su mirada. La hermana Betty tomándose con disimulo su frente con la mano, en señal de desaprobación a mi pregunta, me confirmaba la posibilidad de mandarme a tomar aire fresco como lo hacía en sus clases de religión. Queriendo hacer un borrón y cuenta nueva de mi primera impresión que aquella casa de retiros espirituales no servía para enamorar, empecé a idearme la forma de estar cerca de Diana; formamos grupos de trabajo integrado con amigas de Diana, las que descargaban en mí la obligación de dar resultados, ayudándome ellas en el proceso de reconquista de Diana. Luz Mary se ofreció a hacerme el cruce, ese cruce que existe entre los enamorados, y diciéndome que contara con su complicidad para dejarme entrar en la habitación que compartía con Diana. A la hora exacta acordada, me encontraba agazapado detrás de las cortinas del balcón de la habitación, guardándole una sorpresa a Diana. Cuando ella entró a la habitación, leyendo un folleto que llevaba en sus manos, sin mayor exaltación que el susto de verme salir detrás de las cortinas me dijo quedamente que ojalá la hermana Berta no fuera a encontrarnos en la habitación. Enseguida para contrarrestar un mal presagio, llegamos a un cariñoso encuentro, sellando con un beso el compromiso de vernos al otro día y hablar con más calma de lo nuestro,**

pero que me fuera de la habitación. Concluí pensando haber sacado lo mejor de lo peor en este asunto. De pronto vimos la silueta de la monja subiendo al tercer piso de la casona, sin ser coincidencia que la hermana Berta, me hubiese asignado, por obvias circunstancias, debido a su experiencia en estos encuentros espirituales, las últimas habitaciones, tratando de evitar lo ineludible y previniendo lo impredecible. El tiempo que la monja duró hablando con Diana, duré metido entre la neblina que expelía mi cuerpo en la regadera enjabonándome repetidas veces como queriendo limpiarme de aquel mal momento que nos comprometía a Diana y a mí, porque con la rigurosidad de la disciplina del Colegio, podían cancelar definitivamente la semana de retiros, que como premio se les daba a los alumnos de último grado.

Me mantenía en soliloquio haciéndome y respondiéndome algunas preguntas como lo que parecía ser tan sano en mis propósitos, dando un giro de 180 grados, desde hacía como cinco minutos, cuando en la puerta tocaban insistentemente y acentuándose mi temor cuando oí una voz que me dijo: \_\_Fernando soy Betty, por favor ábreme la puerta que quiero hablar con usted.

Porque tú eres nuestro Padre; aunque Abrahán mismo no nos haya conocido e Israel mismo no nos reconozca , tú, oh Jehová, eres nuestro Padre. Nuestro Recomprador de mucho tiempo atrás es tu nombre. (Isaías 63:16)

No comprendo por qué al escuchar esa voz me sobrevino una fugaz alegría. Fue como si hubiese comprendido que detrás de la hermana Betty se escondiera una verdadera y vieja amiga que viniera a compartir una amena charla, encendiéndose con su presencia la chimenea de la confidencialidad, poniendo un poco de calor en aquella noche fría. Acostado en mi cama, y la hermana Betty acomodada en una silla junto a mi cabecera, me hablaba como tal vez nunca lo hizo ninguna otra mujer. Su palabras eran dulces y tan quedas, que podía descifrarle cada uno de sus movimientos que hacia con los labios al pronunciar cada frase. Era la puesta en práctica , quizás, del exorcismo que ella me había prometido. Por momentos me sentía inmovilizado, metido entre gruesas sábanas, que mitigaban el intenso frio de aquella noche. Pero encerraba el calor de una buena compañía. Completamente hipnotizado no dejaba de disfrutar cada segundo que me brindaban sus delicados dedos entrecruzados en mis cabellos. La monja me hizo replegar toda la rebeldía, comprometiéndome que a las primeras horas de la mañana dejaría la casa de encuentros para presentarme ante la madre superiora del colegio, para firmar mi matricula condicional. ¡Es lo último que recuerdo! Después, adormecido, vi cuando la hermana Betty salió cuidadosamente cerrando la puerta de la habitación.

A la mañana siguiente muy temprano me despertó el sonido de las campanas que anunciaban a prepararnos para la eucaristía. Empezaron con cánticos de alabanza que le daban vida a las paredes blancas de aquella casona, haciendo crujir las viejas vigas de madera, revestidas de un color de luto. No bajé a la eucaristía pero me asomé por el balcón del tercer piso. Estaba decidido a cumplir la promesa que le había hecha a la hermana Betty de marcharme de los retiros espirituales. Como señal de cambio me rasuré la barba, la que había sido mi bandera de rebeldía, pero con poca aprobación de las monjas. Alisté mi abultado

equipaje consistente en un cepillo de dientes, un talego con mi ropa y esperé que terminara la misa.

Escuché de nuevo el silencio que caracterizaba la casa de retiro. Bajé por los escalones envejecidos naturalmente, impregnados de olor a kerosén. De inmediato me abordó una señora que prestaba sus servicios en la cocina invitándome a tomar un café. En seguida se hizo presente la hermana Betty rompiendo el silente luto de aquel instante, diciéndome alegremente:

— ¡Estas tan furioso Fernando, que por fin te arrancaste esos pelos!. Me dio la espalda para indicarle a su conductor personal y a otra monja que me bajarán hasta Pamplona y me embarcarán en el bus que me llevaría de regreso al colegio. Me bajé del bus mucho antes de llegar al colegio esperando que cayera la tarde para confundirme con los estudiantes que salían para sus casas y buscar a mi amigo Mauricio, y contarle todos los detalles de mi imprevisto regreso. Para los padres de Mauricio era una paradoja que yo fuera a los retiros, porque decían que eso era para los aspirantes a monjas o sacerdotes únicamente. Por lo tanto les parecía normal verme un día después de mi viaje a Pamplona, porque sabían que yo no serviría ni para monaguillo. María Soledad,

Esto es lo que ha dicho Jehová, tu recomprador y el formador de ti desde el vientre: “Yo, Jehová, estoy haciendo todo, extendiendo los cielos, yo solo extendiendo la tierra. ¿Quién estuvo conmigo? (Isaías 44:24) 24

en cambio, sospechaba el por qué de mi pronto regreso. Cuando descargó sus libros, se dirigió a la nevera a buscar algo para tomar. Mirándome traslúcida a través del vaso de cristal sin despegarlo de su boca me dijo:

— “¡Qué hiciste Fernando!”. No pude darle explicaciones ante la presencia de sus padres, y muy discretamente la abordé cuando se disponía a hacer sus tareas. Diligentemente la ayudé aprovechando este momento para nuestras charlas confidenciales. Al principio sentí su rechazo, debido a la inconformidad conmigo por haber desperdiciado la oportunidad de enriquecerme ante Dios en la casa de retiros espirituales. Quiso demostrarlo cada vez que mis manos disimuladamente agarraba sus pequeñas manos cuando iba a tomar algún objeto de la mesa de estudio, y ella las eludía. En cambio mi mirada directa intuyó en la suya esquivas, que quizá era lo que había esperado, pero quería disimularlo. Ensimismados con los ejercicios escolares, el reloj parecía haberse enloquecido; cada vez que le echábamos un vistazo había transcurrido una hora. Cada vistazo era una mella de una hora en el tiempo. De pronto nos vimos sorprendidos por el saludo de despedida de don Cipriano y su esposa Gabriela, quienes habían confiado el cuidado de la casa a mi amigo Mauricio mientras ellos iban a misa. Mauricio despreocupadamente lo tomó como la ocasión para irse a jugar con otros amigos, delegándole la función a María Soledad, de cuidar la casa, vender los helados y entregar cuentas cuando llegaran, diciéndole de paso que cerrarse la bocota y no le dijera a sus padres que se había pasado por la faja la orden de quedarse a cuidar la casa.

El soborno fue tangente por parte de María Soledad, exigiéndole un helado para ella y otro para mí, por ser yo testigo presencial, en caso de la acusación que llegase a hacer de su hermano. Mientras María Soledad se dedicaba a sus tareas escolares, yo me puse al frente de la venta de helados, algo extraño para mi. En

**este pasajero oficio notaba que a la clientela le agradaba mi atención personal, seguramente creyendo que yo era parte ya de la familia Castro Castro, y cuando me veían buscar el dinero para dar el cambio, o los vueltos, revolcando el monedero de la señora Gabriela, que consistía en una gallina de porcelana que siempre permanecía encima de la nevera, siendo consentida por su dueña como la gallina de los huevos de oro, la que ni siquiera su esposo podía tocar. Un grupo de niños llegó a reclamar el obsequio de una paleta que había resultado premiada, originando dudas de si era la letra con la que había marcado el papel de la paleta la señora Gabriela. Por ese motivo tuve que levantar de su escritorio a María Soledad quien accedió a entregar el premio.**

**Habíamos terminado los deberes escolares cuando María Soledad se levantó mientras yo seguía sentado. Ella se dirigió a la nevera y empezó a raspar nieve del congelador. Con sus manos yertas del frío se hizo detrás de mí y desprevénidamente me acarició el rostro haciéndome sentir una emoción indescriptible. No pude establecer si lo que me paralizó más en ese momento fue el frío que sentí en el rostro, o el beso que enseguida sentí en mis labios. Un beso tan cálido que parecía una dulce gota de aceite caliente. Extrañamente fue**

Sin embargo Jesús clamó y dijo: "El que pone fe en mí, no pone fe en mí solamente, sino también en el que me ha enviado; y el que me contempla, contempla también al que me ha enviado. (Juan 12:44, 45)

**la combinación perfecta, para con broche de oro, cerrar aquella noche, antes de que mi amigo Mauricio golpeará la puerta.**

**El 29 de mayo de 1994 sería un buen día para trazarme nuevas metas e ilusiones para enfrentar la vida. Estaba dispuesto a asumir la matrícula condicional por la expulsión de los retiros espirituales en Pamplona. Quizá María Soledad había impregnado en mis labios y en mi vida la dulzura de un cambio de vida. Pedí permiso a don Cipriano para asistir mas temprano al colegio y presentar mis descargos a la hermana Superiora y poderme reivindicar. El portón del colegio estaba entreabierto. El vendedor de mangos se disponía a exhibir su mercancía mientras un "pelado" extraño, permanecía parado en la puerta, interrumpiendo la entrada de los estudiantes que se prestaban a entrar. Incómodamente entré rozando el cuerpo con el descocado. Me puse a esperar en los pasillos del segundo piso, cuando indignado divisé a aquel individuo saboteando a las niñas que estaban ingresando a la Institución. Con ese pretexto me dispuse salir del colegio para enfrentarlo. Cuando estaba cerca medí la distancia y sin darle chance empecé la pelea premeditada estrellándolo contra el portón del colegio, revolcándonos en un montón de arena. Yo iba preparado para lo eventual y mi reacción así lo confirmaba. Ese tipo era mi objetivo, pero una patada en mi espalda y una navaja en la mano de su amigo, alargó la situación, porque el negro vendedor de mangos sacó también un cuchillo, defendiendo mi integridad. Afortunadamente el asunto no pasó a mayores por la oportuna intervención de algunos profesores.**

**De nuevo se había convertido en desastre lo que yo había querido arreglar. Para colmo de males nadie comprendía el por qué de los hechos; Y, si se los hubiera explicado, aún seguirían sin comprender qué hacía en el colegio, si**

donde debía estar, era en la casa de retiros de Pamplona. ¡Quién me iba a creer que por primera vez en tanto tiempo llegaba temprano al colegio y menos que llegaba con disposición de cambiar!

Mucho menos les pasaría por la mente que lo que hice fue por reacción de amor propio a las alumnas que eran irrespetadas por aquel sujeto. De lógico estas explicaciones nunca las di como descargos a la madre superiora. En cambio tomé la decisión de volarme de la casa presintiendo lo impredecible y eludiendo lo ineludible.

---

Bajé por las calles del caserío muchas veces. Cada paso quería grabarlo en mi mente. Miraba los cerros y los potreros. Melancólicamente pasaba una y otra vez por el frente de mi casa bajo la oscuridad de la noche y de los arbustos que quedaban frente a mi casa lo cual observaba como queriendo indiferentemente que no fuese mi hogar, o como queriendo ser solo un espectador a la espera de que se le hiciera alguna transformación después que notaran mi ausencia. Extrañamente quería observar aquella escena pero lo único que pude grabar en mi mente, es que todo seguía igual. Vi llegar a mi hermano Iván quien fue

Yo soy el Alfa y la Omega-dice Jehová Dios-, Aquel que es y que era y que viene, el Todopoderoso". (Apocalipsis 1:8)

recibido por su esposa. Sentí ganas de gritarles y decirles que no se preocuparan por mí, a sabiendas que desconocían mis planes de escapar de la casa. Quería de alguna forma adelantarme a los sucesos que sucederían por mi fuga. Me desentumí las corvas, me incorporé después de una larga espera para ver si por última vez podía ver a mi madre. Me dirigí a la casa de mi amigo Mauricio y desenrollándole una película a don Cipriano le dije que tenía que salir urgentemente para Arauca para reunirme con mi hermano Miguel Ángel porque había sufrido un accidente.

Todo lo inventé solo para que me pagara los setenta mil pesos que yo tenía acumulados de una quincena de trabajo. Mi decisión fue determinante porque no acepté los consejos de la familia Castro Castro que me insistían para que me quedara esa noche y viajara en la madrugada. Nunca había salido de mi hogar; así que pensaba que con el solo hecho de tomar cualquier bus a un lugar indefinido, ya estaría perdido y era lo que precisamente buscaba; por consiguiente no me dirigí a la terminal de transportes de la ciudad. Quería desde cuando salí de la casa de los Castro Castro hacerme a la idea de que yo era un forastero más de aquella ciudad, y por lo tanto, un encuentro inmediato con mi familia frustraría mi aventura de hijo perdido. Sorprendentemente me adapté a las circunstancias; me metí de hecho en esas dificultades sufridas por los aventureros y caminantes; pasé mi primera noche en un pequeño cambuche que encontré a la orilla de la carretera principal esperando allí el transporte que me habría de llevar a cualesquier parte del país. El zumbido de los zancudos, la picadura de estos insectos en las orejas y en las manos, me hacían despertar de aquel sueño real que estaba viviendo.

Como a eso de la media noche llegó un vagabundo buscando su refugio y notó que ya había sido invadido por un intruso, cerca de los dieciocho años de edad, con una barba incipiente de tres días y un aliento muy desagradable; en medio

de la oscuridad aquel vagabundo no puso en duda lo que me aventajaba por sus muchos años, siendo un anciano. No cruzó conmigo ninguna palabra, pero interrumpió el silencio de la noche con el ruido de los cachivaches que llevaba en su costal dando la media vuelta mar.

Traté de acostarme para seguir contemplando el firmamento que era lo que más se me asemejaba a la aventura que estaba viviendo; pero por la preocupación de que volviera el anciano a recuperar su pocilga a como diera lugar, decidí proseguir mi camino extasiado del silencio y la soledad de las calles en la madrugada. Sin desviarme de la carretera que me llevaría a cualquier destino, planeé el embarco a tierras desconocidas que tenía que quedar al lado opuesto del camino que había dejado atrás. Esperé el bus en una estación de gasolina y fui dejando volar mi imaginación, para argumentarme, sobre qué diría a las personas cuando me preguntaran por mi pasado y les satisficiera los interrogantes de aquellos que quisieran saber la vida de este andariego. Para todos ellos les tendría la historia de un joven huérfano que había trabajado en Venezuela pero que me habían deportado para Colombia y que ahora estaba buscando algún familiar en tierras santandereanas de las que

Y cuando lo vi, caí muerto a sus pies. Y él puso su mano derecha sobre mi y dijo: "No tengas temor. Yo soy el Primero y el Último, y el viviente; y llegué a estar muerto, pero, ¡mira! Vivo para siempre jamás, y tengo las llaves de la muerte y del Hades. (Apocalipsis 1:17, 18)

tanto hablaba mi madre y de paso en medio de mi aventura, conocer personalmente al papá de mis medios hermanos, que decían que vivían en Santander. Trayendo a mi mente algunas palabras que tradicionalmente mi madre en su peculiar dialecto santandereano, quien a pesar de vivir en Cúcuta desde hace muchos años, aún las sigue pronunciando, dije para mis adentros: "pingo llegó un taxi"; Se estacionó a tanquear, y obligado por la insistencia del operador de la gasolinera quien me indicaba que ese taxi iba precisamente para Bucaramanga y que ya había hablado con el conductor de mi "calamidad" para que me diera el aventón, explicándole que yo era un compatriota deportado de Venezuela, me embarqué hacia tierras santandereanas a mitad de precio.

Solo llevaba como equipaje un abrigo color verde que lo traía terciado por entre los hombros y que me lo había regalado Mauricio cuando pasé por su casa para que don Cipriano me pagara los setenta mil pesos; Mauricio notó que yo no llevaba nada con que cubrirme en la pasada del páramo, solo una camisa blanca de rayas azules; la misma que me había prestado el fotógrafo del batallón cuando me tomé la foto de reseña para prestar el servicio militar obligatorio y estaba presto a terminar mi bachillerato. Creo que hasta la fecha estarán esperando que preste el servicio militar y hasta quizá esperando que al menos les devuelva la camisa. Cuando pasé por la fría ciudad de Pamplona, la brisa helada me trajo el recuerdo de aquella primera vez: ¡Hacía cinco días, que había estado en la dichosa casa de retiros espirituales! También recordaba el principio donde habían nacido todos mis males, donde en pocos días mis compañeros y Diana se aprestaban para el regreso; en cambio mi vida había ido y venido pasando de largo con rumbo desconocido.

Apartando por momentos las preocupaciones del viaje, me dejé dominar por el sueño, cuando me empezó a devorar las extremidades el intenso frío del

páramo de Berlín. Decidí sacar las manos de entre mis piernas y ponerme el abrigo verde oliva que me había regalado mi amigo Mauricio.

El treinta de mayo de 1994 llegué a la terminal de transportes de Bucaramanga; ese día mientras deambulaba por las instalaciones del terminal, tembló fuertemente en la ciudad, así como tembló mi corazón cuando descendí del taxi atolondrado por miles de pensamientos fugaces como el querer proseguir mi aventura, mientras que otros pensamientos acompañados por lágrimas me decían que debía regresar. Salí a caminar con el ánimo de despejar mi mente y reafirmarme de lo que quería y debía hacer.

Salí de las instalaciones sin perder la ubicación del camino de regreso a la terminal; entré a una pequeña tienda y compré una gaseosa, cien pesos de salchichón y un pan. Repetí el pedido para acabar de atarugar el hambre. La señora de la tienda me miraba asombrada, no se, si por la voracidad con que comía, o porque desconfiara de que yo saliera corriendo sin pagarle. No era necesario tener un espejo para saber como me veía; me quité el abrigo que estaba totalmente empapado de sudor, la piel de mis brazos pegajoso y mi rostro estaba cubierto por una zarza de espinos vellosos.

Después de estas cosas, inmediatamente llegué a estar en el poder del espíritu; y ¡miren!, un trono estaba en su posición en el cielo, y hay uno sentado sobre el trono. Apocalipsis 4:2)

Reanimado por el refrigerio, decidí volver a la terminal que era lo único familiar para mí. Extrañamente no quería quedarme en la primera ciudad que llegara; quería internarme aun mas. Me embarqué en un bus que viajaba a San Gil, nombre que le había escuchado pronunciar varias veces a mi madre, sin saber que así se llama un pueblo que queda a dos horas de Bucaramanga. Empecé mi aventura con los setenta mil pesos que me dio don Cipriano. De esos setenta ya no contaba con diez aferrándome a los sesenta, y con eso, y la ayuda de Dios, proseguí mi turismo aventurero.

Geográficamente sabía que estaba en Colombia pero mis pensamientos seguían en la frontera. Presentí que yo estaba en la Madre Patria porque mi forma de hablar era diferente a las demás personas. Quise entablar una conversación con una jovencita que estaba al lado mío compartiendo su asiento con su pequeño hermano; por sus rostros y vestimenta me di cuenta que eran indígenas. Cuando descendimos para tomar un descanso en el trayecto del camino, compré algo parecido a un almuerzo, y envuelto en un sentimiento altruista, le ofrecí una galleta y una manzana a la jovencita y a su pequeño hermano, cuando se bajaron del bus.

Cuando reiniciamos la marcha, me di cuenta que debajo del asiento del autobús, estaban botados como una basura, la galleta y la manzana, que hubiese preferido comérmelas; pensaba en mis adentros que ojalá en estas nuevas tierras que estaba por conocer no existiera la desconfianza de las gentes, así fuese por malicia indígena.

Yo venía de una tierra donde a todo el mundo se le dice "amor"; y tanto el calor en grados centígrados como el humano, se mide por la hospitalidad de sus moradores. Existen costumbres tan propias de nuestras tierras cucuteñas que somos capaces de sintonizar la misma emisora de radio por el entorno de cuadras enteras; se cuelgan los bafles en las ventanas, con la sintonía de la misma

emisora, que uno no pierde el hilo de una canción o un vallenato, mientras sus pasos, poco a poco, van sucumbiendo con nostalgia al término de una canción, para escuchar otra, disimulando descansar bajo la sombra de frondosos árboles centenarios como los almendros, oitíes y cujíes, que se alinean y cubren perfectamente esperando los vientos. Con esta lucha sin tregua se le hace frente al astro rey que candentemente ilumina esas tierras, pero que a pesar de su esplendor y belleza, se vuelve tan insoportable, que a veces pareciera convencernos de haber ganado esta guerra, cuando por capricho propio nos hace blandear nuestras camisas en señal de redención.

Mis zapatos viejos, cansados de arrastrar tanto polvo de una misma tierra, por fin tuvieron la oportunidad de sacudirse de una vieja vida, para impregnarse del vapor que despiden los campos y las frescas brisas del Río Fonce de San Gil, el cual divisé por toda su rivera, haciéndome añorar el paseo Malecón de Cúcuta. Atravesé un estrecho puente colgante y me detuve para contemplar las fuerzas de las aguas que golpeaba las rocas, y bufaba impetuoso, desenraizando los árboles que encontraba a su paso y socavando los barrancos que impotentes cedían a su furia.

Entonces Jesús le dijo: "¡Vete Satanás!. Porque está escrito: 'Es a Jehová tu Dios a quien tienes que adorar, y es solo a él a quien tienes que rendir servicio sagrado'". (Mateo 4:10)

No hubiese querido pasar una noche en las casas que delineaban la orilla del río, porque su cercanía, me hacía fácil pensar que se podía pescar desde los balcones de aquellas viejas casas. Un olor a pescado descompuesto y la presencia de chulos inermes con las alas extendidas en cruz, esperando que las nubes se replegaran del todo y dejaran filtrar los rayos del sol después de una larga llovizna, me hizo caer en cuenta, que lo que por primera vez admiraba, solo hacía parte del destripadero de la plaza de mercado del municipio.

Al día siguiente empecé a ascender lentamente las escalinatas en piedra, empañetadas, admirando no tanto el valor de las esculturas, sino el trabajo que debió costarles colocarlas ahí. Evocando la historia con cada paso que me hacía estar mas adentro del pueblo, empecé detallando los balcones tipo español y las casas antiquísimas que guardaban celosamente sus fachadas, concluyendo que en este hermoso rincón santandereano, se habían vivido tiempos mejores.

Contemplando de frente se me hizo superlativa la catedral totalmente construida, piedra sobre piedra, menguando mi concepto sobre los que con esfuerzo majestuoso, habían construido las escalinatas en piedra, conceptualmente darle una calificación por lo mas alto, a quienes habían querido llegar al cielo, colocando piedra sobre piedra, bajo frondosas y centenarias ceibas, que cobijaban con su sombra buena parte del parque, evocando los tiempos bíblicos de la construcción de la Torre de Babel. Decidí seguir contemplando todo lo que mis ojos podían mirar, mis pensamientos tocar y mi alma disfrutar. Me senté plácidamente con mis piernas entrecruzadas y los brazos extendidos como los chulos, esperando por enésima vez que la fuente del parque expidiera el chorro de agua que magníficamente hacía aparecer un arco iris con la coquetería del sol y el agua, haciendo

**filigranas con sus besos cada vez que se encontraban, semejando a los novios, que por la noche, en aquel parque a su debido tiempo, se extasiaban.**

**Agradecido por mi recibimiento con este espectáculo tan hermoso, emprendí de nuevo mi camino, no sin antes despedirme de un anciano a quien le había contado la historia de mi vida que me había inventado; dándole la espalda al viejo y al parque, regresé cautelosamente por donde mismo había entrado. Solo quería llevarme lo mejor para más adentro, de no sé dónde, hasta cuando lograra reposar de las insaciables ansias de conocer más regiones y pensaba que podía quedar satisfecho con unas cuantas horas más de viaje y de paso darle una solución rápida durmiendo por lo menos una noche en los cojines de un autobús.**

**De veras me devolví por donde había entrado, me paré sobre la cúspide de la escalinata para empezar a descender; oí, no obstante, cuando dejaba atrás unos escalones de piedra que había a mi costado, una algarabía y música que nunca antes había escuchado. Me pareció ese momento todo tan distinto y tan distante que me envolvió un sentimiento de curiosidad; ¡Al fin y al cabo qué prisa me apresuraba que no fuese la de conocer!**

En el principio era el verbo y el verbo estaba con Dios y el verbo era un dios....De modo que la Palabra vino a ser carne y residió entre nosotros, y tuvimos una vista de su gloria, gloria como la que pertenece a un hijo unigénito de parte de un padre y estaba lleno de bondad inmerecida y verdad. ( Juan 1:1, 14) 30

**Entré y vi una muchacha sentada al frente de una mesa y tenía un palo en forma de rastrillo al igual que tenía botados sobre la mesa cualquier cantidad de billetes, monedas y fichas. También había varios hombres esperando quizá ganarse o perder un poco de dinero; me parecía muy extraño todo lo que veía a mi alrededor. Para mi era una mezcla rara de ambiente y de personas, las que tenían en sus manos las vasijas de totumo iguales a las que don Crisóstomo usaba para tomarse su guarapo o como solía decir él mismo: “mi brandy tres natas”. Me parecía extraño también que casi todos los presentes tenían puesto un sombrero y se les alcanzaba a divisar por debajo de la camisa, la cache de un cuchillo, pendiendo de la cintura. En aquel ambiente había un penetrante olor a naturaleza, según mi ignorancia que pretendía que todo lo que olía era a estiércol de vaca, chicote y guarapo que se funde y se confunde entre todos los campesinos que bajan al pueblo los domingos.**

**Mezclándome en ese ambiente decidí tomarme algo porque presentí que muchas miradas se descargaban sobre mí. Hice el pedido:**

**\_\_\_Por favor una gaseosa roja.**

**\_\_\_¿Qué sabor quiere?**

**\_\_\_¡Una cola roja por favor! Fue ahí cuando intervino un joven que promediaba los veinticuatro años, piel morena, bigote incipiente, ojos negros con pobladas cejas y largas pestañas, que extrañamente se parecía a mí.**

**Aquel joven dándole un inofensivo empujón al que me estaba atendiendo, metió la mano y sacó una gaseosa sabor a cola, la misma a la que yo le llamaba roja. Luego le dijo con un aire de jactancia:**

**\_\_\_Es que en Venezuela, “cola” es una palabra que significa grosería, por eso el joven dice gaseosa roja- Destapada la gaseosa, aquella inesperada amistad me**

sugirió un refajo echándole a la gaseosa un poco de guarapo. Lo hubiese aceptado como buena idea, si no fuese porque hasta ahora lo había conocido y no estaba acostumbrado a recibir bebidas de manos desconocidas.

—Mucho gusto me llamo Juan Carlos -Fueron las palabras de presentación de aquel hombre que entre otras cosas tenía un parecido a mi.

— Mucho gusto, me llamo Alejandro- Primera mentira, de la sarta que tenía acumulado para contarle. Pero hasta en estas cosas nos parecíamos, porque me contó que a la edad de once años se había escapado de la casa, que no había querido estudiar, que tenía su propio negocio y que se había desenvuelto en la vida sin la ayuda de nadie, que había estado en Venezuela, y en Cúcuta, ciudad de donde tenía malos recuerdos porque le habían estrellado una botella de cerveza en la cabeza, en un salón de billar. Contó que había estado en la frontera, porque anteriormente en sus andanzas como curandero, le había aplicado una inyección a un joven, con la grave consecuencia de dejarlo parapléjico, y, desde entonces lo buscaban para matarlo. Por todo esto había cambiado de profesión, estando ahora dedicado a promover la recaudación de fondos para el Asilo de ancianos de Aratoca con una espectacular rifa.

Pero contemplamos a Jesús, que había sido hecho un poco inferior a los ángeles, coronado de gloria y honra por haber sufrido la muerte, para que por la bondad inmerecida de Dios, gustase la muerte por todo hombre. (Hebreos 2:9) 31

**Compartimos experiencias recíprocas hasta el punto que decidimos identificarnos con nuestros verdaderos nombres; él se llama Arnoldo. Me propuso trabajar juntos. Las horas pasaban rápidamente aunque ya no me preocupaba seguir quien sabe a donde; me bastaba con lo que había vivido y lo que estaba por vivir al lado de otro andariego. La primera jornada de trabajo comenzaría muy temprano al día siguiente. Mientras tanto lo importante era pasar una buena noche en la casa de un hermano. Me invitó al mejor restaurante del pueblo “Tony Sangileño”. Sentí la tranquilidad del reposo de mi espíritu aventurero. La brisa del río Ponce me abrió el apetito, pero no como para comerme todo lo que nos sirvieron a la mesa: Dos arepas de maíz pelado, yuca, caldo de carne con costilla de res. Al ver tanta comida le manifesté a Arnoldo que nunca antes había comido tanto, a pesar de no haberme comido las arepas de maíz porque prefería las arepas blancas. Arnoldo no vaciló en comerse las dos arepas que sobraron, diciendo que a él tampoco le gustaban las arepas sin sal de Ocaña. Estamos empatados. Seguimos hablando mucho aun cuando yo no lograba depositarle toda mi confianza para explicarle los verdaderos motivos de mi viaje. Arnoldo con su carriel terciado parecía un joven antioqueño al lado de su “primo Fernando” como acordamos presentarnos a todos, aprovechando nuestro parecido físico. Regresamos por la misma ruta por donde habíamos venido, y a solo dos casas del negocio donde nos conocimos, vivía su hermano a orillas del río, en las casas donde se me había hecho fácil pensar que se podía pescar desde sus balcones.**

—¡Miren lo que me encontré! Fueron las palabras de Arnoldo a su hermano Luciano como queriendo exhibirme ante su sobrina y su cuñada, quienes como si de verdad yo fuera un bicho raro, descargaron los platos de la mesa e

interrumpieron la novela “Aguas mansas”, para mirarme más de cerca. Luciano sin dejar lo que estaba comiendo, estiró su pesada y rígida mano y me saludó invitándome a seguir hacia la luz del resplandor del televisor, mientras una pequeña, por orden de su madre Orfir, se acomodaba a prender la luz del balcón donde estábamos. Yo permanecía estupefacto sentado en un sofá, el que se convirtió esa noche en mi cama. Pensaba cómo esta gente podía acostumbrarse a dormir con el enemigo a escasos metros de sus linderos haciéndose cada vez más intenso mi temor, cuando escuché a alguien decir que habría que estar vigilantes toda la noche para no inundarnos. Poco a poco cada uno se fue para sus habitaciones con excepción de la señora Orfir, que entraba y salía de las habitaciones para acomodarme un par de sábanas y una almohada a la vez que le recordaba a la niña mayor que estaba arrunchada en una silla que ya era hora de dormir.

La noche silente y oscura, solo era interrumpida por los truenos y relámpagos que presagiaba una noche fría de intensos aguaceros. Permanecí arropado entre las sábanas desde los pies hasta el cuello; solamente me había quitado los zapatos para dormir. La billetera la metí debajo de la almohada, no sin antes contar el dinero que me quedaba aprovechando la poca luz que se filtraba por los calados de concreto. Yo miraba todo, olía todo, y lo único que se me

Además ningún hombre ha ascendido al cielo sino el que descendió del cielo, el hijo del hombre (Juan 3:13)

familiarizaba de todo aquello, era el crujir del machimbre mohoso del piso de madera que rechinaba cada vez que me dirigía al inodoro, porque me parecía estar descendiendo los viejos peldaños de madera de la casa de encuentros espirituales en Pamplona. Esperé un buen rato sentado en el sofá esperando a la persona que había prometido estar vigilante ante la creciente del río Fonce.

En el lapso del tiempo que me cansé de esperar, volví a enroscarme entre las sábanas dejando solo descubierta mi cara. Me llené de tristeza al verme tan solo, y mas que solo, con el presentimiento de que mi madre así lo estuviera sintiendo. Me agobiaba la idea que mi madre pensara que estuviese atravesando por dificultades propias de las desventuras. Pero al contrario había cenado muy bien. Estaba durmiendo en un sofá cama ansioso por empezar mi nuevo trabajo. Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Por las paradojas de la vida cuando lo que se quiere hacer bien sale mal y lo que se hace mal sale bien. Ineludiblemente permanecí metido entre los recuerdos que me brindaba en esa noche fría el calor corporal que no había logrado metido entre las cobijas. Mi mente iba y venía haciendo el mismo recorrido de mi travesía y muchas veces quiso anclarse al pasado aprovechando el cansancio de mis ojos, logrando desdibujar la realidad de las cosas. Con dominio propio, bruscamente abría los ojos. Tan solo con lágrimas, mi alma aceptaba quedarse conmigo asimilando la realidad hasta donde el cansancio me permitiera estar despierto. Con gran astucia mi pensamiento logró engañarme. Fue cuando comprendí que a veces se puede soñar despierto. Veía intacto el rostro de Diana, llegar hasta mi aposento. Desmayé en la vana ilusión de no ser atrapado por los recuerdos cayendo en un profundo sueño. La noche pasó y el calor de los sueños hizo que mis sábanas aparecieran envueltas en mis pies. Me desperté al escuchar los estrepitosos

ruidos de una puerta de madera que le cascaban contra la pared cada vez que alguien entraba o salía de una habitación sacando enormes cajas de cartón y bultos de ropa. Perplejo, de un salto quedé en disposición de ayudar a sacar los enseres. Lo que no entendía, era por qué solo sacaban todas las cosas de una misma habitación, al igual que no veía ninguna inundación. Estreché la mano con Cipriano y recibí de las manos de la señora Orfir, un pocillo de aguamiel, dándome las gracias por ayudarle a sacar la mercancía para vender en la esquina de la plaza de mercado. Sonreí y crucé algunas palabras con la señora Orfir que renegaba abiertamente contra Arnoldo quien no se había acomedido a ayudar a su hermano Cipriano a sacar las cajas y costales de la mercancía. La señora Orfir asegurando bien la puerta de la habitación donde guardaban las cajas y sacos de la mercancía, sacó gorros de lana para cada niña y salió, no sin antes gritarle a Arnoldo, que cuando saliera golpeará fuerte la puerta de la calle para que quedara bien asegurada. Me dio la impresión que la señora estaba acostumbrada al trabajo que hacía su cuñado Arnoldo, quien salía tarde, a diferencia del que ella tenía, que comenzaba bien temprano, sin rendirle cuentas a nadie. Esto me lo confirmó Arnoldo mismo, cuando lo vi desesperanzándose bajo el marco de la puerta con gestos de felino en calzoncillos, diciéndome que por motivos de lluvia sacaríamos el día para descansar y dar un paseo al café golf. Con aires de paternalismo Arnoldo me

Porque esto es lo que ha dicho Jehová el creador de los cielos. Él, el Dios verdadero, el Formador de la tierra y el Hacedor de ella. Él, Aquel que la estableció firmemente, que no la creó sencillamente para nada, que la creó aún para ser habitada: yo soy Jehová, y no hay ningún otro. ( Isaías 45:18)

**hizo una lista detallada de todas las cosas que me hacían falta para ir a compararlas a la esquina de la plaza de mercado donde su hermano Luciano tenía su negocio.**

Cuando Arnoldo y yo nos hicimos presentes en el puesto de ventas, la señora Orfir no puso en duda nuestro parecido físico asegurando que no pasaríamos desapercibidos como primos hermanos. Cuando nos despedimos, la señora Orfir hizo un gesto en señal de desaprobación cuando Arnoldo le dijo que me llevaría a conocer el café Golf, encimándole una sonrisita burlona que le hizo resaltar más el hoyuelo que Arnoldo tiene en el mentón. Llegando al café Golf divisamos seis mesas de pool; y cerrados los créditos a mi “primo” Arnoldo hasta que no pagara la cuenta de los chicos anteriores que el otro día había perdido en la mesa. Ese fue el recibimiento del coime del café Golf, un viejo ajado, lleno de canas. Arnoldo con su insistencia logró que el viejo le recibiera en garantía de la deuda la contraseña de la cédula, renovando el servicio para Arnoldo y accediendo a jugar un par de chicos con nosotros. Luego el recorrido turístico por San Gil, se limitó a conocer los prostíbulos y salones de billar que conocía Arnoldo. El mundo, prematuramente estaba abriéndose ante mis ojos, permaneciendo atraído por todo lo que hacía mi “primo”. Él sacaba dinero con gran libertad de los mil y un bolsillos repartidos en su carriel de cuero y lo encaletaba billete por billete en cada uno de los bolsillos, porque según su filosofía, el dinero solo se le muestra a las mujeres.

**—¡Arnoldo! ¿por qué si tiene tanto dinero no le pagó al coime en lugar de dejar empeñada la copia de su cédula?—Palmoteándome la espalda y con sonrisa maliciosa me dijo:**

—“Primo”, el denunció por pérdida de documentos vale dos mil pesos, y si sacamos cuentas, me sale mas barato que esa deuda.

Convertido en el secuaz de Arnoldo, yo permanecía atento a cuanto me decía o quería que supiera, llevándole la cuenta de los chicos de pool ganados, los perdidos, las cervezas que había, las que estaban por salir por cada chico jugado y le actualizaba el estado de la cuenta. Me sentía útil ayudándole con las letras y números, que con segundo de primaria a mi “primo” se le hacía difícil. Arnoldo disfrutaba a sus anchas cada chico de pool, depositando en mi, toda su confianza, toda vez que yo era el único en aquel salón de billar que guardaba sobriedad y el único que consumía solo gaseosa, a excepción de tres cervezas que me había tomado para complacer a mi primo en el café golf. Porque después de terminar el recorrido de todo lo que había querido que conociera, Arnoldo se plantó a jugar pool, abandonado por sus amigos, regado con cerveza y florido en ebriedad, que hasta las seis de la tarde le dio por preguntar si ya habíamos almorzado. Cenamos en el restaurante Tony Sangileño repitiendo el mismo menú; las palabras casi fueron las mismas, el recorrido para llegar a la casa de su hermano Luciano era el mismo. Llegamos a la misma hora de la novela y el recibimiento extrañamente fué el mismo. La única diferencia era que esta vez yo era quien traía terciado el carriel de Arnoldo desde que me lo largó cuando empezó a jugar.

Un Señor, una fe, un bautismo; un Dios y Padre de todos y por todos y en todos. (Efesios 4:5 y 6)

Un día jueves viajé en compañía de mi adoptiva familia, al Socorro, otro pueblo que mi madre solía nombrar. Yo seguía conociendo mientras la señora Ofir y Luciano, vendían ropa y calzado en la plaza de mercado de la provincia comunera. Cuando regresamos el jueves siguiente, día de mercado en El Socorro, estábamos muy cerca de llegar cuando fuimos interrumpidos por un reten militar, haciéndonos descender del vehículo para identificarnos con nuestros documentos que afortunadamente estaban en regla. Arnoldo se hizo a un lado del reten y conversaba con un militar quien parecía ser el comandante de la patrulla y no tuvo que mostrar sus documentos. En cambio mi suerte se inclinaba a que me reclutarían para el servicio obligatorio. Mi “primo” trataba de persuadir al comandante del reten diciéndole que yo era primo del sargento Rojas, hermano de ellos, y colega del sargento que me quería reclutar. La milicia me pisaba los talones desde la frontera. Parecía haber terminado mi aventura cuando me llevaron al Batallón Galán, de El Socorro, a llenar los documentos y plasmar mi huella dactilar, para presentarme como reservista el siguiente mes. Lo único que me animaba era la opción de seguir con mi aventura vestido de camuflado. Cuando salí del batallón, Arnoldo me esperaba a la salida y su amplia sonrisa se hizo presente cuando me dijo que esperaba verme calvo. Me arrebató el oficio de presentación que me habían dado y lo guardó en uno de los bolsillos de su carriel como queriéndolo refundir para que yo no siguiera pensando en mi obligación y me dijo que la solución para que no prestara el servicio militar estaba en manos de su hermano Adán, el sargento del que había hablado al sub oficial del reten.

Cuando llegamos a la plaza de mercado, el tiempo había transcurrido de tal manera que los mismos con las mismas se aprestaban para el regreso, después

de pocas ventas y muchos esfuerzos. Los esposos Ofir Y Luciano, empacaban de nuevo la mercancía en las cajas y sacos, que amarraban y arrumaban para su milésimo trasteo por trochas y veredas para sacarlas a la mañana siguiente, como el pobre que saca la ruana al sol para que se le seque, o comprar una nueva. La mañana siguiente vi muy temprano a Arnoldo con su carriel terciado invitándome a tomar café para emprender el trabajo que hacia quince días me había prometido. La mirada picarona que me clavó doña Ofir, me dio a entender que yo era ingenuo de algo. Arnoldo entraba y salía varias veces de la habitación buscando las boletas de la rifa, encontrándolas debajo del colchón. Doña Ofir estaba estática moviendo únicamente los ojos y tapaba su boca con un pocillo de café hirviendo, pudiendo intuir yo, que detrás de esa tasa de café, se escondía una sonrisa de oreja a oreja, y que con sus labios me hubiera querido decir que no fuera, y, a su cuñado que ojalá no volviera. Con pocos minutos de viaje yo pensaba que había llegado a tierras desconocidas; en realidad eran pueblitos muy cercanos a San Gil, descubriendo de donde provenían esas gentes amables de sombrero y alpargatas, campesinos de pequeñas miserias y grandes dolores, las mismas que me había encontrado en el negocio del ganadero donde conocí a mi “primo”.

Porque les ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David. (Lucas 2:11)

Después de disfrutar del paisaje por los caminos de herradura, con gran reverencia los campesinos que se cruzaban, correspondían a nuestro saludo. Arnoldo me fue enseñando lo que nunca había conocido en la ciudad; que tenía que saludar a cuanta alma se atravesara en nuestro camino. Saludos que iban desde un “qué más”, “cómo les va”; o con un extendido ¡adiosss!, o como “el primo” lo hizo cuando llegamos a primera finca: “Bueeeenasss” como el profesor Yarumo. Ahí nos atendió una señora de contextura delgada mostrando en su rostro unos treinta años de trabajo en el campo, con botas pantaneras, machete en el cinto, y un pantalón debajo de sus faldas como para que sus hijos mas pequeños, la diferenciaran un poco mas de su padre. El esposo mantenía la misma facha pero sin falda. Cuando Arnoldo empezó la conversación, inmediatamente la mujer desapareció dejando toda la responsabilidad a su esposo, de atender a “dos ilustres” y voluntariosos funcionarios de la Umata. Así se había dado a conocer mi primo como el “asesor” técnico de renovación de los cultivos de café. Aquel humilde campesino estrechó nuestras manos con gozo. Los conocimientos en cultivos de café para mi “colega” no eran desconocidos, porque Arnoldo hablaba con propiedad de la variedad, clase, calidad y aprovechamiento del café, lo que hacía que el campesino ingenuo no dudara de que se trataba de un funcionario experto de la Umata. Yo permanecía maravillado, sentado en un taburete admirando la diversidad de pepitas rojas y amarillas, que si Arnoldo no se hubiera adelantado a decirme que eso era café, hubiese yo metido las patas por cuanto estaba a punto de preguntar si esas pepitas se podían comer. ¡Nunca jamás en mi vida antes, había visto una mata de café, menos de yuca! ¡Y menos que nacía enterrándola! Pensaba que todo lo que uno se come permanecía colgado de los árboles como los mangos y mamoncillos a los que les tiraba piedra cuando iba camino al río. También desconocía que una mata de maíz produjera

solo una cosecha, lo mismo que el frijol y el tabaco. Cuando nos despedimos, no sin antes un desayuno con buen café, huevos criollos y arepa de maíz pelado, le pedí a los esposos que me cambiaran la arepa por un pan. Y Arnoldo se encargó de venderles una boleta para la recolección de fondos del ancianato de Aratoca, asegurándoles su pronto regreso para continuar con la asesoría de los cultivos de café, y, por qué no, traerles el premio de la dichosa rifa en caso de que se lo “ganaran”. Siempre utilizaba la estrategia de engaño para vender las boletas y fue cuando descubrí lo que me quiso advertir la señora Orfir con su mirada. Yo me terciaba el carriel y me entretenía preguntándole a Arnoldo cada cosa, como lo acordamos por el camino, cuando le conté lo de las pepitas rojas y amarillas que indiscutiblemente hizo parte de la mejor anécdota y la contamos graciosamente cuando llegamos a la casa de su hermano. Ese primer día de “trabajo” llegamos a la casa cuando empezaba a caer la noche después de haber recorrido unas cuantas veredas con nuestra retahíla que hacían parte de la carta de presentación para que los campesinos nos recibieran, dándonos de comer en casi todas las fincas. No hubo necesidad de ofrecer más las boletas porque ellos accedían voluntariamente a dar una bonificación para el ancianato, en un gesto de agradecimiento con los funcionarios de la Umata. La formalidad de los

Después de estas cosas oí lo que era como una voz fuerte de una gran muchedumbre en el cielo. Decían: “¡Alaben a Jah!” La salvación y la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios. ( Apocalipsis 19:1

campesinos llegó al extremo cuando nos regalaron un pollo colorado de esos que no crecen mas y de los que tampoco había visto jamás, pareciéndome increíble que su hermoso y vistoso plumaje color violeta y azul, no lo salvara de las manos de Luciano quien le pagó a Arnoldo doce mil pesos para que le torciera el pescuezo. De nada había servido desobedecer al “primo” cuando me decía por el camino que los pollos se cargaban sujetándolos de las patas. Me condolía del animal anidándolo en mis brazos que le sirvió de cuna con indiferencia por lo que pudiesen decir los que me veían pasar con el animal y mucho menos por mi forma de caminar, por haber accedido a tomar guarapo, porque una señora a quien le pedí agua dijo en forma burlona: —¿Y es que el señorito no toma guarapo”? Me puso a caminar choreto dándome cuenta que en el campo, pedir agua, es como ir a pedir un vaso de leche a un barman.

Estaba a escasos días para presentarme a prestar el servicio militar. Cada día le preguntaba a Arnoldo cuándo llegaría el sargento Rojas, aunque era consciente que con la mierda que hablaba, le sobraba para ufanarse de tener un hermano en el ejército y otro en la fuerza aérea, así que me conformaba con escucharlo decir que la otra semana llegaba. Yo no había recibido ni un solo centavo del trabajo y sí había descontado trece mil pesos de los veintitresmil que había contado y repartido aquella noche. Trece mil pesos a la vista y diez mil que mimeticé dentro de la billetera siendo lo único que me quedaba, después de haberle prestado dinero a Arnoldo en los días, que por invierno, no salíamos a trabajar. Llevábamos una quincena de trabajo convirtiéndose todo tan conocido y rutinario, hasta el momento que vi lo que sería una experiencia de pasar de lado a lado el río en una canasta, sabiendo que el día sería diferente

a los demás, ya que a escasos segundos estaba bamboleándome en aquel chinchorro metálico, pensando que toda esa majestuosidad del parque Gallineral, la estaba reservando Arnoldo como una sorpresa para abonarle un poco de alegría a la quincena de trabajo que me debía. Escasos segundos de adrenalina me bastaron para convencer a Arnoldo que de regreso yo sería el que guiaría aquella pequeña nave, que tal vez a él, solo le sirviera para llevarlo a la otra orilla del río, mientras que a mí me pasaba mas adentro hasta llegar a lo más recóndito de mi niñez. Desentendido de todo el ambiente que me rodeaba, solo pensaba en permanecer sobrio, sin recibir siquiera un sorbo de guarapo, de los que ofrecen todos los días los campesinos que se encuentra uno por el camino revolcándose en la maleza con su machete y azadón, con tal de disfrutar al máximo del pequeño vuelo a casa; más sin embargo lo recibía para no despertar sospechas de mi copiloto a quien no le gustaba que desperdiciara el guarapo y que cuando me veía vertiéndolo en las matas de café, su rostro se desfiguraba como el de don Crisóstomo cuando doña Pamela le desocupaba en el solar los hures del guarapo. Mi fraccionado momento de felicidad había llegado, cuando empezamos a recorrer nuestros pasos para llegar a lo que por unas horas mi mente había estado esperando. Ascendimos como lo habíamos previsto en la canasta y solo saber que yo iba al frente, sentí el valor de tomar impulso con mis

Entonces volví a observar debajo del sol que no es de los veloces la carrera, ni de los valientes la batalla... <>...porque a todos les llega el tiempo y el contratiempo.(Eclesiastés 9:11)

fuerzas y no me previne de quitar la guaya al momento de impulsar la canasta con la desafortunada suerte que la polea me laceró el dedo índice de mi mano derecha. Mi rostro hubo de haber palidecido tan rápido como llegamos a la otra orilla del río; afortunadamente un taxista atendió las señas de pare que Arnoldo le hizo. El taxista sacó de su baúl una bayetilla para envolverme la mano y no fuera a manchar de sangre mi camisa blanca de rayas azules, la única que tenía y con la que más me amañaba. Cuando llegamos al hospital yo permanecía impecable en la sala de urgencias sin que las enfermeras se percataran que la lanilla roja absorbía lo que me hacía ver como un herido; nunca había estado antes en un hospital, lo que me permitió pensar en un momento que todo se solucionaría con una fórmula mágica que detuviera la hemorragia, estando dispuesto a aceptar una inyección que cerrara la herida, aunque era alérgico a la penicilina. Entré a cirugía con pérdida parcial de la primera falange del dedo índice derecho y laceración de la segunda falange. Con anestesia local y mi otra mano puesta sobre mi rostro, fue como el médico pudo saturar mi dedo. Terminada la cirugía permanecía embelesado mirándome el dedo que estaba completamente erecto recubierto de gasa y esparadrapo señalando a todos lados, y me hacía pensar que podía dar ordenes sin mover un dedo. Al contrario de lo que pensaba, las ordenes provenían de otro lado; Arnoldo me dijo que aprovechara la ocasión que la enfermera estaba haciendo la factura de cobro detallando los puntos de mi cirugía para que huyéramos sin pagar, porque para él, todo lo que se apartara de la cerveza y mujeres, era un gasto inoficioso. En aquel momento hubiese querido saber que la factura no sobrepasaba el valor de diez mil pesos que era lo que me quedaba en la billetera, para no haber accedido a las triquiñuelas de Arnoldo de meter la mano herida dentro del

carriel, mientras decolábamos la portería del hospital sin despertar sospecha del vigilante. Doblamos la esquina y mi “primo” creo que hizo cuentas ligeras llegando a la conclusión de que huiríamos más rápido de aquella deuda si tomábamos un taxi. Llegamos al puesto de venta y para sorpresa, no hacía mucho tiempo que nos estaba esperando el sargento Rojas que se encontraba en compañía de su hermano Luciano y su cuñada. La señora Ofir era quien los había puesto al tanto de la situación, pero lo que no sabía ninguno de ellos era que yo ya traía una solución a la mano para no prestar el servicio militar obligatorio y que sería la excusa perfecta, mi dedo índice. La primera en condolerse de mi dedo fue la señora Ofir, con gestos de desaprobación de cuanta excusa Arnoldo trataba de explicarle lo sucedido, mientras ella con su maternalismo me hacía las curaciones con baños de hierbas.

Con la ayuda del sargento Rojas hicimos todas las diligencias sustentadas por un médico legista que confirmó el dictamen del cirujano del hospital para que me declararan no apto para el servicio militar que terminó con júbilo por parte mía y de Arnoldo, quien pareciera responderme lo que me había costado lágrimas la primera noche que pasé en su casa, donde me preguntaba el por qué de lo que se quiere hacer bien, sale mal, y lo que se hace mal sale bien. Habíamos descansado un fin de semana y sacado un lunes

Sobre la base de una esperanza de la vida eterna que Dios, que no puede mentir, prometió antes de tiempos de larga duración. (Tito 1:2)

para hacer las diligencias en el batallón. Así que tres días de descanso y los gastos inoficiosos de la cirugía habían hecho mella en el carriel de Arnoldo. Nos dispusimos a primera hora del martes a emprender nuestro trabajo; ya habíamos atravesado el puente colgante que tanto había admirado a mi llegada, cuando fuimos abordados por un hombre en una moto. Aquel desconocido para mi, que no para Arnoldo, nos dijo tácitamente, que nos perdiéramos de san Gil, porque nos estaban buscando por falsificación y estafa con las ventas de boletas del ancianato de Aratocha. Tan vulgares sonaron aquellas palabras de ese hombre, que quizá fue la única forma clara para que yo entendiera que estaba con alguien que era más que un andariego. No supe que hacer. Lo único que guardaba para proseguir mi aventura por mi propia cuenta, eran los diez mil pesos que me quedaban y pensaba que si buscaban a Arnoldo, también me buscaban a mí.

Para colmo de males Arnoldo ejercía influencia sobre mí, al punto de colaborarle con lo único que me quedaba para completar el pasaje y saltar cuanto antes aquellos matones que se nos atravesaron en el camino y poder salir de san Gil.

Mi mirada de incertidumbre hizo que doña Ofir sintiera con gran tristeza lo que ella había tratado de darme a entender sin decirme nada, cuando me vio engullir en un maletín las pocas pertenencias que tenía. No tuve el valor de despedirme de don Luciano y su señora, y solo dejé que Arnoldo agregara una mentira más; les dijo que nos íbamos en busca de algo mejor para salir de la rutina. Fueron pocas las palabras que dejamos escapar; en el trayecto del viaje nos turnábamos buscando dentro del carriel un billete que se hubiese escapado para poder completar para el desayuno cuando llegáramos a Piedecuesta y

tener energías suficientes para buscar la casa de una señora conocida que nos alojara mientras buscábamos donde vivir.

Arnoldo estaba acostumbrado a sortear estos problemas haciendo alusión al lema: "Al mundo llegamos desnudos y lo que tenemos es ganancia". Llegamos a la casa que estábamos buscando lo más pronto de lo previsto. Nos atendió una señora de nombre Silvia, presentándome Arnoldo como su "primo", diciéndole que estaba en busca de alguien cercano a la familia, aunque ella había sido una aventura amorosa de su hermano el sargento Rojas. La señora nos alojó en una pequeña habitación. Pasaba largas horas hablando con Arnoldo, que logró convencerla que nos vendiera la alimentación y nos prestara algún dinero mientras nos hacíamos a la plaza como solía decirlo, tal vez sin mentir, porque al otro día las ventas de las boletas y el recibimiento de los campesinos, era el mismo de donde nos había que tocado salir; la única diferencia era que cada vez el ambiente estaba impregnado de olor a miel, caña y tabaco.

Exhaustos, pero con las metas cumplidas en la primera jornada de trabajo, nos embriagamos en un prostíbulo después de pasear mas de una cantina para conocer el ambiente. Llegamos a la casa por puro instinto, para no pasar la

Pero yo soy Jehová tu Dios desde la tierra de Egipto, y no había Dios, aparte de mí, que conocieras y no había salvador sino yo. ( Oseas 13:4)

noche a la intemperie, aunque hubiese sido preferible a la cantaleta de la señora Silvia, quien no dio pie para que saliéramos al otro día con la convicción de que encontraríamos donde tomar por arriendo una habitación con puerta a la calle donde se pudiera guardar una moto. Eran reiteradas las ocasiones en que Arnoldo rechazó el ofrecimiento de habitaciones cómodas en un segundo piso, o con paso obligado por la sala, mientras yo insistía para hacernos a un buen cuarto de esos. Pero inexplicablemente él persistía en la habitación con entrada independiente. Entendible por la privacidad para evitar otra cantaleta, ¡pero, el por qué, de meter una moto!, me parecía demasiado optimismo por cuanto las ventas de las boletas no daba tanto como para comprarla. Es cierto que nos hicimos a la plaza en pocos días y nos iba muy bien pero no tanto por ahora. Por fin se satisfizo la exigencia del "primo" cuando tomamos una habitación a las afueras del pueblo.

La habitación tenía entrada independiente con puerta a la calle y tenía un terraplén de entrada para la moto. Echamos al olvido las incomodidades de andar buscando por casi una semana la habitación deseada por Arnoldo. Después de eso nos sumimos en el trabajo, adentrándonos en las veredas desconocidas que me fueron demostrando la capacidad de convencimiento que tenía Arnoldo, más que un estafador, era un maestro polifacético. Llegamos a la vereda El Bosque con la sorpresa de que las personas de aquella finca se escondieron, sorpresivamente. Sin querer estábamos pisando las entrañas de un matadero clandestino de caballos y burros viejos y llagados. Eran descuartizados; sus vísceras eran arrojados a los cerdos, el cuero quizá terminaba en las curtiembres y los huesos calcinados para hacer alimento para animales. Toda esta

información nos la dio una señora tímida con su bebé de brazos ganando clemencia de los funcionarios de la secretaria de salud, mientras salían con parsimonia cada uno de los trabajadores del matadero a su respectivo oficio. Arnoldo se entrevistaba con el mayordomo; se veía que todo podía tener una solución contante y sonante, mientras, yo me apropié de mi nuevo oficio haciéndole una entrevista minuciosa a cada uno de los empleados llegándoles hasta el sitio de trabajo. Llegué a conocer que la única diferencia entre la carne de caballo y la carne de res, es que cuando la de caballo se fríe, se esponja, mientras que la de res no. También supe cómo producían el alimento para las veterinarias y el por qué de su olor, y que los cerdos comen de todo, hasta que los vi devorando las vísceras sangrientas de un burro sacrificado.

Lo cierto de todo esto, es que tuvimos dinero suficiente para cancelar un mes adelantado del arriendo y amortizar parte de la deuda que teníamos con la señora Silvia, previendo que nos podría ser útil mas adelante. Todo marchaba sobre ruedas en los proyectos que nos habíamos propuesto. El único problema era la obsesión de Arnoldo con sus sueños de adquirir una moto, proponiéndose escoger un fin de semana para observar la que quería.

En aquel tiempo los que estaban en temor de Jehová hablaron unos a otros, cada uno con su compañero, y Jehová siguió prestando atención y escuchando. Y un libro de recuerdo empezó a ser escrito delante de él para los que estaban en temor de Jehová y para los que pensaban en su nombre. (Malaquías 3:16)

**Salimos de Piedecuesta a Girón y Bucaramanga recorriendo calles y barrios para observar disimuladamente las motos que dejaban parqueadas frente a los garajes de las casas. Ahí llegué a entender qué tan claro planeaba Arnoldo robarse una moto, con o sin la ayuda de nadie, sin atreverme a reprocharlo por lo que pretendía hacer, con lo recorrido que era. Lo único que yo pensaba era que si por algún caso él necesitaba ayuda de un principiante, no sería yo, por cuanto no estaba dispuesto a ser su cómplice. Pensaba contarle de una vez por todas que mi vida todavía tenía una solución, porque provenía de un hogar, que, aunque humilde, gozaba de buenos principios, teniendo un buen presente, para lograr un buen futuro que serían mis estudios, sabiendo que mi familia sufriría por mi ausencia y que mi amor por Diana terminaría como mi ultimo año de estudio, aunque no sabia que este ultimo punto tomaría mucho mas tiempo del que me imaginé.**

Arnoldo me dio a conocer sus intenciones cuando fuimos a buscar en un barrio periférico de Bucaramanga al sujeto que prestaría sus servicios y su arma para efectuar el atraco. Todo esto me obligaba a decidirme cuanto antes a decirle la verdad, pero igual no encontraba el momento oportuno. Cada día que pasaba pensaba que no era el adecuado para decirle la verdad. Todo aconteció un día que tranquilamente paseábamos y hablábamos a nuestras anchas con el marco de un camino con las mismas condiciones y árboles en flor que habían dejado caer sus hojas secas produciendo hojarascas que crujían al paso de los andariegos. No pudimos escoger mejor camino y momento para hablar de amor, añorando ser acompañados por Marta para Arnoldo; y Diana para Fernando, como queriendo repartirnos las mieles del amor sin habernos hecho al corazón

de la reina del panal que nos diera su cariño como para no estar buscándolas en cualquier colmena, aunque se nos clavase un aguijón. Todas estas confidencias de parte y parte, hicieron profundizar cada vez más a Arnoldo, con sus preguntas, acerca de mi pasado. Tuvimos tiempo suficiente para sentarnos a la vera del camino, como esperando a que pasara toda la verdad. No fueron muchas las sorpresas para Arnoldo cuando le conté que había abandonado mis estudios y que mis amores habían sido un fracaso, quizá porque de alguna forma, él había repasado sus recuerdos mirándome a los ojos. Nos levantamos dejando aquella charla que nos ataba al pasado enmudeciendo el resto del camino a casa. Empecé a otear de nuevo cada paso de despedida que daba, queriendo admirar lo que en un futuro haría parte de mis recuerdos, cuando dejara atrás aquella aventura, para terminar mis estudios y volverme a reunir con mi familia como me lo había propuesto. Arnoldo queriendo por primera vez borrar parte de su vida empañada, sacaba de su experiencia un consejo para prevenirme, debido a mi poca práctica en sus mismos asuntos, pero sacando provecho del poco tiempo que lo acompañaría. Agilizó con lujos de detalles y logró convencerme para que la noche que fuera a robarse la moto, yo solo lo esperara con la puerta de la habitación abierta. Extrañamente

Extendiendo los cielos por sí solo y pisando sobre las altas olas del mar. (Job 9:8)

me invadía un sentimiento de culpa, pero a la vez un espíritu de lealtad, que no me permitía rechazar aquel asunto, que vendría a ser el cierre de nuestra amistad. Todo estaba planeado: La víctima, el sitio, los medios y el objetivo. Se trataba de el hurto de una moto, que dentro de la inteligencia delincucional, se tenía la información de que hacia poco había sido comprada por un vigilante que vivía en una vereda y que cada domingo este acostumbraba a emborracharse haciendo mas fácil el trabajo de robarle la quincena, la moto y hasta el revolver que portaba. Los pormenores me los contó Arnoldo cuando llegó muy tarde de la noche, sin moto, y con los brazos y la cara rasguñados. Me dijo que todo lo había preparado conforme a lo planeado. "Chaolín" el pistolero que había contratado para la vuelta, se había portado a la altura y si no hubiese sido "perro viejo" en esos casos que no todo sale bien lo planeado, hubiesen sufrido las consecuencias funestas. Ambos se hicieron al lado y lado del camino. El primero que actuó fue Chaolín quien hizo un disparo al aire cuando vio pasar la moto; y enseguida Arnoldo salió con un bate para tumbar al vigilante, con tan mala suerte que el golpe fue amortiguado por los espejos de la moto que se tambaleó junto al vigilante quien tubo suerte de salir de la emboscada, abortando los planes de Arnoldo y su compinche, reaccionando con su revolver, lo que hizo que los ladrones la emprendieran por entre los surcos de caña, pudiendo llegar al taller de monta llantas donde había guardado Chaolín su moto, por si algo salía mal. Con un sabor agridulce, escuché atentamente la historia de Arnoldo, que si bien no había conseguido obsesivamente la moto mediante el delito, sí había recibido una buena lección para no seguir incursionando en lo que él pensaba que seria su nueva profesión. Mas que los rasguños recibidos, el problema fue para el día siguiente porque nos quedamos sin dinero por el pago de los honorarios a

**Chaolin y las cervezas que se tomaron en el billar, mientras aguardaban la hora en que saldría el vigilante. Después que le recibimos café a la dueña de la casa, quien notó que no habíamos salido ese lunes de mañana como era nuestra costumbre, supe que Arnoldo algo planeaba mientras con una mano sostenía el pocillo y con la otra se rascaba la cabeza. Cuando se le estaban ordenando las ideas, las mías estaban en completo desorden tratando de descifrar lo que pretendía hacer cuando pidió a la señora que le prestara unas alpargatas y se vistió de pantalón remangado, camisa gabardina y se colgaba el carriel terciado guardando las mismas mañas de su padre, para saber si quedaba bien aperado. Sacando mis propias conclusiones, pensé que la mala experiencia había movido a Arnoldo a evocar viejos recuerdos que cambiarían su estilo vida; pero cuando me dijo que iríamos de compra a los almacenes del pueblo, quedé aún más confundido. Todo un rompecabezas se me estaba armando, hasta que poco a poco él fue dándome las piezas que me hacían falta.**

**Fuimos a un almacén de ropa y cuando nos atendieron, Arnoldo se presentó como el hijo de un hacendado de la región diciendo que yo era un primo que había llegado de Venezuela y queríamos comprar unas cuantas mudas de ropa**

Pero en el periodo de la cuarta vigilia de la noche él vino a ellos, andando sobre el mar. (Mateo 14:25)

**como la que yo vestía, aclarando que solo habíamos bajado al pueblo para mirar, porque él no conocía el dinero y mucho menos su primo, que solo conocía los bolívares. La empleada que nos atendió nos dejó solos por un momento mientras ponía al tanto de la situación a la patrona que se encontraba en el escritorio en medio de un arrume de facturas y papeles que fueron puestos a un lado para ofrecer la mejor de las atenciones personalizadas a aquellos dos jóvenes de tan potentada familia. El “primo” me encargó de escoger varias mudas de ropa mientras cuadraba los pormenores con la dueña de los almacenes, quien le insistía a Arnoldo que todo quedaría bajo la palabra de un hijo de don Darío Santos, el cual era bien conocido en esa región y que si bien don Darío vestía de alpargatas, tenía la facilidad de ir a Bucaramanga a una concesionaria y comprar varios camiones con tan solo unos cuantos garabatos estampados en un renglón. Así mismo, unos cuantos tachones en una factura, serían suficientes, según Arnoldo, para cobrarle la deuda a don Darío Santos el próximo domingo que bajaran al pueblo a misa.**

**Llegamos a la habitación y descargamos los paquetes en una esquina donde estaba tirada a puro pelo la colchoneta que nos sirvió para medirnos uno que otro pantalón; me quedé con dos mudas de ropa que organicé dentro de un maletín, pensando en la víspera de mi viaje. Hablamos de mi regreso. Arnoldo de nuevo se echó la mano a la cabeza y me dijo que había que cuadrar el dinero del pasaje. Curiosamente Arnoldo por algún motivo, también estaba ansioso por mi partida. Salió casi sin darme cuenta a no ser porque se regresó para cambiarse las alpargatas y me dijo que lo esperara que iba a buscar algo dándome a entender que iría donde la señora Silvia, pero sin yo comprender por qué mi ausencia justificaría que ella le prestara dinero. Cuando él regresó fue renegando por los pocos pesos que consiguió con esa señora, pero traía consigo una nueva idea: La de conseguir más dinero; y sin darme tantas explicaciones me dijo que la única**

**solución sería que empeñara mi tarjeta de identidad. Nos fuimos a un pequeño local donde alquilan bicicletas, nos hicimos a dos, acomodándolas dentro de un taxi con todas nuestras pertenencias, dejándole un recado con una joven, a la dueña de la casa, donde le explicábamos que solo nos tomaríamos un descanso y que para la muestra no entregábamos las llaves. Por mi insistencia y habiendo aportado mi granito de arena, es decir mi tarjeta, cuando el taxista daba reversa para tomar dirección de salida,**

**Arnoldo llamó de nuevo a la muchacha y le dejó las llaves, haciéndole la recomendación del cuidado de nuestras pertenencias, que a decir verdad solo consistía en una vieja colchoneta sin forro y un canasto para echar la ropa sucia, encomiándola para que nos colaborara con el aseo de la habitación mientras regresábamos.**

**Llegamos a Bucaramanga al mismo barrio donde vivía Chaolin, descargando todo lo que traíamos, en una carpintería donde era bien conocido Arnoldo. Me presentó con don Jaime como su primo. Se metieron de lleno en una conversación y departiendo uno tras otro chico de billar hasta llegar a confiarle a don Jaime todo lo que nos había pasado; de mi pasado y lo de mi regreso a**

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación . (Colosenses 1:15

**Cúcuta. Don Jaime era el dueño de la carpintería. Se merecía todo el respeto de Arnoldo y llegué a saber que en alguna ocasión le brindó la mano cuando más lo necesitaba. Don Jaime se encargó de hacer que le dieran algo mas de lo que valían las dos bicicletas, así como de todas las cosas robadas que llegaban a su taller. Arnoldo poco me determinaba y solo concluía o resucitaba temas de cosas que habían ocurrido en el pasado, pero que no me los había contado. Trataba de apartarse de mí siendo discreto en la conversación cuando regresaba con don Jaime al turno de tacar. Arnoldo se estaba convirtiendo en un ser extraño para mí y de no ser porque él cargaba el carriel, me hubiese ido tal vez sin despedirme. Cuando don Jaime abandonó el salón de billar, Arnoldo se sintió mas libre y sus gestos se tornaron altaneros hasta el punto que empezó a apostar dinero y el coime del billar repetía que le vendía la última cerveza, como presagiando que algo iba a pasar o que algo ya había pasado; yo tenía igual presentimiento. Fui a la carpintería de don Jaime, saqué el maletín y lo puse debajo de la mesa donde estaba bebiendo, diciéndole a Arnoldo que me iba. Él no interrumpió la jugada y sonriente me dijo: “El último chico y nos vamos”. Con esa expresión, me dio a entender que no viajaría ese día a Cúcuta; igual yo viajaría con, o sin, su ayuda. Por eso fue por lo que cumplió su palabra terminando el chico para empezar con mi viaje. No me ubicaba dónde era que estábamos, solo sabía que habíamos llegado a un barrio de Bucaramanga y que pronto aparecería lo que me parecía familiar en una ciudad desconocida. La terminal de transporte y la pequeña tienda habían desaparecido. Intenté preguntarle a Arnoldo qué sucedía, pero ni lo uno ni lo otro pude, porque de sorpresa asomó un autobús, como si me hubiese estado esperando en aquella curva. Nos dimos un efusivo abrazo y luego trastabillé mis canillas con los peldaños del autobús, mientras el ayudante me rescataba de un empujón. Con un puñado de billetes que había recibido azarosamente de manos de Arnoldo y logrando mantener mi equilibrio dentro**

del bus, me desplomé en un asiento dedicándome a desenrollar los billetes, pensando que el “primo” con el peso de las costumbres se habría equivocado.

Llegué a Pamplona como me lo había propuesto, y, recordando donde había nacido toda mi aventura, recorrí unas cuantas calles al derredor del parque principal, como buscando aquello invisible que me aseguraba que la fría ciudad estudiantil no tenía nada contra mí. Regresé de nuevo al parque Águeda Gallardo y me dio por preguntar en un hotel cuánto me costaba pasar una noche. El precio me pareció económico y estaba emocionado al saber que me podía quedar en un hotel después del viaje, como lo hacían las personas importantes. Solo me confundí cuando me preguntaron si quería la habitación doble o sencilla. Pensaba para mis adentros que sería estúpido que una sola persona tomara dos habitaciones. No me quedé con la duda y cuando el maricón del botones me llevó a la habitación, disimuladamente le dije que me mostrara una habitación doble; me mostró una idéntica a la mía, solo con la cama mas ancha y un farolito colonial de barro. Esto dio pie para entablar una charla con el botones, quien me preguntó con una voz maricona, que si era que no me gustaba dormir solo.

Yo...yo soy aquel que borra tus transgresiones por causa de mí mismo y de tus pecados no me acordaré. (Isaias 43:2)

Aun conservaba los útiles de aseo y una babucha que me había comprado Arnoldo. Me sentía muy informal y volví a cruzar palabras con José preguntándole cuanto costaría una cena, dando respuesta favorable para mi bolsillo y le ordené que me la sirviera mientras me tomaba un baño. Me parecía increíble recibir tanta atención por unos cuantos pesos sintiéndome más independiente, pensando en todo lo que había vivido en tan solo un par de meses; había madurado en tres meses lo que seguro hubiese sido en dieciocho años. Tantas equivocaciones tenían su lado positivo, que si no hubiese sido porque había escapado de la casa, no hubiese conocido otras personas, otros lugares, otras costumbres; y ¡cuánto tiempo habría tenido que esperar para poder hospedarme en un hotel!, sin que ningún otro maricón me hubiese atendido tan bien. Cuando me estaba cepillando noté que las paredes estaban impregnadas de vapor lo mismo que el espejo del tocador, reflejándose de inmediato en mi mente los recuerdos de la vieja casona de encuentro; al igual que los mismos golpecitos insistentes en la puerta, como queriendo repetir la escena de hacía tres meses; era José que solo quería saber si necesitaba madrugar para llamarme. “No, gracias” le contesté. Luego con un gesto casi ceremonial, se fue retirando hasta que de pronto dio una media vuelta en su talón derecho, diciéndome que si quería, podía utilizar la habitación doble.

Dormí como se duerme en las ciudades frías y en las noches buenas, desperté como hacía tres meses me había acostumbrado a levantarme. Encontré a José sentado con el mentón pegado al pecho y los ojos cerrados, envuelto en una chaqueta, abusando de Morfeo; no lo quise despertar pero su reloj biológico le hizo abrir los ojos cuando retrocedía mis pasos y me ofreció un café. Entrando en más confianza le pedí que me regalara una llamada a mi hermana Tania que vivía en Chinácota, donde pensaba hacer escala antes de llegar a Cúcuta, para que mi hermana le diera razón de mi regreso a casa, a mi madre. Había planeado mi regreso, para demostrar y demostrarme a mí mismo, que desde mi partida, las

cosas serian más pausadas, como queriendo dejar que me alcanzaran todo aquello que había dejado con mi partida. Aproveché para visitar a mi hermana y para que mi madre se desahogara un poco mientras llegaba y dejaba caer las gotas de llovizna que caían de las nubes del alma por mis ojos, y que otra vez mojaban mis mejillas. Salí del hotel, pero sin precaución de tomar la flota que iba para Chinácota y en vez de eso tomé el bus que iba directo a Cúcuta.

Me percaté a tiempo bajándome en el ramal de La DonJuana, sin dudar en seguir a pie la pendiente al pueblo. Mientras caminaba disfrutaba de los bellos paisajes y estancias, donde se veía, lo que le hubiese gustado ver a Arnoldo. Al poco tiempo me recogió un Jeep de los que hacen el recorrido diario La Donjuana-Chinácota y viceversa.

Habíamos acordado con mi hermana Tania encontrarnos en el parque. Antes de recibir su abrazo de bienvenida, noté que en el parque estaban armando una tarima, seguramente para una verbena o un bazar. Llegamos a la cabaña, un sitio perfecto para escribir y soñar, sin saber yo entonces, que de poeta y loco,

Pero nosotros sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado capacidad intelectual para que adquiramos el conocimiento del verdadero. Y estamos en unión con el verdadero, por medio de su hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y vida eterna (1 de Juan 5:20)

tenia un poco. Fui recibido por mi cuñado Aniceto quien supervisaba la construcción de las casas campestres en aquel hermoso parador turístico.

Fui alojado en un sofá cama situado en un pequeño cuarto que servía de estudio y diseño de los planos de construcción; me sentí muy cómodo en aquella habitación y traté de borrar de la vista el maletín, que más que guardar ropa, guardaba en su interior el fruto del robo del farolito colonial de barro que había junto a la cama ancha del hotel y que esperaba exhibirlo como trofeo de mis aventuras. Con las mejillas oscurecidas por la barba de dos días, la camisa de rallas azules y el pantalón marrón que me había obsequiado Arnoldo, decidí dar un paseo después de almuerzo por los alrededores de aquel hermoso paisaje esperando que llegara la noche para bajar al parque por un poco de diversión. El tiempo inexorable me apuraba, como quien debe cumplir una cita, a buscarle un puesto a la ropa que me quitaba para cambiarme y un sitio al trofeo que aunque mal ganado, se veía bien colgado, combinando con la decoración de la casa. Mi hermana intuyó que quizá yo quería salir cuando me vio en el centro de la sala con las manos en el bolsillo. Me roció loción de su esposo y me despedí como se despiden todo aquel que sabe que va a regresar. Recorrí las calles siguiendo a la muchedumbre que se dirigía al parque y divisé el recuadro de los bombillos que iluminaban las casetas, dirigiéndome a una de ellas para comprar una cerveza, que aunque no me había acostumbrado a emborracharme, pensaba que comprándome una cerveza, me veía mejor que con las manos en los bolsillos. Cuando pedí la cerveza, el que atendía metió la mano hasta el fondo de la caneca porque estaba llena de hielo, y sacó una lata bien fría, limpiándola con una lanilla roja, alcanzándomela totalmente seca. Saqué un billete para cancelarle a la muchacha de piel morena y cabello negro oscuro que me había atendido, asegurándome ella misma que le cancelara a su mamá quien guardaba, a pesar de los años, algunas facciones de su hija.

**Ninguna conversación tan espontánea, o muy pocas, había tenido con una mujer, tal vez porque ella se atrevió primero a saludarme para decirme que ella era vecina mía y que me veía pasar todas las veces frente a su casa, camino al colegio, con mi uniforme de camisa celeste y pantalón gris, pero que se le había hecho extraño que hacia unos meses no me veía pasar. Tengo que admitir que aún las palabras más sencillas escaseaban con mi voz para decírselas a María Ángela, quien me ofrecía una pequeño relato de su vida y trataba de hacerme una entrevista que sorprendido contestaba con muletillas. Me inquietaba mucho la exquisita fragancia de su perfume, que se expandía cada vez que ella se enrollaba y desenrollaba el cabello. Anduvimos cada uno de los rincones del parque, arrastrando, de vez en cuando los pies; ella con los brazos entrelazados en su cintura, yo con la mano izquierda metida en mi bolsillo y la derecha disponible para señalar con mi dedo engazado, el camino que debíamos repetir, hasta cuando nos quisimos sentar. Emergiendo el dulce néctar del polen del amor, aunque sin pensar que en un instante se puedan marchitar los pétalos de una flor, escuchaba atentamente cada una de las palabras que salían de su boca**

En contestación Tomás le dijo: "¡Mi señor y mi Dios!" Jesús le dijo: "¿por qué me has visto has creído? Felices son los que no ven y sin embargo creen" (Juan 20:28, 29)

**con amor. Quedamos de encontrarnos en Cúcuta; ella viajaría primero, fue lo que me dijo después de sentir cosquilleos en mi corazón cuando nos robamos un beso. Es de humanos mentir, pero no me haría mas hombre si lo hiciera, porque más allá de la ternura de aquella mujer y el brillo de mis ojos porque volví a hablar de amor, existía una atracción física. Había descubierto en dos meses, que como enamorado, no solamente debía fijarme en su cabello, su delicadeza, o sus ojos claros, si no que debía bajar un poquito más la mirada a sus senos grandes y redondos y dar también la vuelta entera para mirarle su gran derriére.**

**Fueron dos días que pasaron de idas y venidas al parque. No hacía más que reconstruir aquella corta caminata pateando las latas vacías de cerveza recordando a cada instante a María Ángela. De regreso a Cúcuta me bajé donde debía haberme bajado el día que me expulsaron de la casa de encuentros tal cual se lo había prometido a la hermana Betty.**

**Con el pantalón marrón y saco blanco a cuadros me presenté ante los compañeros de colegio que aún a esa hora se quedaban acostumbrados a sus pequeñas tertulias antes de seguir camino a casa, siendo casi imposible encontrar allí a los mismos de siempre que inventaban una excusa para llegar tarde a casa y creo que no faltó quien le dijera a sus padres que ellos tenia clases extras. Entre los amigos me encontré con Mauricio Castro y su novia la pecosa, Constantino y José Ángel, cada uno con su ex de hoy. Infiero que no se percataron de mi presencia hasta cuando estuve bien cerca de ellos; solté el maletín de un golpe, atravesándoles el brazo para apoyarme en los hombros de aquel círculo de amigos, agachándose cada uno de ellos para recibir mi abrazo. Fueron obvias y evidentes las preguntas que me hicieron, pero esta nueva reunión entre amigos se disolvió por la lluvia que empezó a caer a cántaros. Tal vez por pensar que encontraría las mismas cosas, no me apresuraba para llegar a casa. En compañía**

de Mauricio nos fuimos para su casa dándole rienda suelta a mi historia, para que supiera lo que yo había vivido en estos meses. Aproveché para regalarle a doña Gabriela el farolito colonial, no sin antes preguntarle, que si en la finca de sus padres en Piedecuesta por casualidad no comprarían una boleta.

Volví a sentir la frescura de las ráfagas de viento y la algarabía de los niños que suelen jugar descalzos y en calzoncillos en los pequeños charcos dejados por la lluvia. Sentados en el amplio andén de la casa de los Castro Castro en compañía de don Cipriano, que acostumbraba a reposar la cena preparándose para ir a dormir mientras admiraba las travesuras de los pequeños que fácilmente le robaban sonrisa tras sonrisa como si estos niños sintieran la obligación de actuar para él y recrearle aquellos momentos. Sin despistarse del espectáculo de los niños, y, sin voltear a mirarme, pero estando a mi lado, recordamos el día en que me fui. Por la bondad de las palabras nos respondíamos mutuamente, aunque nuestras miradas permanecían aisladas, más aun cuando yo la tenía puesta en aquel callejón iluminado a media luz, que

“¡Miren! La virgen quedará en cinta y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel”, que traducido, significa: “Con nosotros está Dios” (Mateo 1:23)

una vez atravesé y que lo había grabado en mi mente, por si lograba perderme como me lo había propuesto. Amagaba la lluvia otra vez. Se levantó don Cipriano, seguido por mis pasos arrastrando la desidia, porque a lo último habíamos pasado como media hora sin pronunciar ni media palabra. Atravesé la sala hasta llegar al comedor donde había galletas y leche, encontrándome con María Soledad; no dije nada, solo esperé a que ella tomara leche con galletas, se secara la boca con una servilleta y de pronto alargara su mano y me dijera: ¿Quieres?; pensando para mis adentros dije “¡que gesto tan lindo para decirlo tan enojada!”. Enojada estaba conmigo porque ella lo sabía todo. Tal vez de lo único que se condolía, era de mi dedo, diferente a los otros, porque parecía una morcilla con puntos. Esa noche me ofrecieron hospedaje en su casa. Dormí en la habitación de Mauricio y entre dormido le relaté parte de mi aventura. A la mañana siguiente cuando entreabrí la puerta de la habitación, vi un espectro de perro flaco y abatido, que para colmo se llamaba “flash” y rasguñando la puerta entró de un empujón colándose entre mis piernas y yendo a templar debajo de la cama de Mauricio. No quise hacerle escama a “flash”, al contrario, tranqué cuidadosamente la puerta y de pura cagalera, dejé que Mauricio siguiera durmiendo con el olor a perro mojado. Buscando el interruptor de la luz del patio para ir al baño tropecé con una silla del comedor, percibiendo un eco de risillas provenientes de la habitación donde dormía la señora Gabriela y María Soledad, quienes se levantaron como hacen las mujeres, que escuchan un ruido cerca a la cocina. Debo reconocer que los hombres en estas cuestiones de caminar a media luz, somos más inseguros que las mujeres. Ellas tuvieron el descaro de confundirme con “flash” cuando arma algarabía para subirse a las sillas del comedor capoteando el frío. Serían las cinco y treinta minutos en mi reloj biológico y yo quería seguir durmiendo un poco más, porque de lo contrario me comienza un dolorcito de cabeza. Esa casa guarda la idiosincrasia de los pueblos

colombianos con una amplia entrada de diez metros por veinticinco o treinta metros de fondo, con ventanales grandes en la fachada para paliar el calor sofocante de la región, un amplio andén con frondosos árboles que la adornan y la refrescan, igual que a la absoluta mayoría de casas en todos los barrios que identifican a Cúcuta como la ciudad verde.

Tan pronto como flash desapareció metiéndose debajo de la cama, me llegó el rico aroma de café recién colado que invadió el recinto. Esperaba ansioso la invitación a tomarme la tasita de café, tan pronto como escuché la acostumbrada señal de los ruidos característicos del trompicar de un pocillo tintero con el plato de porcelana; un ruido tan antiguo como la vida misma. De inmediato di un salto que me pusiera a salvo de la llovizna que descolgaba por el claro del corredor. No acostumbro tomar bebidas calientes, pero dejar enfriar ese aromático café en aquella mañana lluviosa, hubiese constituido un agravio para aquellas mujeres que forcejeaban entre sí para quedarse cada quien con la mejor parte del abrigo mientras observaban tomarme el café.

Yo y el Padre somos uno. (Juan 10:30)

Camino a casa, liviano de equipaje porque había dejado el maletín donde los Castro Castro, pero cargado de sentimientos y estados de conciencia, poco a poco me iba acercando a lo que había dejado y alejado. Recordaba cada charco que se hacía en el camino a casa. Buscaba atajos subiéndome por las rejas, y andenes, improvisando caminos para llegar a casa por lo menos con los zapatos secos. Al contrario de los tiempos sin lluvia cuando se veía uno prisionero de torbellinos de polvo levantados por el rebullir del viento al paso de cualquier carro fantasma. Es extraño pero no recuerdo muchos detalles del encuentro con mi madre. Se que no debo salirme de lo normal del reencuentro del hijo pródigo, llegando al extremo de darle credibilidad a los rezos y conjuros de una pitonisa que puso a prueba todos sus poderes sobrenaturales para hacerme regresar a casa. Lo que recuerdo es que me veo sentado en cuclillas y con el dorso desnudo sobre mi cama sencilla de madera de antaño color caobo, retirada hasta el rincón de la entrada y protegida por un toldillo que dejaba colar los lánguidos zancudos. Recuerdo haber estado escuchando a mi madre decirme todo lo que podía perder si no estudiaba; me recordaba todo el esfuerzo que ella hacía bandeándose para conseguir el dinero y sufragar los gastos de la casa, agregando que fuera justo con sus sentimientos y devolviera algo de todo aquello que hacía para mi bien. Pero es tanto el amor de madre que al fin y al cabo, casi siempre, terminan dándole la razón a uno cuando cierran su discurso irónico con la frase: "Haga lo que se le de la gana", habiendo sido esta conducta la que motivó su retórica.

En casi todo tienen razón las madres; este ultimátum había llegado en el momento preciso para darme cuenta que lo que había hecho tenía unas consecuencias y salir bien librado de ellas, era el reto de aventurarme a enfrentar. Empecé a buscar la ayuda de una persona que comprendiera lo que me había pasado; una persona que fuese capaz de escudriñar por qué había hecho todo lo que hice; tendría que ser neutral, que a su vez supiera de antemano

**algo de mi vida y lo mas importante que hubiese manejado una situación de estas antes y pudiera protegerme de los señalamientos que se veían venir a simple vista y que con gran altura me hiciese una defensa profesional: Busqué a la Psicoorientadora. Mejor no pudieron salir las cosas. Después de evadir a mis amigos en el trayecto de los pasillos y salones, los que me veían pasar se aglomeraban en la entrada del salón dando crédito a lo que se venia suscitando en los corrillos, unos contentos de verme, otros tal vez con la incertidumbre de ser victimas de mis fechorías y con ganas de escuchar las que habría hecho por fuera del salón de clases.**

**---Buenas tardes doctora Cindy-- Irrumpí en su oficina con seguridad, aires de mando y roce social. Su sorpresa no pudo ser mayor, expresándolo con una gran sonrisa, poniéndose gafas, y echando su copete un poco para atrás, con uno de esos movimientos muy femeninos, que a los hombres se nos ve tan ridículo cuando alguna vez tratamos de imitarlos; pero a merced de una dama de ojos claros y cabello castaño, es simplemente sexi. Sentado frente a mi primera**

El temor de Jehová es el principio del conocimiento. La sabiduría y la disciplina son lo que han despreciado los que simplemente son tontos. (Proverbios 1:7)

**psicóloga de cabecera, encarnando el poder de convicción de Arnoldo, dejaba fluir las palabras susceptibles que impresionaran a la doctora Cindy. Atrás había quedado el joven tímido incapaz de articular una frase completa y jamás había levantado mi voz para defenderme. Esgrimí un poco de conceptos que me hacían ver como una victima sin que la psicóloga hiciera contrapeso a mis justificaciones y fue como convocó a un consejo de profesores rescatando para su discurso de mi defensa, que yo solo era un joven desorientado que en este momento crucial de mi vida más que nunca necesitaba de la ayuda de los que consideraba mis segundos padres, los profesores. Para aquel tiempo ya estaba teniendo las dos clases de lucha que todo hombre enfrenta durante su vida, la lucha con las cosas tangibles, aquellas que uno ve cuando se ganan o cuando se pierden y la lucha invisible, que se desconoce, pero se hace invencible, guardando siempre la esperanza de volverla a emprender algunas veces con la ayuda de la experiencia de los errores cometidos. Cuando me notificaron que por unanimidad me daban otra oportunidad para terminar con el último año de estudio, me sentí motivado porque estaba confiado que así sería. No obstante a mis dieciocho años tenia la incertidumbre respecto a Diana, en cuanto a la reacción de ella al verme, porque al tratar de conquistarla me había tratado lo mal sabido; y, lo apenas contado de lo que he escrito para olvidar el pasado, permanece igualmente vivo para el futuro con estas letras.**

**Si mal no recuerdo llevo tres años, tres meses y un día en prisión. Hoy sentado en cuclillas sobre un tapete, como suelo hacerlo, escribo mi auto biografía que me ha costado lágrimas en esta y otras celdas donde he estado desde el día que me condenaron a treinta seis años de prisión, que aspiro y espero, que cuando este libro llegue a sus manos esté ya en libertad y que me demuestra que el hombre aun en las peores circunstancias es capaz de hacer cosas grandes o grandes cosas para darse a entender de todos, aunque para mí basta que me entienda el señor Jesucristo, porque él es el entendedor de todas**

las cosas y en su infinita sabiduría y misericordia me ha ayudado a escribir sin añadir al bien ni quitar al mal, cosa alguna; y para confirmación de esto quiero de este capítulo hacer algo diferente, como haberlos sorprendido diciéndoles que les estoy escribiendo bajo cuatro paredes divididas por una reja de siete barrotes de hierro, reforzado con ocho láminas de acero, (aunque no creo que sean inoxidable porque el moho de cincuenta años le hace mella a sus rieles), y, un farola que ilumina directamente a mi celda por estar en el pasillo de máxima seguridad, desde las cinco de la tarde hasta las seis de la mañana del otro día, cuando nos bajan al patio; tiempo que estando aquí encerrado, a veces abrumado por la tristeza e impotencia, me dedico a escribir y leer, advirtiéndome que no se escribe con las canas sino con el entendimiento, el cual se mejora con la ayuda de Dios y los años, que me alienta los ánimos marchitos y me libera de los espíritus melancólicos; también es cierto que esta debilidad me obliga a escribir y reconocer lo que se esconde detrás del proceso, de escribir un libro...quiero concluir que también hoy sentado en cuclillas y con el torso desnudo sigo escribiendo la biografía de mis treinta y un años de vida.

Y para los rectos atesorará sabiduría práctica; para los que andan en integridad él es un escudo. (Proverbios 2:7)

Había decidido hacer una pausa en este relato; Tres meses han transcurrido desde cuando escribí los últimos renglones haciéndome una evaluación de lo que pretendo alcanzar escribiendo esta autobiografía. De pronto a nadie le interesa los horrores que he hecho y por los cuales he sufrido en esta vida; truncado por el desconocimiento de cómo se escribe un libro, a sabiendas que el testimonio sincero y descarnado de un hombre común y corriente, y preso, no tiene que recurrir a la imaginación, sino a la memoria y a los personajes que desfilan por esta obra que entre otras cosas, no son producto de mi fantasía o imaginación, sino personajes de la vida real. Por eso cuando tomes este libro en tus manos, piensa que esta es una oportunidad más, que Dios te da, viéndote en el espejo de mis pecados y mis errores, que me convirtieron en un avaro criminal, convicto y confeso real, conocedor de todas las gamas del pecado. Por si alguien necesitara, ahí está mi vida; una cadena de fracasos. Como ejemplo de esta obra no tengo nada que jactarme porque la misericordia del señor Jesucristo es un patrimonio de la eterna humanidad que anda buscando los ríos de agua viva. Lo único que he hecho en estos años que llevo escribiendo, es espigar aquí y allá hasta reunir una historia completa de mi vida. Si esta historia le hiciese bien a muchos, doy por bien empleado este tiempo en prisión para honra y gloria de nuestro señor Jesucristo a quien debo toda la fortaleza para encarar esta travesía, haciéndome entender que la vida es un ruido de fondo mientras andamos por el camino de Dios. Por esto la tinta se ha convertido con toda seguridad en el oasis mágico para escapar de este encierro; y el papel en paño de lágrimas en los momentos de melancolía.

---

La primera vez que miré a Diana, ella ya me estaba mirando, esperando que la mirara. Estaba sentada en su pupitre, rodeada por sus amigos como si no hubiese pasado nada. Cuando chocamos con las miradas quise en ese instante fingirle indiferencia a su sonrisa, a sus gestos, a su misma mirada, a sus

ademanes, reprimiéndome de esos deseos de volver a verla. Grabé en mi mente por escasos segundos, el retrato de esa escena que me permitía en cualquier momento verla nuevamente. Es difícil entender a las mujeres, pero tal vez más difícil, entenderlas nosotros mismos; ahí estaba hecha una reina para mí.

(junio3-6 sábado 12 abril2008 12:00 HRS)

Hace más de veinticuatro horas que me encuentro aislado. Para los que no saben que es estar aislado, es como estar doblemente preso. Cuando hay un problema o pelea entre internos, la guardia nos confina en un calabozo. Es la segunda pelea que tengo. En la primera pelea salí bien librado; en cambio en esta...también. Las bromas pesan estando en prisión. La primera vez me saturaron con tres puntos la herida abierta de la ceja izquierda. Hoy solo me aplico hielo en el ojo derecho amoratado. Pensé que no escribiría más, pero por fortuna hoy tengo un motivo para seguir haciéndolo. ¡Estando encerrado recuerdo tantas cosas que me han pasado! Aburrido llevo un día sin bañarme y tendrán que pasar dos días más para cumplir con el castigo. Trataré de seguir

No te hagas sabio a tus propios ojos. Teme a Jehová y apártate de lo malo. (Proverbios 3:7)

escribiendo mi biografía como escape de esta soledad, buscando que algún ruido la perturbe como lo hacen aquellos que escucho hablar a lo lejos y que los opaca el ruido que hago al pasar las hojas tratando de recoger el hilo de lo que he escrito y lo que he dejado de escribir. Diana me saludó y trató de condolerse con la herida de mi dedo índice. Ya había olvidado todo lo de la casa de encuentros; solo quería revivir contándole todo lo que había sido de mi vida, todo ese tiempo inventándole que había conocido el mundo de fantasía que había opacado el fuego del amor que sentía por ella y que no quería seguir siendo esclavo de sus desprecios.

El veinticuatro de mayo, seis días antes de mis cumpleaños y a solo dos meses de cumplir tres años en la cárcel de Berlín en Socorro Santander, fui trasladado a la cárcel de máxima seguridad de Palo Gordo, Girón, debido a un problema de fuga. Haciendo mofa de mi propia vida, he llegado a esta cárcel a estrenarme el tercer uniforme; el primero lo estrené en aquel colegio de barriada con un escudo en el pecho que decía "Fe y Alegría", el segundo uniforme con los cinco números de la placa policial 58776 y ahora este uniforme o chanchón con el número 2625 grabado en la espalda y el pecho. Espero seguir escribiendo porque hacía tres meses no lo hacía. Estas copias que hoy transcribo se habían refundido y confundido tanto en mi mente, como las cosas personales que me tocó dejar abandonadas cuando me trasladaron a esta penitenciaría. Hoy desde aquí les escribo y espero continuar con el relato de mi vida. Íbamos en Diana por la que sentía amor y ahora no siento nada. Los golpes de la vida me han ayudado a borrarla de mi mente y ahora hago un esfuerzo por recordarla y mantenerla presente mientras escribo. Por eso digo, tal vez sucedió, que lo que escribí anteriormente, fue el salto para empezar a olvidarla y enfrentar la realidad sobre lo que yo iba a hacer después que terminara mis estudios, graduado a trancas y a mochas. Necesité pintar la casa de un profesor de matemática y emprender a toda carrera un proyecto vocacional que le diera

legalidad a mi graduación como cooperativista; este proyecto de fundamento en la crianza de cincuenta pollos, que solo nos acordábamos de ellos cuando nos tocaba el turno de comprarles la Purina. El resto de tiempo lo dejábamos al cuidado de la señora Gabriela, María Soledad y la custodia de Flash para que persiguiera las ratas y los gatos que pretendieran acabar con la empresa. Con todo esto y aquello logré terminar mi bachillerato. De la empresa solo seis pollos quedaron, no por culpa de la señora Gabriela Y María Soledad, si no por flash que una noche se vengó de los trasnochos de la celaduría y convidando unos perros vecinos, terminaron haciendo tremenda comilona. Como dicen los abuelos: "El que guarda pa'luego, guarda pal perro". Los restantes meses del último año de estudio, los recuerdo con una despedida de compañeros donde queríamos estar preparados por la verdad: Que nunca más nos volveríamos a encontrar, pero a la vez, al menos queríamos por unas cuantas horas, permanecer unidos en el error de una borrachera. La conversación de aquel momento, se convirtió en un sumario de aventuras divertidas, prestando cada uno atención al interlocutor que solo interrumpíamos cuando reíamos por algo

Arroja tu carga sobre Jehová y él te sustentará. No permitirá que tambalee el justo. (Salmo 55:22)

graciosísimo. Vagos son los recuerdos que tengo de esa borrachera. ¡¡Vaaaaaagos!! también nos dijo la mamá de Mauricio cuando se lo entregamos en la puerta de su casa casi a rastras y vomitado. El cinco de noviembre de 1994 le celebraron los quince años a María Soledad. Al día siguiente llegaron su papá y su tío a mi casa preguntándola. Me encontraba entre dormido y escuché el murmullo de personas que me preguntaban, mejor dicho le preguntaban a mi madre por mi y por María Soledad, quien les daba vagas respuestas; no entendiendo por qué venían a preguntar por los dos. Cuando me levanté miré el rostro de don Cipriano y me fijé en la palidez del rostro de su hermano Chucho quien me preguntó sin tener en cuenta que me estaba despertando hasta ahora: \_\_¡Fernando! ¿María Soledad? ¡Fernando! ¿María Soledad? ¡Dónde está!

Quedé anonadado sin entender lo que me estaba preguntando. Don Cipriano no quería vacilaciones. Por eso me ripostó seguidamente:

\_\_¡Hermano, María Soledad no está, María Soledad se escapó de la casa!

No tuvieron tiempo de darme detalles, solo me preguntaban una y otra vez:

\_\_¡Fernando! ¡Díganos donde está María Soledad!

Pensando ellos que yo la estaba negando y queriendo buscarla por su propia cuenta, paneaban con sus miradas la casa para cerciorarse de la verdad. Todo era extraño, tanto para ellos imposible, como para mí incomprendible que María Soledad se hubiese escapado de su casa. ¿A razón de qué? Aparentemente ella había sido la atracción de la fiesta, sus padres le daban lo mejor, no tenía problemas en el colegio y sus padres no tenían problemas de convivencia. Entonces ¿qué la había motivado a irse de su casa? Todo esto hacia pensar a sus padres que yo tal vez tendría algo que ver con sus planes. La verdad era que yo mismo me sentía sospechoso, me veía inmiscuido porque todos los indicios recaían sobre mí. Pero ¿qué les podía decir?. ¿Qué les podía confesar?. María Soledad nunca me dijo nada sobre sus planes de fuga. Incluso me sentía perjudicado siendo su confidente, sin haber recepcionado su secreto. Ella siempre actuó sin levantar sospechas. ¡Se fue, nadie supo como, ni a donde!. Lo

que yo me preguntaba y aún quizás sus padres, era si yo hubiese sido mal ejemplo para ella en esto de escaparse de la casa sin mas ni mas. Aún pienso que en esos días, "flash" se sentía mejor en esa casa después de lo que hizo, a diferencia de lo preocupados que estábamos todos pensando y esperando tener noticias de María Soledad.

---

El señor Jesucristo ha transformado mi vida; quiere que sin afanes y ordenadamente les relate este testimonio de mi vida. En el transcurso de este tiempo he sido y sigo siendo moldeado por el Señor Jesucristo quien me ha inquietado para detenerme un breve espacio y darle toda la gloria y la honra por permitirme plasmar este testimonio describiendo los cambios de lo que he aprendido. Todas esas palabras que les he escrito son nacidas profundamente de mi corazón puestas algún día por el señor Jesucristo para que brotaran y dieran fruto a su debido tiempo. Ojalá tuvieran la oportunidad de mirar mis apuntes donde comencé a escribir este relato que, aunque

Porque nunca dejará de haber pobres en la tierra. (Deuteronomio 15:11)

**confundido, esperaba que solo fuese una buena intención. A la fecha de hoy llevo casi cuatro años escribiendo y tengo fe en Dios para que me permita seguir haciéndolo. Borriones, tachones y correcciones he tenido a través de este relato; ¡tantos como en mi propia vida! Pero hoy veo aquella luz que necesitaba para relatar toda la oscuridad que me estaba obnubilando. Había mucha necesidad económica en mi familia, había terminado mis estudios, tenía que valerme por mi mismo como lo hice alguna vez cuando me escapé de mi casa. El caso de María Soledad permanecía en la más completa y abrumadora incertidumbre. Habían pasado días, meses, sin saber aún los motivos de su fuga. Me puse en contacto con mi hermano Miguel Ángel que vivía en Arauca; por supuesto no podía llegarle de nuevo con esta excusa a don Cipriano y menos jugarme otra broma en esos momentos de sufrimiento por los que estaban pasando los Castro Castro.**

Apresuré mi viaje y pedí ayuda a mi madre y a mi hermano para que girara el dinero de los tiquetes del viaje a Arauca y los gastos que acarreaban los documentos exigidos por el consulado venezolano para pasar por sus llanuras hermosas. Me despedí de todos mis hermanos como no lo hice aquel día que salí de casa. Por segunda vez emprendía un viaje; este sería para conseguir mi propio sustento y para ayudar a mi madre. ¡Solo había un pequeño inconveniente! ¡No sabía trabajar! Solo tenía el dinero que me había mandado mi hermano para los gastos del viaje. Por coincidencia de la vida, el veinte de enero de ese mismo año cumplía los quince años Diana. Quería entregarle un obsequio como recuerdo de mi última despedida. Desbarajustando el dinero que había recibido de mi hermano le compré un ramo de flores con frutas; nunca lo había hecho, pero veía como mucha gente sí lo hacía. Más que agradar a Diana, quería agrardarme a mi mismo haciendo lo que quería hacer. Sin resentimientos le envié el ramo en un taxi hasta su casa, asegurándome desde lejos cuando ella lo recibiera. Solo quería volver a ver todo aquello que sucedía en mi ausencia. Cuando me despedí de mi madre, jocosamente le dije que me iba para Arauca a conocer la bruja que me

había hecho regresar. Según me había contado mi madre, la suegra de mi hermano Miguel Ángel, me había hecho brujería para que volviera a mi casa. Mi madre acostumbra a mudar lágrimas en risas y soltó una carcajada aprobándome la broma. Tuve la valentía de despedirme de la familia Castro Castro. Digo la valentía porque no sabía como reaccionarían con la coincidencia de mi viaje y no fuesen a despertar sospechas. Pasé la frontera con un sabor agridulce. Sentía la alegría de volver a emprender de nuevo una aventura más. La primera vez que salí de casa sentí la nostalgia de dejarlos a todos y ahora sentía la ausencia de María Soledad. ¡Como que todo cada vez se iba! Pero sentía que era capaz de sobrellevar todo esto. Era como tener la fuerza de enfrentar un toro bravío de los llanos con la experiencia de haber lidiado un novillo. El complejo de superioridad existe en casi todas las regiones de Arauca. Cuando llegué, la gente ya sabía que yo no era de esas tierras y que no tenía sus costumbres llaneras arraigadas en mi corazón. Los

La sabiduría es la cosa principal. Adquiere sabiduría; y con todo lo que adquieres, adquieres entendimiento. (Proverbios 4:7)

hace sentir y creer que pertenecen a una raza que Dios eligió para domar y someter todo y cuanto pueden ver sobre la inmensa llanura. Mi hermano Miguel Ángel estaba en esas tierras desde cuando terminó su servicio militar obligatorio. Cuando nos entrevistamos la primera vez, una de mis preguntas fue como haría yo para conocer a su suegra. Miguel Ángel es de mediana estatura, no gordo ni delgado, de movimientos ágiles. Su alma de hombre trabajado lo hacen ver tímido, aunque con una sonrisa de cuando en vez. Cuando le hice la pregunta quedó intrigado. Y yo más, por conocer a la bruja de su suegra, no porque me refiera despectivamente así de ella, sino porque en cierta forma tenía algo raro, de esas cosas que solo Dios nos puede librar, porque en verdad, entre las muchas cosas que me fijé desde su pelo hasta la punta de sus pies, no le pude encontrar nada que a ningún viejo le pudiera enamorar. Vivía cerca de la casa de Miguel Ángel, en una pequeña cabaña custodiada por un espectro de perro durmiente, que apenas nos vio, empezó a estirarse con gestos de felino, dejándonos pasar.

Había transcurrido un mes completo de estar a expensas de las comodidades de mi hermano en Arauca. Debido a mi inexperiencia en las labores del campo no conseguí trabajo. Mi hermano siguió el camino mas fácil para despejarme las dudas:

\_\_Que piensas hacer. ¡Con el solo título de bachiller quien te va a dar trabajo!

Vinieron a mi pensamiento cantidad de respuestas que eran desechadas por mi conciencia tratando de dar una respuestas que agradeciera a todo lo que mi hermano había hecho por mi. Enseguida le respondí:

\_\_Quiero ser policía.

Fue la mejor idea que dio en el blanco para librarme de aquella pregunta embarazosa. Miguel Ángel costeo los gastos de mi incorporación a la Policía Nacional.

Regresé a Cúcuta y me hice tomar los exámenes de rigor, y el treinta de mayo en mis cumpleaños, fui incorporado al Centro de instrucción en

Barrancabermeja. Esta era otra ciudad mas que conocía de Santander, notando enseguida que su idiosincrasia en nada se parece al resto de las gentes del Departamento santandereano. Un clima hostil que aunque yo estaba acostumbrado a las calles soleadas de Cúcuta, extrañaba la brisa del rio Pamplonita. Llegué a aquella ciudad custodiada por el Cristo petrolero en medio de dos antorchas incandescentes expulsando fuego las veinticuatro horas continuas. El asfalto de sus calles se convierte en brea pegajosa al medio día. Llegamos a Barrancabermeja el cuatro de junio de 1995 al C.I.B.A.R, como el curso 04 de patrulleros; empezando se notaba el trato que íbamos a recibir, al menos dentro del transcurso de nuestra formación, demostrando con una requisa minuciosa de cada uno de los elementos que nos pertenecía ingresar. Quedaron decomisados wodmans, audifonos, cigarrillos, casetes, CD's, revistas pornográficas. Ninguno de estos elementos me decomisaron pero sí un par de camisetas de futbol y un jeans que me había regalado mi hermano en Arauca. Cuando le mostraron al capitán Rosas Casas el slogan de la camiseta que decía

Ahora pues, oh hijos, escúchenme , y no se aparten de los dichos de mi boca. (Proverbios 5:7)

**Sintra-Oxi J.C.P (Sindicato de trabajadores oxidental de Colombia), de inmediato pararon la requisa para los demás compañeros; y a mi, el agente, el teniente y el capitán me revolcaron todas mis cosas, exigiéndome explicaciones sobre el por qué tenia elementos subversivos; la verdad yo ni sabia qué significaba ese término, ni la relación que tenían esas dos franelas y el pantalón para que se hubiesen ensañado conmigo en la requisa de mis cosas. Se pusieron de mal humor; el capitán me miraba, se pasaba la mano por la barbilla, se cruzaba de brazos, caminaba de un lado a otro, trataba de indicarle por medio de mirada, alguna orden al teniente Fajardo Blanco, en fin, estaba molesto. Nos pidieron hacer una formación. Cuando me preguntaron por qué llevaba conmigo esas prendas, dije la verdad, que me las había regalado mi hermano que trabaja en Arauca. Una sub oficial de nombre Mayorly Rojas, sabía que yo estaba diciendo la verdad dentro de la confusión porque yo no entendía nada, pero absolutamente nada de lo que tanto le había dado importancia el director del Cibar. La sub oficial me preguntaba:**

\_\_\_¿De dónde es usted?

\_\_\_¡De Cúcuta!

\_\_\_¿Qué hacía en Cúcuta?

\_\_\_ Estudié mi secundaria

\_\_\_¿En qué trabaja su hermano?

\_\_\_En una compañía de petróleo que se llama Oxidental y me regaló esa camiseta porque me gusta mucho el futbol.

En ese momento pensaba yo que las fechorías que había cometido con Arnoldo, incluyendo el robo de las bicicletas, me habían llegado a perjudicar judicialmente y de ahí tantas preguntas. La sub oficial con voz decidida pero dulce me dijo:

\_\_\_¡Su hermano es guerrillero!

Yo, más asustado todavía, porque no sabia si me lo estaba diciendo afirmativamente o a manera de interrogación, le respondí:

\_\_Pues lo único que sé, es que mi hermano trabaja en Arauca en la Oxidental y eso es todo.

Quando estuve solo se me acercó un compañero y me dijo:

\_\_Hermano, lo que pasa es que ese slogan es de los sindicatos de trabajadores; y aquí, ni los vaya a nombrar porque suficiente tienen con la Uso de Barrancabermeja. De regreso el capitán Rosas Casas me hizo las mismas preguntas que la sub oficial Mayorly Rojas, sin dejar de pasearse de un lado a otro con las manos en los bolsillos. Hacía un calor insoportable; mi camiseta blanca y el pantalón jean, como nos dijeron que teníamos que presentarnos, estaban empapados de sudor por el clima y por las preguntas que responder.

Al final incineraron las prendas para que se les calmara la cólera. De pronto asignaron a algún detective para que siguiera mis pasos en el transcurso de la etapa de instrucción, para descartar una infiltración subversiva.

El cielo y la tierra pasaran, pero mis palabras no pasarán. (Marcos 13:31)

**Aquel centro de instrucción pequeño, pero cómodo recibió ese día 180 alumnos aspirantes al grado de patrulleros; y esa mañana y tarde fue formación tras formación, entrega de menajes, entrega de uniformes, entrega de alojamiento, de Locker, asignación de compañero de catre, arreglo de camas, en fin toda la logística para el recibimiento del nuevo personal. Al final de la noche aún se estaba cuadrando toda la novedad para sellar con una relación general de todo el cuadro de mando a los que debíamos obedecer. Esa noche nos acostamos tarde, con hambre, pero llenos de fatiga. La poca comida estuvo limitada a salchichón, arroz y agua panela caliente. Fueron pocos los que se quedaron dormidos. Yo permanecía despierto esperando las ráfagas de viento de los ventiladores que refrescaban un poco. Varias veces salíamos a las duchas a echarnos agua. Opté por acostarme mojado poniendo como tendido una toalla porque en la madrugada debía conciliar el sueño, ilusionado con mi nueva profesión. Diligentemente saltábamos de los catres cuando escuchábamos la voz de un sargento vice primero de apellido Barragán, que con voz de trueno nos decía:**

**\_\_¡Levántense degenerados; les doy cinco minutos para que estén afeitados, bañados, cambiados, tendidas las camas y formados para recibir parte!**

No era mentira que hacía respetar el tiempo. Se paraba donde debía hacerse la formación; y a los que llegábamos tarde nos ponía a “voltear”, o sea, nos sacaban la “mierda” mandándonos a dar vueltas por todo el centro de instrucción. Nos hacía flexionar; dar rollos que consistía en botarnos al piso y dar vueltas como una alfombra de un lado a otro. Nos ponía a que le diéramos la vuelta al mundo poniendo el dedo índice en el suelo y girar hasta que sintiéramos que todo nos daba vueltas. Conmigo estaban personas que recientemente habían prestado su servicio militar o habían sido auxiliares de policía y conocían lo del volteo como bueno, pero mi desconocimiento y la inexperiencia hacía todo esto muy duro. Yo llegaba casi siempre de último en todo; digo en todo porque hasta para recibir la comida lo hacíamos según el orden de llegada después de la “volteada”. Cuando llegué al centro de instrucción

**pesaba 45 kilos; creo no haberme visto mas delgado nunca. Los primeros días nos cortaron el cabello, nos hicieron quitar la barba o el bigote. Fue la primera vez que aprendí que el bigote solo se lo podían dejar los militares de alto rango. Situación de ignorancia que le costó a un compañero desistir de la idea de ser policía cuando le dijeron que tenia que terminar con el bigote. Pidió la baja enseguida.**

**En 1995 llegamos a Barrancabermeja, ciudad de clima caliente, golpeada por la violencia. A los quince días de estar en el centro de instrucción, teníamos como únicas armas las “pali-galiles”, hechas con maderos que tenían forma de fusil-galil, que nos servían para las clases de orden cerrado, donde se aprende a marchar con compás. Apenas serían las 19:00 horas cuando escuchamos tremenda balacera. Nos gritaban que nos tiráramos debajo de la cama y nos echáramos el colchón encima: yo no sabía que hacer, no era consiente del grave peligro, ni de lo que estaba pasando.**

Porque tanto amo Dios al mundo, que dio a su hijo unigénito, para que todo el que ejerce fe en él no sea destruido sino que tenga vida terna. (Juan 3:16)

**No quería tirarme al piso para no desordenar la cama. Hubo un compañero, Zapata, que entró en shock, solo tenia diez y siete años; se puso a llorar acordándose de toda su familia, por no decir que le dio mamitis. Esa misma noche supimos lo que era un hostigamiento de la guerrilla, durando aproximadamente unos quince minutos. Mucho después retornó la calma. Al siguiente día formamos dos compañías; una con los que se quedaban y la otra con los que se iban. Solo dijeron que definitivamente esto no era para ellos. Sorpresivamente, Zapata formaba con nosotros; le pusimos de apodo “lagrimón”. Cuando llevábamos tres meses la arremetieron de nuevo con otro hostigamiento que duró media hora. Se encontraron panfletos donde nos declaraban objetivo militar al C.I.B.A.R. Todas estas amenazas alteraron el método de instrucción, porque a cambio de darnos las clases de orden cerrado, nos instruían sobre arme y desarme de fusil galil. En vez de clases de derechos humanos nos daban instrucción de polígono y clases de lucha contra guerrilla.**

**Todo esto apresuró nuestro adiestramiento militar. En comparación con otros cursos o contingentes de las escuelas de formación, llegamos al extremo, que tan solo con tres meses de instrucción, nos pusieron a prestar guardia con personal antiguo, o, en su defecto con compañeros de experiencia por haber prestado el servicio militar. Aun, el servicio de centinela servía para adquirir conocimiento de las armas, porque uno siendo menos diestro, le preguntaba al mas aventajado por el funcionamiento de algún mecanismo del fusil, o, adicionalmente aquel instructor empírico enseñaba la diferencia de uno a otro armamento. Llegábamos al puesto de servicio o garita, y apostábamos al que desarmara y armara mas rápido el fusil. Aprendimos trucos para hacer mas fácil el manejo de las armas; en ese segundo hostigamiento se fueron treinta y un compañeros quedando solamente sesenta y nueve conmigo. Supuestamente quedábamos los mas valientes, pero deberán saber que Zapata “el lagrimón”, tampoco se fue.**

**El tercer y último hostigamiento es de las anécdotas mas graciosas entre las muchas que me ocurrieron en la Policía. Serian las dos o tres de la madrugada cuando nos hostigaron. Como todos teníamos adiestramiento militar y llevábamos seis meses, nos habían asignado una trinchera desde donde debíamos repeler el ataque; la anécdota es que cuando todos estábamos en nuestros puestos, tendidos en el suelo esperando alguna orden de reacción de parte de los cuadros de mando, vimos que aparece Flores Calle quien se paseaba muy orondo en calzoncillos y llevaba una toalla, jabón y cepillo de dientes. El muy “güevas” no se había dado cuenta que estábamos en pleno hostigamiento y pensaba que había sonado la campana para levantarse, e, iba para las duchas a bañarse. Al percatarse, se tiró al piso a esperar que pasara el hostigamiento. Pero ahí no acaba la historia. Resulta que para la estadística de la Policía Nacional, ese día quedó registrado como novedad del comando operativo del Magdalena Medio. Durante las prácticas extras que daban los instructores empíricos que eran mis compañeros, porque tenían la experiencia**

Por lo tanto Jesús les habló otra vez, diciendo yo soy la luz del mundo. El que me sigue, de ninguna manera andará en oscuridad, sino que poseerá la luz de la vida. (Juan 8:12)

**con sus dieciocho meses de servicio militar obligatorio, permitiéndoles esa antigüedad, para enseñarnos a los menos expertos, el manejo de las armas. Bueno, la película fue así: Estaba el gordo Toro Galvis de centinela, un compañero que se las tiraba de sabérselas todas, en compañía de Morales. Toro Galvis decía que él tenía algo que le hacía falta a los demás; bueno en eso tenía razón, porque nos sobrepasaba en grasa, pesaba 120 kilos. Le pusimos por apodo el “elefagente”. Estaba en la garita doce prestando el primer turno de centinela que iba de la una de la madrugada hasta las siete de la mañana. Todo transcurría con la intranquilidad de la noche, por el calor sofocante, los centenares de zancudos atravesando nuestra epidermis que nos dejaba horrible comezón y como si fuera poco, en el fango del C I B A R, se escondían las famosas babillas. Todo esto hacía desesperante el turno. Por eso se debía hacer algo que los distrajera mientras pasaba el tiempo; a esta conclusión llegaron “elefagente” y Morales. El primero le enseñaría trucos de reducción de silueta, arme y desarme nocturno. También le enseñaría algo que se llama “tiro seco” . En fin Toro Galvis había prestado el servicio militar siendo de la contraguerrilla, mecánico de motos y carros, enfermero, constructor, vigilante, comerciante, chef y hasta instructor de lucha grecorromana. Mejor dicho, Morales solo podía ver en “elefagente”, que únicamente él, podía sacarlo de su ignorancia en algún manejo de arma y que solo a expertos se les puede aprender. El ejercicio consistía en tenderse en el suelo en posición de tiro y colocar una moneda de diez pesos en la trompetilla del fusil con habilidad. El francotirador debía cuidadosamente montar el fusil apuntando al objetivo y disparando en tiro seco sin dejar caer la moneda. Quien sabe cuantas horas duró el “gordo toro” dándole instrucciones a Morales. En una de esas se habían despojado de sus arneses y cartucheras para hacer el simulacro, escogiendo un fusil sin proveedor para no correr riesgos. De pronto escucharon un zambullido de alguna babilla en el caño y suspendieron el**

**ejercicio. Cuando repararon que no pasaba nada reanudaron las prácticas, pero no tuvieron en cuenta que uno de ellos en el momento de la reacción, montó el fusil con el que estaban haciendo las pruebas. Cuando el pupilo de “elefante” fue a hacer un tiro seco se le fue una ráfaga de dieciséis tiros; inmediatamente salió la mente del “gordo toro” y siguió disparando para que quedara tapada la falta que les hubiese costado la destitución. Gastaron en el falso positivo de reacción casi toda la munición que tenían e hicieron que los demás también reaccionáramos a escala.**

**Al otro día salieron a flote las babillas y sapos del caño por el efecto de las granadas lanzadas en la reacción. El “gordo toro” Galvis fue el héroe que dio parte de cómo sucedieron los hechos. Se inventó que los subversivos venían con la intención de dar un golpe de mano llegando hasta las garitas agua abajo por el caño; cuando los guerrilleros notaron que habían sido descubiertos estos se lanzaron al agua. Inmediatamente él y su compañero, reaccionaron, siendo recibidos por disparos que provenían desde el mismo punto de donde se había**

Les he dicho estas cosas para que por medio de mí tengan paz. En el mundo están experimentando tribulación, pero ¡cobren ánimo!, yo he vencido al mundo. (Juan 16:33)

**hecho el hostigamiento anterior. Por este “acto de valor” fueron condecorados con una mención honorífica “elefante” y su compañero Morales.**

**En aquel tiempo Barrancabermeja estaba minada de violencia; cuando nos daban permiso para salir al comercio, se encontraba uno con cualesquier cantidad de personas que portaban armas. La ciudad era un verdadero Vietnam. Había toda clase de fuerzas mezcladas con las gentes del común. En cualquier lenocinio se veía personal del ejército, armada C.T.I., Das, Sipol, Sijín, B2, Policía, Guerrilla, paramilitares, delincuencia común; en fin era el hervidero de la violencia. No había día que no apareciera una persona torturada, mutilada, secuestrada por acción de una u otra banda. Debido a que solo llevábamos seis meses, la Dirección general de la Policía decidió que lo mejor, era agregarnos a otra escuela de formación, toda vez que el presupuesto que se asignaba primeramente para ciento ochenta uniformados, ahora era para sesenta y nueve que habíamos quedado, siendo además objetivo militar por la guerrilla sin aún terminar el curso de patrulleros. Todo se finiquitó cuando labores de inteligencia evitaron un atentado con cilindros bomba y petardos dirigidos a los bloques de alojamiento de los que aún quedábamos en pie después de la masiva desertión de aspirantes. El mas inconforme con nuestro traslado a la Escuela Rafael Reyes en Santa Rosa de Viterbo, fue el propio director del Cibar, C.T. Rosas Casas, porque como oficial superior, hacia con nosotros lo que deseaba. Empezando porque se robaba el presupuesto asignado y la bonificación, aparte de los malos tratos, mal ejemplo y la humillación a que nos sometía este capitán, cuando aparecía borracho y nos levantaba a la hora que llegara, haciéndonos bañar y bajar enjabonados, solo para contarnos como era que le hacía el amor a las prostitutas que conseguía. Él decía que lo recordaríamos toda la HP vida. Pero nunca pensó que lo recordaríamos por su mal ejemplo y altivez. Nos tenía a punta de agua panela, arroz y salchichón. Mientras los cuadros de mando duraban hasta**

**largas horas de la noche jugando billar, siendo atendidos por un sirviente aspirante a patrullero. Recuerdo que entre tantos oficios que se nos asignaban era llevarle cada media hora café a la oficina del capitán, guardando la mayor reverencia, pidiendo permiso para hablar, permiso para acercarse, permiso para retirarse, diciéndole tres frases que él siempre nos inculcó y que debíamos darle cumplimiento sin miramientos y reservas: “Qué ordena mi capitán”, “como ordene mi capitán” y “orden cumplida mi capitán”. Le fascinaba sentirse verdaderamente un oficial superior, haciéndonos verlo así y sintiéndonos inferior a él. Recuerdo que un día le llegó su esposa, siendo la oportunidad de zafarnos un poco de la opresión. Su señora traía consigo su hijo y un perrito frespuder de nombre copito. El capitán se encerraba en su apartamento con su familia dejando a copito a sus anchas. Nosotros teníamos una perra de mascota que se llamaba la chanda y estaba en celo; copito se engolosinó con ella intentando montarla varias veces pero como era mas pequeño no alcanzó a dar en el blanco. Copito giraba, brincaba, aullaba, se revolcaba, el corazón se le aceleró, faltándole solo hablar para pedir ayuda.**

Porque la palabra de Dios es viva, y ejerce poder, y es mas aguda que toda espada de dos filos, y penetra hasta dividir entre alma y espíritu, y entre coyunturas y su tuétano y puede discernir pensamientos e intenciones del corazón. (Hebreos 4:12)

**Ayuda que con malicia un compañero al que le decíamos “Bucaracica” le brindó cuando tomó a copito en sus brazos, mientras que otro compañero metía en sus piernas la cabeza de chanda para que se estuviera quieta y copito pudiera tener su primera experiencia. Y como toda primera vez, copito siendo virgo, pegó tremendo chillido. Seguidamente salió la hija del capitán para indagar por lo que le estaba pasando a su mascota, con tan mala suerte que lo vio ensangrentado en sus partes nobles colgando como una carretilla de la corpulenta chanda. La reacción de la niña fue rescatar a copito, haciendo que la chanda saliera huyendo, llevando a rastras a copito, metiéndolo por los lodazales y revolcándolo como a propósito hasta quedar irreconocible.**

**Fuimos trasladados a la Escuela Rafael Reyes cambiando todo abruptamente para nosotros, pasando del calor abrazador de Barrancabermeja, al clima mas frio que nunca había conocido. El primer día que formamos para que el señor coronel Lozada Ortiz, director de la Escuela, recibiera parte de los sesenta y nueve aspirantes que habíamos quedado de los ciento ochenta, se llevó una sorpresa cuando miró el grupo de jóvenes ajados, desarrapados, flacos, de mal aspecto, con los uniformes decolorados por el calor de Barranca, dando la impresión de estar recibiendo parte de un pelotón recién llegado de una batalla. Permanecíamos con todos los aperos habidos y por haber que no combinaban con nuestra formación o con la formación que profesaba esa Escuela. Por ejemplo: mal lustrados, con insignias que no correspondían al uniforme con elementos que solo se les permite al personal antiguo. En la institución no estábamos acostumbrados a utilizar la recita. En Barranca permanecíamos en camisilla, en Santa Rosa de Viterbo nos abrigábamos como fuera, utilizando buzos debajo del uniforme, lo cual era prohibido, no teníamos insignias de ser estudiantes, permanecíamos semi barbudos, algunos con el cabello relativamente largo; mejor dicho se notaba que verdaderamente veníamos de**

orden publico. No teníamos ningún lema de las que si tenían las otras compañías, como, "estudio y lealtad". Cuando el coronel nos pidió que recitáramos el lema de nuestra compañía, el capitán Rosas Casas se inventó uno en un santiamén que decía: "Compañía Antonio Nariño, a neutralizar y destruir al enemigo". El coronel quedó atónito al escuchar la clase de formación que estábamos recibiendo en el CIBAR, ordenando de inmediato para que nos dieran dotación nueva y veinte días de incapacidad por lo desnutridos que estábamos todos. Gabela que aprovechó mas de uno para llegar borrachos. En un permiso que nos dieron para bajar a Duitama, si hubiésemos cumplido con el número mínimo de doscientos de lo que estaba conformada cada compañía, hubieran echado por lo menos a treinta que llegaron borrachos y activaron la alarma de la Escuela al momento de subir al alojamiento. Fue un hecho gravísimo porque se hizo consejo disciplinario para estudiar el posible retiro de los infractores. Pero cuando ojearon nuestras cartillas biográficas, se dieron cuenta que por lo menos cada uno tenia tres anotaciones negativas. Estudiaron

Fe es la expectativa segura de las cosas que se esperan, la demostración evidente de realidades aunque no se contemplen.  
(Hebreos 11:1)

**el reglamento interno y ninguno pasaba por disciplina. Yo tenia dieciocho anotaciones negativas; Murcia José Armando tenia veintiséis.**

A nosotros en Barranca nos ponían anotaciones negativas por todo; situación que se tomó deportivamente por cuanto no hubo nadie que impusiera disciplina en el CIBAR. A diferencia de los mil seiscientos alumnos de la Escuela que al desobedecer una orden se tenia como un hecho escabroso y aislado, pero para nosotros el incumplir una orden lo tomábamos como gajes del oficio del policía de orden publico, ya que estábamos en la misión de seguir perteneciendo a la Institución, aun en las mas difíciles circunstancias. Las que no soportaron los ciento once que se retiraron. Tuve como cinco peleas a puño durante los seis meses de mi estadía en el CIBAR. En la Escuela Rafael Reyes nunca se veía una pelea; si se llegara a presentar el caso, los comprometidos salían expulsados. Yo, la verdad, temía regresarme para Cúcuta; por eso cada vez que pasaba por mi mente la desertión, escuchaba una voz que me decía: "ni pa' policía sirvió". Creo que a mas de uno le resonaba esa voz interior cuando pensaban pedir el retiro.

Llegamos a la Escuela Rafael Reyes siendo los mas antiguos; es el único que aparece con dos códigos, o, contingentes porque éramos el curso 04 de patrulleros en el CIBAR y a la Escuela llegamos como curso 06 de Esrey. Verdaderamente este era un curso excepcional, empezando por el capitán Rosas Casas que no veía la hora para formarnos cada día más y más para la guerra, que formarnos para trabajar por la sociedad. A la Escuela Rafael Reyes llegamos para poner en marcha un nuevo método de instrucción, implementando cursos de contraguerrilla a la par con el ejército; así fue como en seis meses, hicimos tres cursos contraguerrilla; uno con el batallón Silva Plazas y otro con el batallón Tarquí. Para graduarnos hicimos el último curso de contraguerrilla en la Escuela. Haciendo reconocimiento nocturno de la zona, patrullando de noche, la

formación de nosotros fue mas militar que policial. Como anécdota jocosa tengo que contar que nos asignaron un grupo como de cuarenta ex auxiliares bachilleres que solo hacían curso por un lapso de tres meses. Como nosotros teníamos mayor antigüedad aprovecharon nuestra experiencia agregándonos a la famosa compañía Antonio Nariño. Como se utilizan modismo en la jerga militar de las que ya estábamos acostumbrados, por ejemplo al compañero se le dice “granada”, “curso” etc. etc., al enemigo o guerrillero se le dice “nueve y medio”, al que lleva poco tiempo como policía, se le dice “chúcaro” “recluta”; al capitán “Carlos Tango”, al teniente “Tomás”, al mayor “mano” “yanqui; al alumno “alma” “loma”; al auxiliar bachiller “alma buque”; al agente “alma García”. Para que tengan una idea de cómo se utilizan estas claves voy a relatarles algo concerniente a ello. Estábamos todos los “almas lomas” formados y recibía parte de la compañía el Carlos “tanga”, de Rosas Casas; el ejercicio que teníamos que hacer se llama “marcha forzada”, que consiste en caminar a paso largo sin detenerse; se tiene que llegar a la meta con una granada que le asignan. Es de aclarar que esta marcha forzada con armamento y todo el equipo

Sin embargo háganse hacedores de la palabra, y no solamente oidores, engañándose así mismos con razonamiento falso.  
(Santiago 1:22)

de campaña, se recorre en un trayecto de doce kilómetros, indispensablemente llegando con la granada, si es necesario a las costillas. Por ningún motivo se puede llegar a la meta sin la granada.

Retomando la idea de que estábamos toda la compañía formando y recibía parte el capitán Rosas Casas, fue con la novedad de que habían sido asignados cuarenta pastusos quienes habían estado de auxiliares y harían el curso de contraguerrilla con nosotros; se detuvo a explicarnos lo siguiente: “Para esta marcha forzada tenemos que escoger cada uno, una granada”. No había terminado el capitán de dar la instrucción completa cuando un pastusito levantó la mano y dijo, así, como hablan por allá: “Permiso para hablar mi capitán. Yo no se que es una marcha forzada, ni tampoco en la escuela nos dieron granadas” Creo que fue la única vez que el capitán dejó que se formara la recocha para burlarnos del pobre pastusito, al punto que el mismo capitán iba a retomar la instrucción pero la risa no lo dejaba seguir.

En ese mismo curso de contraguerrilla tomamos del pelo a los pastusitos; cuando terminamos el entrenamiento dejaban diez o doce para recibir el servicio de centinela, lo que es una tortura prestar un turno de guardia en ese páramo boyacense. Me asignaron para el servicio de centinela con mi “granada de apellido Tolosa. Nos correspondió el turno de una a tres de la madrugada; escuchábamos a los que teníamos que relevar que preguntaban carpa por carpa, así como preguntan los pastusitos: ¿Ese Rivero y Tolosa viven aquí? Escuchábamos que de las otras carpas contestaban: “No, no viven aquí”. Y seguían los pastusitos preguntando: “¿Ese Rivero y Tolosa viven aquí? Y les contestaban: “No, no viven aquí”. Cuando llegaron a nuestra carpa, Tolosa y yo permanecemos inmóviles, hasta que nos preguntaron: ¿Ese Rivero y Tolosa viven aquí?. Y les contestamos: “No, no viven aquí”. Los que reconocieron nuestras voces se

carcajeaban de los pastusitos. Al otro día cuando nos levantamos, estaban solos los pastusitos prestando guardia y se quejaron ante los cuadros de mando y dieron la solución: ¡Que una noche completa prestara guardia la compañía pastusa y la otra noche la compañía de nosotros!

Posteriormente cuando nos correspondió a nosotros el servicio de centinela, pasó algo parecido. Pensaron tomar del pelo a Núñez cuando entregaba el turno a los hermanos López y empezó Núñez preguntando: "Los hermanos López viven aquí? Y le decían "No, no viven aquí". Y así sucesivamente el mismo ritual carpa por carpa. Pero como no hay cuña que más apriete que sea la del mismo palo, cuando Núñez empezó a notar que le estaban tomando del pelo y reconoció la risita de los hermanos López fue a la carpa de ellos y se la levantó hasta dejarlos a la intemperie, quienes enviaban maldiciones una y otra vez al osado Núñez quien les dijo con sorna: "Aquí sí viven los hermanos López, de manera que levántense para que nos releven"-¡Carcajadas iban y venían de un lado a otro de carpa en carpa!

sí como está escrito: "Por tu causa se nos hace morir todo el día, se nos ha tenido por ovejas para degollación".

(Romanos 8:36)

**Estábamos a punto de graduarnos. Pronto escaparíamos de la alimaña del capitán Rosas Casas. El buen humor entre los compañeros nos mantenía unidos. Era esencial para poder sobrellevar entre todos las cargas del volteo, toda vez que se acostumbraba que por uno paguen todos. ¡Cuando Murcia José Armando llegaba tarde a la formación, todos volteábamos!. ¡Cuando Barrera hablaba en la formación, todos volteábamos!. ¡Cuando Salazar se tiraba un pedo en la formación, aunque sabíamos que era él, todos volteábamos!. Compenetramos una amistad a la que no fue ajena el secretario de la compañía Nariño, Carlos Blanco. Aunque al principio era tímido tomó parte a su manera. Resulta que como era nuestro secretario, se tomó el atrevimiento de revisar la cartilla biográfica de cada uno de nosotros, tomando apuntes de los nombres de nuestras madres. Entonces él solapadamente en el salón de clases cuando alguien decía algo, solía decir: "Ah, sí, como doña fulana de tal". Entonces el que escuchaba el nombre de su madre volteaba a mirar para saber por qué mentaba el nombre de su ser querido. Así fue como nos aprendimos el nombre de cada una de la madre de nuestros compañeros. Las bromas a veces eran muy pesadas como cuando el teniente Fajardo estaba dictando una cátedra sobre criminalística y nos explicaba que cuando el cuerpo del occiso queda encogido, se le llama posición fetal. Ahí no faltó Barrera con su broma cuando dijo: \_\_\_"Bueno mi teniente, cuando el cuerpo del occiso queda en posición de vaca muerta ¿cómo se llama?" Apenas hubo Barrera preguntado esto, cuando interrumpió Carlos Blanco y dijo: "¡Ah pues, como doña Berta!". Así se llamaba la mamá de Barrera. Apenas Carlos Blanco soltó ese bombazo como le llamábamos a ese tipo de bromas, el teniente Fajardo se puso de mil colores, porque lo que no había revisado nuestro secretario, era que la madre del teniente también se llamaba Berta. ¡Se podrán ustedes imaginar lo que nos hizo el teniente cuando nos volteó en la cancha de fútbol!. ¡Nos hizo vomitar hasta la madre!**

Ya había dicho que estábamos apunto de graduarnos y hasta el último día el teniente Rosas Casas nos volteó. Estábamos uniformados con el número tres, o, sea el uniforme de gala para clima frio; el uniforme para clima cálido se denominaba numero tres "A" y el uniforme para diario se le decía de "fatiga".

Permanecíamos en la Plaza de armas, con quepis y el uniforme tres, cuando llegó el capitán y dijo: "Vuelta a la Escuela" Todos pensamos que era una broma de despedida. No fue así. Al principio tratamos de reusarnos a voltear el último día; le hicimos sindicato al capitán y eso para un oficial es peor que el chiste de la vaca muerta. Cuando lo vimos fue encolerizado al punto que de un manotón le tumbó el quepis al "granada" mío. Decidimos que para que todo terminara bien, le diéramos una vuelta a la Escuela, marchando. Un compañero en buen tono militar llamado Trujillo, nos persuadió para que, marchando, y llenar de ego al capitán Rosas Casas, al compas de izquier, dos, tres, cuatro, coreáramos esta frase militar:

Así como está escrito: "Por tu causa se nos hace morir todo el día, se nos ha tenido por ovejas para degollación".

(Romanos 8:36)

"SUBE SUBE GUERRILLERO,

QUE EN LA CIMA YO TE ESPERO,

CON GRANADAS Y MORTEROS,

Y TUS OJOS SACAREMOS

Y TU SANGRE BEBEREMOS"

Izquier, dos, tres, cuatro, y entonamos de nuevo esta canción hasta que dimos la vuelta completa como lo ordenó el capitán. El director de la Escuela, todos los cuadros de mando, secretarias y personal civil, se asomaron por las ventanas de aquel viejo edificio de cinco pisos, viendo pasar sesenta y nueve policías, con el único ideal de neutralizar y destruir al enemigo, pero el éxtasis indudablemente era para el capitán Rosas Casas, a quien le estábamos demostrando con pruebas, que siempre, por lo bueno o lo malo, de todas formas lo íbamos a recordar. La policía no fue obstáculo para el consumo de estupefacientes porque como se pudiera, se conseguía la marihuana para el turno de centinela. Teníamos a un compañero que por arte de magia la conseguía en Barranca o en santa Rosa de Viterbo. Entre los que mas consumían o soplaban, estaba Salazar, el mismo de los pedos. De este compañero tengo dos simpáticas historias. La primera es que en la Escuela Reyes funcionaban cabinas telefónicas para el servicio de los alumnos. Había llegado para esos días un contingente de cabos primeros a hacer curso para ascenso a sargentos; como en las fuerzas militares y la policía se jacta uno de la antigüedad, entonces los señores suboficiales que estaban haciendo el curso de ascenso nos la montaban. La historia sigue así: Estaba Salazar llamando en la cabina telefónica y un cabo insistentemente le golpeaba la ventanilla para que saliera y lo dejara entrar para él llamar. Salazar sabia que si no le dejaba el turno, el cabo lo podía llevar en la mala, es decir, "montársela". Entonces después que Salazar colgó el teléfono se tiró un pedo y lo dejó encerrado en la cabina. Cuando entró el sub oficial no tuvo mas remedio que trastabillar por encima de cuantos estábamos haciendo fila para llamar. Cuando el suboficial abrió la puerta de la cabina, salió ese viento huracanado, haciéndonos salir a todos del recinto,

**incluyendo a la recepcionista. El cabo pasó un informe simpático que decía: “Respetuosamente informo la novedad del estudiante Salazar por expeler olores nauseabundos” . No le pudieron poner ninguna anotación negativa a Salazar porque esta conducta no estaba tipificada como infracción al reglamento de la escuela. Salazar no solo tenía ese poder de los vientos huracanados; también tenía el poder del polvo de diamantes que consistía en sonarse la nariz, haciendo presión en una sola fosa nasal para tener mayor alcance; a veces utilizaba los dos poderes al mismo tiempo como “dragón ball 2”. Estábamos en algún sitio reunidos en tumulto y llegaba Salazar diciendo con sus ínfulas de súper héroe: “Vientos huracanados” y se tiraba pedos. “Polvo de diamantes” y se sonaba la nariz. Salíamos despavoridos. Cuando ya estábamos en un lugar seguro, nos mirábamos unos a otros y nos decíamos: “¿A usted le alcanzó a caer polvos de diamante?” “¿A usted le llegó el olor mortífero del viento huracanado?” Lo peor de todo es que le alcahueteábamos, alimentándole ese poder dándole huevos cocidos del desayuno con Coca-Cola**

Y tienen que cuidar bien sus almas, porque no vieron ninguna forma en el día que Jehová les habló en Horeb de en medio del fuego. ( Deuteronomio 4:15)

**o leche con huevo. Pero él decía que le hacía mas efecto la sopa de repollo. La otra historia de Salazar es que cuando llegamos trasladados del Cibara, a la EsRey, el primer día que llegamos, hubo un alumno que se quedó mirando a Salazar y nosotros notamos que Salazar esquivaba la mirada del alumno, pero este seguía empeñado en mirarlo y señalándolo disimuladamente a sus otros compañeros. Salazar no aguantó la presión y se hizo a un lado de la formación llamando al alumno, entablando un diálogo.**

**Cuando ya hubieron hablado un rato, Salazar se vino con la cara sonriente. Le preguntamos que cual era el asunto con él y nos contestó: “Uyyyyy marica, de la que me salvé. Lo que pasa es que a ese “man” lo atraqué en Cúcuta y me reconoció. Mire como es la vida, yo le dije que me dejara sano y que después que me graduara como policía, cuadrábamos la vuelta. ¡Cómo es la vida, de ladrón a policía!”**

**Al salir graduado como patrullero, fui asignado para trabajar en el departamento de Santander. Aquí vinimos a parar los mas indisciplinados. Nos dieron quince días de vacaciones antes de llegar a nuestro destino de traslado. Llegué a Cúcuta sin un peso en el bolsillo. Lo único que pendía de mi era una cadena de oro que había sacado para pagarla en doce cuotas. La dejé en una prendería y con el valor del empeño, invité a Diana a discoteca. Ella se escapó esa noche y fuimos a una discoteca de moda, pasando divertidas horas hasta la madrugada que la llevé a su casa a escondidas. Solo Dora su hermana fue nuestra confidente. Hay que hacer un alto de lo que he escrito de esta cita con Diana, para tener en cuenta que fue fácil escribirlo, pero lo que me sucedió esa noche lo recuerdo como hoy, hace mucho tiempo. Esto me marcó y me hizo reconocer que si bien con mis propias palabras no se me facilitaba conquistar a una mujer, en cambio por escrito si podía hacerlo, y de paso demostrarle mis aptitudes de escritor. Le envié a Diana con su hermana, una nota que iba acompañada de versos que aún recuerdo. Todo era emoción para mi, pues hacia tiempo que quería rehacer mi noviazgo con Diana. En esa época todas las**

**muchachas solían salir un momento a la calle para mezclarse con los más pequeños, como queriendo tener una excusa con sus padres para que se dieran cuenta que ya eran señoritas para estar jugando con los niños. A las cuatro de la tarde me encaminé a la casa de Diana, pues Dora su hermana me dijo que le entregaría la nota y a esa hora saldría Diana para hablar conmigo. Así fue, salió recién bañadita, fresca, rozagante de belleza, la veía como una aparición angelical. El corazón me hacía “tilín, tilán”, me latía aceleradamente; era evidente que le había gustado la invitación, o, la carta; cualquier cosa que le hubiese gustado no me importaba, de cualquier forma era una victoria amorosa. Disimuladamente Diana venía con un niño de seis o siete años tomado de su mano. Sin saludarla, sin decirle ni una palabra, la recibí con un beso en la mejilla. Los dos nos pusimos rojos porque sentimos el calor de nuestras mejillas. Queriendo componerme de la emoción, pues tenía el aliento contrito, le dije: “Hola Diana, ¿Aceptas mi invitación?” Ella vaciló mi pregunta y pensé para mis adentros que quizá no debía haberle escrito tantas idioteces en esa**

Yo...Yo soy aquel que borra tus transgresiones por causa de mí mismo y de tus pecados no me acordaré. (Isaias 43:25)

**nota y decirle franca y decididamente, ya que la tenía presente: “Mira reina, te amo todavía, mira, aquí estoy, quiero que disfrutemos estos quince días juntos vamos a discoteca”; no sé, algo así mas informal. Ella mas segura me preguntó de todo. Que cuando había llegado, que como me fue en la Escuela, que cuando me tocaba presentarme, que para donde me habían trasladado, que estaba gordito, en fin, me preguntó cosas que suelen hacer las mujeres.**

**Yo solo quería saber a lo que ella en ese momento le estaba restando importancia; y era si iba, o no, a salir conmigo a discoteca. Como no tengo derecho a abusar de su paciencia-como sí Diana hizo conmigo-pues como ya les conté, Diana fue conmigo a discoteca, planearon todo con su hermana Dora y se acostaron a dormir antes de lo habitual, situación que sospecharon sus padres y para colmo de males hacía solo unos minutos que yo había pasado a recoger a Diana cuando se armó la de Troya. La señora Cristina, no encontró a Diana. Estos sucesos me fueron contados con el paso de los años. Dorita se ganó una tunda y a Diana como a las cuatro de la mañana le quitaron el hipo a escobazos.**

**Cuando llegué al comando de policía Santander, sentí que el mundo giraba a mis pies. Había logrado terminar el curso y asegurar un salario de policía. Podía económicamente ayudar a mi madre, debiendo ser un ejemplo de superación para tantos de mis compañeros de estudio que aún vagaban por las calles polvorientas de mi barrio. Unos ganándose un mísero jornal en construcción, otros con una carrera universitaria truncada en un solo semestre por su situación económica y lo mas importante, que yo era fiel ejemplo de que nadie es profeta en su tierra. Saliendo de allá se podía lograr una vida digna. Otro triunfo que me auguraba era la reconquista de Diana. Pensé que tendría lo suficiente para hacerla definitivamente mi esposa.**

**Llegamos en una época de crisis en Bucaramanga, y quizás a nivel nacional. Era la época de los paros de mil novecientos noventa y seis, de maestros, empleados oficiales, de empleados de Telecom, de trabajadores del banco popular; y a todos estos , vamos al frente de la marcha para brindar seguridad.**

**¡Todo eso era tan confuso a mis diecinueve años de edad!. Tal vez “mi granada” con sus veinticinco años de edad lograra entender. Cómo era eso hermano que una marcha pacífica necesitara de la fuerza dura como nos llamaban. Y para qué necesitaban autoridad si los revoltosos eran ellos. Pero mas confundido quedé cuando en medio de la marcha un líder cívico exclamó una arenga que me dejó anonadado: “Los policías también son explotados...por eso marchan a nuestro lado”; y la demás gente coreaba. ¿“Explotados nosotros”? -dije-. ¡Eso no lo comprendía! Cuando fueron menguando los paros, quedó un mal de nunca acabar. Hablo de los vendedores informales. En ese mismo periodo se estaba construyendo la moderna plaza de mercado de Bucaramanga. Para eso se tenía que acabar con la venta de mercados informales. ¿Por qué? Tampoco lo sabía. Yo creo que “mi granada” sí lo sabía. Voy a detenerme para describir este personaje, que creo se las sabía todas. Cuando entramos a hacer el curso de policía, la edad máxima para ingresar era de veinticuatro años cumplidos.**

Clama a voz en cuello. No te retengas. Levanta tu voz justamente como un cuernoy anuncia a mi pueblo su sublevación y a la casa de Jacob sus pecados. ( Isaias 58:1)

**Yo cuando ingresé tenía dieciocho años; él tenía veinticuatro, próximo a completar los veinticinco años y casi no lo reciben. Nosotros los menores, de por sí casi todos, lo teníamos por viejo. Él, ya había trabajado en una alcaldía, como asesor en agronomía. Ya había estado casado y tenía hijos. En cambio nosotros apenas habíamos terminado el colegio y para la policía no contábamos con experiencia laboral. Solo pensábamos en nuestras novias o en las prostitutas que cada uno tenía de amante en casi todos los prostíbulos de Bucaramanga. Con frecuencia casi todos los fines de semana les dejábamos el sueldo y en algunas ocasiones la placa o el carné policial. Tolosa Castro, un hombre de contextura gruesa, mediana estatura, movimientos pausados, de habla rebuscada, buenos modales, aunque a veces exageraba, aparentaba tener treinta años. Como la experiencia no se improvisa, cuando salíamos a un operativo de fuerza disponible y debíamos utilizar la fuerza, él se quedaba atrás solapadamente sin actuar, logrando escabullirse por entre todos y se quedaba entrevistando a alguien o pidiendo antecedentes. Desde luego esto le abría un espacio para no tener que utilizar la fuerza. Como éramos “granadas” desde la “Es-Rey”, procurábamos andar juntos. Recuerdo una anécdota de su actuar que me pareció muy curiosa: Cierta día teníamos una batalla campal en la zona de invasión. Hubo civiles y policías heridos e incluso la muerte de un anciano manifestante por asfixia de los gases lacrimógenos. El cuento es que en medio de toda esta conmoción, afanado por mi compañero, o, mas bien siendo sincero, afanado por mí mismo, por no tener su compañía, por no verme inmiscuido en problemas, poco a poco me fui alejando de la línea de combate y lo busqué por los alrededores, le pregunté a más de uno por mi “granada”. Unos decían: “Puede que haya salido herido entre los que se llevaron para la policlínica”.**

**Yo pensaba “pero los que salieron heridos fueron los metelones, los que frentean. Tolosa Castro, ¿“metelón frentero”? ¡Las pelotas del marrano!**

**Me fui replegando a un sitio donde había personas que no tenían que ver nada con la invasión y pensaba “por aquí de pronto encuentro a Tolosa”. Esperaba**

encontrarlo preguntándole a alguien si tenía un conocido en la invasión o preguntándole: ¿Desde cuando vive por aquí? ¿De dónde es? ¿Dónde trabaja? En fin, nada que encontraba a mi “granada”. En estas estaba cuando sentí que alguien me estaba llamando con el “piss piss”. Pero era el piss piss de una mujer. De pronto miré para una tienda y detrás del mostrador estaba la señora que me llamaba con el “piss piss”. Le hacía señas a otra persona para que me dijera que ella me estaba llamando. La doble puerta de la tienda estaba entre cerrada. Por una de sus puertas la señora me dijo haciéndome señas: “¡Agente, agente! Cuando hube traspasado la puerta para atender su solicitud emergió de una silla Tolosa Castro saludándome como él solía hacerlo: ¿“Qué quiere chirrito, está perdido?” Y soltó una risotada diciendo “síntese, que se toma, Pony Malta, gaseosa, cerveza, tintico, agua de panela, aromática. Diga no mas “chirrito”, ni mas faltaba”. Era tanta la confianza, que la señora parecía haberle conocido su buen humor de toda la vida. Yo entre atolondrado y asustado le pregunté: ¿Su casco y su escudo?. Con una sonrisa cómica la señora

No se acuerden de las cosas primeras y a las cosas anteriores no dirijan su consideración. (43:18)

**se apresuró a contestarme: “Mire donde lo tiene” mostrándome los aposentos de la tienda. En ese momento tampoco este “chirrito” lograba entender que estaba mal hecho, si esconderse detrás de una puerta, si hablar tendida y pacíficamente con una ciudadana del común, robarle una sonrisa y hacerle el gasto, o, contender a sangre y fuego con alguien que exigía sus derechos.**

Los prostíbulos fueron la fuente inagotable a donde iban a parar, tanto mi sueldo como el de muchos. Pasados dos meses recibimos dos mesadas. Nunca había tenido tanto dinero junto en mis manos. Fue poca la utilidad que le di a este dinero. Le mandé las dos mensualidades a mi madre, mandé el dinero del empeño para que retiraran la cadena de la prendería. Con el resto compré una correa a mitad de precio a un vendedor ambulante que se había hecho amigo de Tolosa y el gran total me lo gasté en ron y prostitutas. Diana había pasado a un segundo plano. Tal vez ya no me casaría, al menos por ese momento. Tenía que quemar esa etapa, como decían los policías antiguos que de vez en cuando los veía uno departiendo en otra mesa. De las anécdotas que tengo con referencia a los prostíbulos, recuerdo que una vez llevamos a un “man” sano, es decir a un compañero, que no quería ir a quemar esa etapa. Era tan sano mi querido Anaya, que nos enteramos que existía la posibilidad de que fuera virgen. ¿Virgen un patrullero? ¡Por amor de Dios! Eso era una afrenta para nosotros. ¡Cómo era posible que este compañero estuviera sumido en esta gran desgracia! Para eso estábamos nosotros sus “granadas”, para ayudarlo. Lo llevamos a un reconocido prostíbulo, lo presentamos como invitado especial. Esa noche nosotros pasamos a un segundo plano, poniéndole a Anaya en sus pies, a la mejor meretriz. Anaya no debía preocuparse por la “vaca”, es decir por la cuota que acostumbrábamos a recolectar para la botella de ron. Tampoco debía preocuparse por la tarifa de esa noche de su primera vez de amor. Todo estaba

cuadrado; le embutimos a juro un par de rones. Cada trago le debió bajar como un rescoldo al rojo vivo. Ya entonado, o, quizá ya borracho, Anaya tenía que demostrarnos su hombría, llevándose a la cama a Sandra, la “fiera de la media

noche”, como era su nombre artístico. Después de optimizar detalles en “ires” y “venires” de Sandrita para ganarse la confianza de Anaya; después de un romance a mil, en medio de canciones para la ocasión, nuestro amigo, nuestro curso, nuestra “granada”, lo vimos partir hacia la habitación con la “fiera de la media noche”. Todos apretábamos y frotábamos las manos para darle la energía a Anaya en su primer paso a la vida viril. Dicho y hecho dijimos a voz alta, celebrándolo con un trago a palo seco como solíamos llamar al ron sin Coca-Cola o hielo. Transcurrido el tiempo necesario y aún mas el tiempo extra, que le dimos a Anaya por el hecho de ser la primera vez, empezamos a preocuparnos. “Tan raro este Anaya, está muy demorado” decíamos. Delegamos a Salazar (el de los pedos), para que fuera a ver que sucedía. Cuando regresó Salazar de la habitación, supimos que algo grave sucedía. Nos dijo: ¡“Qué va!, como les parece cursitos; encontré a Anaya y a Sandra llorando”. Sandra después nos ultimó detalles y nos contó que Anaya no se desvistió, que tenía una novia que quería y respetaba y que quería llegar virgo al altar. En fin, entraron

Y tiene que salir una ramita del tocón de Jesé, y procedente de sus raíces un brote será fructífero. (Isaias 11:1)

en tanta confidencialidad, que Sandrita le contó como había llegado a los caminos de la prostitución y fue cuando Anaya le dijo muy dulcemente que él no quería estar con una mujer por dinero, que por qué mejor no se retiraba de la prostitución. Empezaron juntos a llorar, abrazándose y prometiéndose fidelidad en sus cuitas. Fue cuando Salazar echó todo a perder, porque el trato era que quedara para ellos solitos que Anaya no había tenido sexo por primera vez.

A mis diecinueve años tenía una vida desordenada como la de los demás compañeros. Después de terminada la disponibilidad en la fuerza dura, llegó el tiempo de disfrutar a nuestras anchas de la juventud. Constantemente empeñaba la cadena de oro para salir de los apuros económicos y lo único bueno que hacía con el sueldo que me ganaba, era mandándole la mesada a mi madre. El resto del dinero lo derrochaba, siendo conocido en los prostíbulos como el “chirris”, apodo que le debo a un amigo cuando me preguntó si me gustaba el ron y le respondí, claro que sí, si he tomado hasta “chirinche” por qué no voy a tomar ron; de ahí nació ese apodo. Chirris tenía amante en uno que otro prostíbulo. Tenía bar abierto las veinticuatro horas. Permanecía sin un peso en el bolsillo; me mantenía sobregirado en las cuentas del casino. Mas que acordarme, me cuentan que llegué una noche borracho al comando de la policía. Como era soltero, tenía que pernoctar en el Comando.

Cuentan que llegué tan borracho, que un centinela me reconoció como un patrullero nuevo de la Es-Rey, y aprovechándose de mi laguna mental, disque me dijo que no pasaría la novedad llegando borracho si le dejaba la cadena de oro y las botas Brahama. Sin miramientos me despojó de las botas y la cadena. Debí entrar descalzo a los dormitorios del comando. Al otro día me levanté y noté que no tenía la cadena ni los zapatos. No recordaba nada de lo que me había pasado. Me preguntaba quien me había traído, donde estaba mi cadena. ¿Acaso me habían robado? El policía me entregó mis pertenencias y me preguntó ¡qué había tomado esa noche!. Le respondí que aguardiente. Desde ese día sentí que algo debía cambiar en mi vida. Y en verdad sucedió. ¡Nunca mas

**volví a tomar aguardiente! Tomaba todos los licores, menos aguardiente. Los compañeros me decían que lo único que me faltaba para morir, era llegar a ser general como Simón Bolívar.**

**Toda esa timidez que sentía para hablarle de amor a una mujer, la estaba perdiendo. La estaba perdiendo no porque hubiese superado esa etapa, sino porque yo ya no necesitaba palabras bonitas o rebuscadas para conquistar a una mujer ; simplemente como eran putas, con dinero las llevaba a la cama. A ellas no necesitaba recitarles o escribirles poemas de amor; no tenía sino que prometerles que a la próxima vez les pagaría mejor.**

**Estaba este hombre consagrado al trabajo de no hacer nada. Por esos días, de cuando en cuando, salía un chicharrón para la fuerza disponible. El resto del día la pasábamos en el casino durmiendo para luego terminar la faena en los prostíbulos. Estaba esa mañana en el casino haciendo un esfuerzo por tomar una bebida que no fuera alcohólica, cuando de pronto me pasaron al teléfono.**

Porque ¡miren!, el señor verdadero Jehová de los ejércitos, quita de Jerusalén y de Judá, apoyo y sostén, todo el apoyo de pan y todo el apoyo de agua. (Isaias 3:1)

**Cuando escuché esa voz, el corazón se me estremeció haciendo tilín tilán, saltaba, brincaba, tartamudeaba, y me volví como un tonto sin que me saliera ni una sola palabra para poder decirle a María Soledad que quería verla, que necesitaba saber donde estaba, a pesar que ella me decía que estaba dizque en Egipto trabajando en una casa de familia. Debí decirle que sus padres estaban angustiados; traté decirle que regresara, que la quería, que la amaba. En fin, lo que sí me sorprendió es que ella me localizara. Hablamos en un tiempo tan corto, que no recuerdo nada de lo que hablamos. Llamé a don Cipriano para contarle que María Soledad me había llamado. Tuve que inventarle muchas de las cosas que ellos suponían que yo le había preguntado, pero la verdad todo era un misterio. Mi amigo Tolosa que ahora se llama Héctor, porque hacía poco lo habían transferido al servicio de policía Secreta, me dijo textualmente que de pronto María Soledad estuviera como trabajadora sexual en el Medio Oriente.**

**Yo no quería extender el pesimismo a la familia Castro Castro. En otros términos les dije que, posiblemente, ella habría sido víctima de trata de blancas. A los pocos días recibí otra llamada que me sorprendió aún mas; todo encerraba algo tan misterioso, algo tan inesperado, porque esta llamada provenía de Cúcuta. Era Diana. ¿Averiguando y dando con el numero telefónico? ¡Esto sí que era de sorprenderme! Y quedé mas sorprendido cuando me dijo que quería venirse a vivir conmigo en Bucaramanga. Diana me contó el problema que había tenido en su casa por haber salido conmigo a discoteca. Ella me facilito las cosas cuando me dijo que tenía un hermano en Bucaramanga y que inicialmente llegaría a donde él. A los pocos días fui trasladado como policía Aeroportuario. Me despedí de todos los “vagabundiaderos”. Mi vida no era para llevar una vida ordenada, mi vida no era para tener una buena esposa, mi vida no era para tener un buen hogar, o para tener hijos. Mi vida debió ser para casarme con cualquier mujer, o no casarme. Estaba rodando con suerte ajena, de esa suerte**

que no le corresponde a uno, pero que después vuelve a su cauce normal y se va de pronto al que le corresponde. Lo cierto es, ¿qué pienso de esta suerte que la tuve, la tengo y la tendré?. Equivocadamente me corresponda o no, he tenido buenas cosas, buenos momentos en mi vida que las recuerdo y anhelo hoy, y sé, que las tendré mañana cuando salga de prisión.

Hace mas de tres años que me encuentro privado de la libertad por el homicidio de mi esposa, pero no de la fresita como solía decirle a Diana. No me casé con ella. Cuando la fresita llegó a Bucaramanga a vivir conmigo, yo estaba trabajando en el aeropuerto. Mi horario de trabajo debió aburrirla. Solo la veía escasamente dos veces a la semana. Alcancé a comprarle ropa; alquilé un apartamento para llevármela a vivir como se lo había prometido. Tal vez no había sido la mejor decisión que hubiese tomado Diana, de venirse del todo del lado de sus padres para vivir conmigo. Improvisadamente la “fresita” decidió volver a Cúcuta. Con el apartamento que tenía alquilado, hicimos un trueque con mi amigo Héctor, para que se quedara con la cama y las cositas que le había comprado a Diana. No dejé de llamar a mi “fresita” para echarle la culpa por no

Regresé para ver bajo el sol, que los veloces no tienen la carrera, ni los poderosos la batalla, ni tiene los sabios tampoco el alimento, ni tienen los entendidos tampoco las riquezas, ni aun los que tienen conocimiento tienen el favor; porque el tiempo y el suceso imprevisto les acaece a todos. (Eclesiastés 9:11)

**habernos organizado. En ese mes que apareció Diana, llenó todo ese vacío de amor, que antes lo llenaban las prostitutas. Me sentía bien, teniendo una sola mujer a la que le podía ofrecer algo mas poderoso y sublime que la fuerza sexual, el amor. Tanto que un abrazo de la “fresita” me hacia olvidar; me había hecho cambiar. A pesar de haberse ido, ya había dejado de frecuentar los prostíbulos. Y el dinero que ganaba lo fui invirtiendo en todo lo que me hacia falta. Todo lo había logrado cambiar por ella. No porque ella me lo hubiese impuesto como prueba de amor, sino porque yo era consciente que ella se merecía lo mejor. Presentí que nunca llegaría a casarme con la mujer que verdaderamente amaba. De todas maneras mi vida sentimental se extendió, yendo a parar a un pueblo remoto de la geografía santandereana; allí conocí a mi esposa. Jennifer era una estudiante de diez y seis años que me ofreció en aquel pueblo lo que las prostitutas me cobraban en la ciudad. Jennifer, no obstante ser una muchacha pueblerina, supo aprovechar mi soltería y quedó embarazada como al mes de haber llegado trasladado del municipio de Contratación. Nos casamos en aquel pueblo recóndito a donde ni siquiera mi madre pudo ir a la boda. Todo había pasado tan rápido, que a solo dos meses de haber terminado con Diana, estaba casado con Jennifer y a punto de ser papá. Cuando hablaba con Diana yo le ocultaba las cosas que habían pasado. Diana siempre me decía que quería de nuevo estar conmigo; que no aguantaba la presión de su madre. Al final terminábamos peleándonos por los hechos pasados. Pero siempre que me hacia la pregunta que si aún la seguía amando, yo, a pesar de estar a punto de ser papá, le respondía que si, que ella era el amor de mi vida. Un día la señora Cristina se negó a pasarme al teléfono a Diana. Por mi insistencia, pasó al teléfono Dorita y me dijo de una manera altanera: “¿Usted que quiere, para qué necesita a Diana!, ¿para burlarse de nuevo de ella? Le respondí con toda confianza: ¡Que te pasa Dorita, tú bien sabes que fue Diana la que no quiso vivir conmigo! ¡Sabes que**

**Diana me dejó plantado en Bucaramanga y se fue para Cúcuta! Cuando terminé de esgrimir mi defensa,**

**Dora suspiró y me dijo: “¿Entonces usted no sabe que Diana está embarazada? ¡Se me hizo un nudo en la garganta!! Quedé estupefacto hasta que me atreví estúpidamente a preguntarle a Dorita: ¿O sea, que la “fresita” está embarazada, y, de quién? Dorita sabiendo que era una pregunta estúpida, me contestó: “¡Pues de quien va a ser idiota; pues de ti, de quien más! Debí palidecer mas que cuando Jennifer me dijo que estaba embarazada. Le comenté a Dorita que Diana nunca me había manifestado que estaba embarazada y que seguramente ni ella lo sospechaba. Era algo aterrador para mi. Jennifer pronto tendría su primer mes de embarazo, mientras Diana iba a cumplir tres meses.**

**¿Qué decisión podía tomar en ese momento crucial en mi vida? ¿Qué decisión podría tomar sin hacerle daño a ninguna de las dos! ¿Cómo le confesaba a Jennifer que tenia otra mujer embarazada? ¿Cómo le confesaba a la fresita que a escasos dos meses que ella se fue para Cúcuta conocí a la primera mujer que me encontré en el pueblo a donde llegué, la embarré y me casé con**

El que encubre sus transgresiones no tendrá éxito, pero al que las confiesa y las deja se les mostrará misericordia.  
(Proverbios 28:13)

**ella? Esa noche de turno me tocó el servicio de centinela. Estaba desesperado, decepcionado de mi vida. Tomé el fusil y lo monté con la intención de suicidarme . Pensaba en todo aquello que pasaría después de mi muerte. La mujer con la que quería casarme estaba en Cúcuta. Y por otra parte estaba la mujer a la que le cumplí la palabra por no verla envilecida ante su familia. Era el tres de agosto de 1998 y meditaba en estos asuntos de faldas, sabiendo que en milésimas de segundos todo saldría volando por los aires. Estaba prestando el servicio de centinela en una construcción en obra negra, cuando escuché un disparo como de revolver, el corazón me latía a mil, estaba jugado en llanto y sudor cuando sonó el disparo, siendo las once de la noche. El compañero que estaba prestando el turno conmigo, lo hacia en el servicio de radio operador. Él, al escuchar la detonación, se asomó por la ventana del segundo piso de la Estación y me llamó: ¡Chirris, chirris!. Salí inmediatamente por la ventana del segundo piso de la obra en construcción quedando frente a frente, separados solamente por la calle. Fiayo me dijo: ¡Chirris!, ¿escuchó el disparo?. Yo sollozando y enjugándome las lágrimas le respondí que sí. Las luces de la Estación estaban apagadas por seguridad, para en caso de un ataque no fuésemos blanco fácil. Todo esto me parecía como un milagro de Dios para que yo no accionara el gatillo del fusil contra mi vida. Escuchamos otra detonación y cambié de semblante. Sentí un temor que me estremeció todo el cuerpo. Las dos únicas almas que hablábamos en ese momento, callamos. Cualquier anomalía que se presentara debíamos llamar al comandante de la Estación para que hiciera un desplazamiento de personal y verificar de donde provenían los disparos. Hicimos un silencio sepulcral. Solo sentía los latidos bruscos de mi corazón. Logre olvidar el propósito de suicidarme. Permanecemos con Fiayo por espacio de unos minutos sin mover un solo músculo. Por fin Fiayo rompió aquel silencio y me dijo: “Eso no le paremos bolas “chirris”; de pronto son las mechas que revientan en las canchas de tejo. Por cierto a poca distancia estaban las canchas de tejo, pero no**

era común que a esa hora y en ese día estuvieran jugando. “Fiayo” descendió del segundo piso y me invitó a tomar tinto. Yo bajé del segundo piso de la construcción y atravesé la calle que separaba la Estación.

Me paré al frente de la Estación mirando para arriba, mirando para abajo, y, con el miedo de la muerte me dirigí a la garita principal. Estaba “fiayo” preparando el café, cuando empezó el radio operador de Bucaramanga a dar consignas de alistamiento de primer grado, teniendo en cuenta que estaban siendo objeto de un ataque de la guerrilla a algunas estaciones de policía. Textualmente decía el radio operador de la central del comando del Departamento: “Cinco-ocho, todas las estaciones del Departamento. Extremar al máximo todas las medidas de seguridad. Mantener armamento y munición de reserva a la mano...señores comandantes de estaciones, personal de servicio de centinela, extremar las medidas de seguridad, porque según informaciones de inteligencia, se prevé escalada terrorista de las Farc”. “Fiayo”, el paisano, tomaba atenta nota del comunicado y me dijo: \_Uyyyy “chirris”, está trinca el orden publico. Por allá se tomaron unas estaciones.

El Divino, Dios, Jehová, él mismo ha hablado, y procede a llamar la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su puesta. (Salmo 50:1)

”Estábamos hablando cuando sentí una llamarada en mi rostro. La honda expansiva me levantó y me lanzó contra una puerta; alcancé a escuchar los gritos de “fiayo” que me decía: ¡Chirri chirri se nos metieron, se nos metieron! Enseguida empezó la ráfaga de la ametralladora; y las explosiones de las granadas de fragmentación hacían retumbar las paredes de la vieja Estación. Como pude me reincorporé recibiendo la ayuda del comandante de la Estación quien me preguntaba si estaba bien o que tenía, mientras me revisaba las extremidades. Afortunadamente solo estaba aturdido por la honda explosiva. Logré atrincherarme en un rincón de la garita y desde ahí repelí con mis compañeros mi primera toma subversiva. El combate se prolongó desde las once de la noche hasta promediadas las cinco y treinta de la mañana. Los raquetazos y las granadas de fusil no lograron derribar las murallas de tapia pisada de un metro con sesenta centímetros de grosor. Cuando lanzaron los morteros se escucharon los silbidos del desplazamiento por el aire. Por intuición esperaba la explosión botándome boca abajo sobre el fusil, escuchando el estruendo de las vigas del techo que se venían al piso. Uno de esos morteros impactó e hizo una gran explosión en la cocina de la Estación, prendiendo en llamas todo el segundo piso donde estaban contra atacando, mis otros compañeros. Quedamos cubiertos por las latas de zinc, que caían del techo, y nos recibían las llamas de fuego del machimbre del segundo piso que ardía. Yo estaba ubicado en la garita de metro y medio y desde allí disparaba manteniendo contacto de fuego cruzado con los subversivos. En esa toma fueron heridos dos compañeros alcanzados por esquirlas de granadas. Cuando comprendió la guerrilla que no habían logrado su objetivo se fue replegando poco a poco, hasta terminar el combate. Esa fecha fue llamada a nivel nacional “el agosto negro”. Fueron tomadas las bases de Miraflores, Guaviare, y otras estaciones de policía. Después que estuve a punto de morir dos veces la misma noche, tenía que seguir enfrentando la cruda

realidad de mi vida sentimental. Pero como lo dice la Palabra de Dios “mas vale perro vivo que león muerto”. Esa noche del combate pasaron muchas situaciones psicológicas trascendentales en mi vida. Había estado al borde del suicidio en dos circunstancias; la primera vez cuando allá sentado en un taburete de madera me puse el fusil desasegurado

listo para volarme la tapa de los sesos. La segunda vez fue en plena toma subversiva cuando fuimos acorralados y solo esperaban que saliéramos para rematarnos toda vez que estábamos dentro de la Estación envuelta en llamas. Yo escuchaba cuando los guerrilleros caminaban por encima de las latas de zinc que habían caído del techo por la explosión de un cilindro de gas que teníamos en la cocina.. Yo estaba en la garita principal y por ende escuchaba sus pasos.

Como el techo de la Estación se nos vino encima, literalmente fuimos sepultados vivos bajo los escombros. Yo esperaba para cuando los subversivos llegaran a buscarme entre los escombros, activar la granada m26 que tenia para inmolarme. Los otros compañeros estaban mas resguardados porque quedaron atrapados en los baños de la Estación. No se asfixiaron porque las mismas

A ti, oh Jehová, levanto mi alma misma. (Salmo 25:1)

explosiones lograron romper las tuberías del agua mitigando el incendio; y, para gloria y honra de nuestro Señor Jesucristo, a eso de las cuatro de la madrugada empezó a lloviznar. Milagrosamente me salvé de morir esa noche.

Cuando todo había pasado, ahí si recibimos el apoyo del ejército. Cuando eso, la única política de seguridad democrática, era aguantar las tomas subversivas. Fueron aproximadamente doscientos subversivos del frente cuarenta y seis de las Farc, comandados por el guerrillero Fidel. Llegué sano y salvo a mi casa y todavía la angustia estaba apoderada de Jennifer . La abracé, me arrodillé tomándole la barriguita, y lloré amargamente como queriendo pedirle perdón por lo que se enteraría poco tiempo después. Fuimos relevados de la Estación Contratación. Llegué de nuevo al comando del Departamento de Santander, donde fuimos valorados física y psicológicamente por el cuerpo médico, diagnosticándome una hipoacusia neuro sensorial. Fui afectado en mis dos oídos con la honda explosiva. Cuando me hicieron la valoración psiquiátrica, me diagnosticaron stress postraumático, porque honestamente, le confesé al psiquiatra que había tenido la intención de inmolarme. Todo esto me trajo terribles consecuencias para mi vida laboral. Yo sabia que lo que tenia era un problema sentimental y quise disfrazarlo con el trauma que me causó la toma subversiva. Le comenté al psiquiatra que había tenido la intención de inmolarme, que no podía dormir después de la toma guerrillera, pero no le dije la verdad: Que era por un problema de dos mujeres que tenia embarazadas. No le confesé que lo que me hacia sobresaltar y quitar el sueño era la realidad que tenia que enfrentar. Fui dejado en observación médica por dos meses. Me daban medicamento para dormir. Todos los compañeros creían que la toma guerrillera me había afectado psicológicamente. Yo lloraba por las promesas que le había hecho ante el altar a Jennifer. Lloraba por la palabra empeñada a la “fresita” cuando le dije que ella era el amor de mi vida, que siempre la iba a esperar, que la obsesión desde niño era tenerla, y ahora más cuando iba a tener un hijo mío.

Ya mas recuperado recibí la condecoración de la medalla al valor por los actos heroicos de agosto. Fue una alegría efímera. Sabia que todo esto se esfumaría con los problemas sentimentales por los que estaba atravesando. Jennifer se sentía feliz. Ella trataba de alegrarme la vida para hacerme olvidar todo eso que me traumatizaba. Después de aquella noche hablaba de nuestro bebé, que cual nombre le pondríamos si fuese bebida o cual si fuese varoncito, que comprarle aquello, que comprarle lo otro para cuando naciera. De todo yo me desentendía, mas cuando tomé la decisión de hablar con la “fresita”. Sabia que tenia cinco meses de embarazo y para bendición del Creador serían gemelos, ¡dos bebés!. Todo esto me parecía que era una broma que me estaba jugando la vida. Dos creaturas estaba esperando la “fresita”. En ningún momento evadí la responsabilidad económica. Mientras le contaba la verdad a la “fresita”, le dije que me mantendría al tanto de lo que ella y los bebés necesitaran. Me contó que se dio cuenta de su embarazo porque sintió los síntomas y se hizo la prueba saliendo positivo. Con escasos cinco meses le

Pero digo: Sigán andando por espíritu y no llevarán a cabo ningún deseo carnal. ( 5:16)

anunciaron que posiblemente serian gemelos. La “fresita” se sentía feliz, con ganas de reconciliarnos por este motivo, o, mejor dicho por esos dos motivos. Suficientes para que nos fuéramos a vivir juntos, así, por lo pronto no nos casáramos. Yo la escuchaba sollozando con la voz entrecortada, esperando que ella sacara las fuerzas de no se donde, cuando escuchara toda la verdad. Pero no sabia en que momento se la diría. La llamaba seis o siete veces al día esperando tener la fortaleza en mi corazón y mi alma para desmoronarle toda su ilusión. Ella me preguntaba: “¿Cuándo vas a venir? o, ¿ Cuándo voy a verte? ¿Ya estas organizando donde vamos a vivir? ¡Si no le hubiese vendido a tu amigo las cositas que habías comprado! ¿Ya pensaste en los nombres para nuestros bebés?” Me hacia casi las mismas preguntas que me hacia Jennifer. Yo amaba a la “fresita”. A Jennifer la busqué como la mujer que me haría olvidar a Diana. Pero con el tiempo llegaría a amar a Jennifer; al fin y al cabo era mi esposa legitima. (jueves 6 de noviembre de 2008)

Me escudé en el supuesto trauma que me había dejado la toma subversiva. Esto lo hacia para que Jennifer no sospechara la realidad de mi patética situación. Duré dos meses más, tirando y aflojando mis sentimientos; decidí que le ocultaría la verdad a mi esposa. De todas formas ella no tenia la culpa de mis errores. Decidí que asumiría mi responsabilidad económica con Diana y los bebitos. Había decidido seguir viviendo con Jennifer como castigo a mis arrebatos y locuras amorosas. Me condené a pagar cadena perpetua tratando de amar a una mujer que hice mi esposa en reemplazo de la “fresita”. Decidí desconsoladamente que amaría, tanto al hijo que me diera Jennifer, como a mis otros bebés, aunque fuese a la distancia. Hice un préstamo al banco a escondidas de mi esposa y le giré el dinero a Diana para los gastos de maternidad y las compras de las cositas de los niños. Primero esperé que la “fresita” comprara lo que necesitaba e invirtiera lo que a ella mejor le pareciera, el dinero que le había girado, a fin de que no me despreciara la ayuda que le quería ofrecer y no sintiera que le estaba comprando su humillación. Cuando hablábamos me decía que los gemelitos serian varones. El uno se llamaría Diego Fernando y el otro Carlos Andrés. Les había comprado

todas las cositas y su familia estaba feliz y contenta porque le estaba respondiendo como padre y que era la envidia de su hermana Dora. No me dejaba espacio para hablarle de todo lo que tenía que decirle. Con mi voz temblorosa y con un gran nudo en la garganta, le dije que tenía algo que decirle. En ese momento hubiera querido

salir corriendo a esconderme en mi locura. No recuerdo las palabras precisas que le dije a Diana para indicarle que me había casado. Para justificarme le dije que lo había tenido que hacer porque mi novia estaba embarazada y que además ella tenía familiares en la guerrilla quienes me amenazaron si no me casaba. Toda esa sarta de mentiras las pensé y las dije tratando de darme una respuesta valedera a mi mismo y de paso hacer que Diana no me odiara por el resto de su vida y llegara a creer que por la preservación de mi vida me había obligado a casarme. No sé que pasó en esos días tan amargos, tanto para Diana, su familia y para mí. Yo vivía entre la realidad y la ficción. Tenía dos vidas

Miren! Los estoy enviando como ovejas en medio de lobos; por lo tanto demuestren ser cautelosos como serpientes, y, sin embargo, inocentes como palomas. (Mateo 10:16)

**paralelas: Una con Jennifer mi esposa, quien lidiaba con mis continuos cambios bipolares. La otra la que llevaba en mi pensamiento tratando de perdonarme a mí mismo antes que Diana me perdonara.**

**Supe por boca de mi madre que habían nacido Diego Fernando y Carlos Andrés. Que Diana por obvias razones no quería saber nada de mí; que para ella, yo, ya había muerto en una toma subversiva. Que así les diría a los niños cuando preguntaran por su padre. Mi madre me hizo un retrato de mis dos bebés; uno era morenito y tenía mi rostro en miniatura y que el otro era más blanquito y tenía los ojos claros de la "fresita". Me dediqué a enterarme de Diana por intermedio de mi madre a quien le giraba el dinero de la mensualidad de los bebés. Jennifer no sospechaba nada cuando destinaba una mensualidad para mi madre. Pasaron los meses para que Jennifer me hiciera nuevamente feliz dando a luz una preciosa niña: María Fernanda. Nació tan linda como su madre. No tenía ningún rasgo masculino que me pudiera reconocer en ella, aunque Jennifer decía que tenía mis ojos y mis pestañas. Todo se movía dentro de una aparente normalidad. Fui trasladado al municipio del Páramo. Por ese tiempo ya debía haber ascendido a subintendente. Me retrasaron el ascenso por el informe médico después de la toma guerrillera, donde me declararon no apto. Como las lesiones fueron en actos meritorios de servicio, y por ello fui condecorado con la medalla al valor, elevé un pedimento al general Luis Ernesto Giliberth Vargas y a la junta de evaluación y clasificación de ascensos y me lo concedieron. Llegué a ser el comandante de la estación Páramo. No sabía mayores cosas de mis hijos y todos los planes de poderlos conocer en vacaciones terminaban siempre frustrados hasta llegar a acumular todo el tiempo que llevaba como patrullero sin salir a disfrutarlas.**

**Jennifer era una mujer hermosa. Tanto así, que yo la llamaba mi reina, porque tenía piernas de reina. Yo sabía, y, tengo que confesarlo, que busqué la felicidad del amor en la hermosura de Jennifer. Preferí ese rostro bello, al amor sincero de la "fresita". Jennifer era la clase de suerte ajena que me había llegado**

**por el azar del destino. Mi vida compartida con amores fáciles, con las prostitutas, de pronto reventó en celos enfermizos. Comencé a celar a Jennifer en cómplice con la operadora del único Telecom del pueblo rastreando todas las llamadas que hacia Jennifer. La única vez que mi esposa sospechó que la celaba, fue cuando le hice un reclamo, producto de mi imaginación. Le conté la historia tal cual me la había imaginado, al punto que todavía la tomo como una realidad. ""Estábamos a media noche ya durmiendo cuando sonó el teléfono.**

Quise levantarme a contestar; me estaba incorporando cuando Jennifer me pasó la mano por el pecho, devolviéndome, para que siguiera durmiendo. Como el aparato siguió repicando, ella misma fue a contestar la llamada. Cuando empezó a hablar noté que lo hacía con mi amigo Héctor. No le presté atención y me dirigí al baño. Cuando Jennifer hubo colgado le dije: "Mañana voy a hablar con Héctor, porque él sabe que no me gusta que llame a estas horas a mi casa y menos cuando está borracho". De veras, Héctor me incomodaba, porque en repetidas ocasiones me llamaba estando borracho diciéndome babosadas, como que yo era su mejor amigo, su hermano, su granada y se ponía a contarme sus confidencias amorosas manteniéndome despierto el resto de la madrugada.

Porque está escrito: "Tienen que ser santos, porque yo soy santo. (1 Pedro 1:16

Cuando amaneció y Jennifer se alistó para ir al supermercado, le dije:

\_\_\_¿Tengo que hablar con Héctor porque no me gustó que llamara a media noche!

Ella me dijo:

\_\_\_¿Héctor llamó anoche?

\_\_\_¿Pero si tú misma hablaste anoche con él y me dijiste que estaba todo borracho!

Ella se quedó pensativa tratando de recordar algo y me dijo:

\_\_\_¿Te juro que no recuerdo que anoche hubiese llamado Héctor!

Yo le narré la historia tal y como se las estoy contando, y quedó pasmada, con la seguridad de lo que yo le describía paso a paso. Ella dudó de sí misma, diciendo que de pronto hasta sí hubiese llamado Héctor, pero ella no recordaba nada. O, era ella, o, era yo que sufríamos de amnesia. La única forma de salir de la duda era llamando a Héctor. Tomé el teléfono y de forma capciosa, cuando me contestó le dije:

\_\_\_¿Entonces qué hermano, mucho guayabo y levantándome usted a media noche? Héctor mas despierto que yo, me dijo:

\_\_\_¿Cómo, cursito? ¿Que yo llamé anoche a tu casa borracho y que hablé con Jennifer? ¡Tú estas loco, nunca te llamé y menos estuve tomado! ¡Que te pasa cursito sigues tomando aguardiente o sueñas mucho conmigo! Y soltó una carcajada. ¡Quedé pasmado! y traté de seguirle la conversación a Héctor, mientras me preguntaba que me pudo haber pasado"".

**María Fernanda cumplía dos añitos y coincidió con la aprobación de mis vacaciones. Sabía que tenía que sacar un tiempo para viajar a Cúcuta y conocer a mis dos hijos. Pensaba reconocerlos haciéndolos registrar con mi apellido. Primero viajamos con Jennifer y María Fernanda a san Andrés Islas. Fue de gran regocijo para los dos porque se afianzó mas el lazo de nuestra relación matrimonial. En pocas palabras en San Andrés tuvimos nuestra luna de miel, que no tuvimos cuando nos casamos. Cuando Jennifer estaba mas segura de todo lo que yo sentía por ella y yo me sentía seguro de que el amor por Diana había quedado atrás, decidí viajar a Cúcuta. Como Jennifer no conocía Cúcuta, le infundí temor para que no fuera. Le dije que vivía en un barrio marginado y no quería que a María Fernanda le afectara el calor. Jennifer preparó un nuevo viaje y se fue para Contratación donde viven sus padres.**

**Viajé a Cúcuta y contaba las horas de mi viaje. ¿Cómo sería?. ¿Cómo habría cambiado todo aquello que había dejado hace ya cuatro años?. ¿Cómo sería mi encuentro con Diana?. ¿Cómo serían mis gemelos Diego Fernando y Carlos Andrés?. ¡Al fin y al cabo llegaba después de dos años y las cosas al menos se habrán apaciguado! Como tenía tan pocas cosas que hacer, me fui maquinando lo que les diría o haría a mis dos bebés. Pensé hasta en el mas mínimo detalle. Les compraría un anillo a cada uno de ellos con la inicial de su nombre para que cuando lo miraran se acordaran de mi. No había telefonado a nadie; así que ni mi madre sabía que estaba en Cúcuta. Mi madre se emocionó cuando me abrazó.**

**No aguantó las ganas de decirme lo que tenía que hacer. Sabía que la familia de Diana pegaría el grito en el cielo y hasta la misma “fresita” rechazaría mi presencia. Pero había algo mas intenso que me daba la fuerza para no renunciar, y todo ese temor que había en mi corazón, la cambiaba por la alegría de conocer a mis gemelos. Quería que comprendiera que ellos eran parte de mi vida, decirle a la “fresita” que si ella no se hubiese venido, yo estuviera con ella y mis hijos, que seríamos la familia mas feliz del mundo. No quería ser el huracán que desordenara de nuevo la vida de Diana y su familia, y aún menos**

No piensen que vine a poner paz en la tierra: no vine a poner paz, sino espada. (Mateo 10:34)

**la de mis hijos. Pensaba que como Diana y su familia eran cristianos lo tomarían como una visita de un viejo amigo, sin intenciones de ganarme el amor de mis hijos a la fuerza, porque reconocía que cobardemente los había abandonado.**

**Mi madre me dio todos los detalles acerca de donde encontraría a Diana. Ella para ese entonces, se había ido a vivir con un muchacho con quien de pequeños nos conocíamos y al que le decíamos por sobrenombre “canicas”. Era un hombre humilde, sencillo, que para serles sincero, yo que era tan celoso con Jennifer, no sentí celos con “canicas”. Era con este gesto como quererlo recompensar por llenar ese vacío de padre a mis hijos. Porque recitando mi madre el dicho que solía repetir “padre no es el que engendra, sino el que cría”, me decía que de veras el “canica” quería a Diana; y debía de ser así porque la había aceptado con dos niños y les daba de alguna forma lo que en mi ausencia no podía ofrecerles, aunque económicamente nunca les falté. Lo único que pediría es que jamás les dijeran a mis hijos que yo no existía. Por lo demás les deseaba buena suerte. Para bien o para mal, aquel hombre amante de las carreras de motos, según me habían contado, tuviera la seguridad que no venia a rogar amor. Que venia sin rencores. Reconocía que eran cosas de la vida que pasaban y a las que había que hacerles frente. Telefoneé a Dorita y le comenté que quería hablar con los niños, que no importaba si no los traía la “fresita”; le comenté mis intenciones de registrarlos y que les haría una pequeña fiesta a mis gemelos. Esperé a los niños en una fuente de soda y los vi venir con su tía Dora tomados de la mano. Mi corazón se estremeció mas y mas a medida que se iban acercando. Sentí temor, miedo, angustia, sentía que perdía el aliento viéndolos tan parecidos a mi. Sus brazos, su pelo, su cara, eran iguales. Solo tenían pequeñas diferencias el uno del otro en su textura y color de piel. Diego Fernando era un poco mas delgado que Carlos Andrés; este a su vez un poco mas blanquito que Dieguito.**

En fin, cantidades de veces se me confundían. Les dejé a su disposición el refrigerador de los helados. Diego Fernando escogió una paleta de Drácula, Carlos Andrés se empalagó con una aloha. Totalmente nervioso prácticamente no crucé palabra con Dorita. Apenas mis hijos hubieron escogido sus helados favoritos, los acomodé en una silla debajo del parasol. Con voz temblorosa le dije a Dora que me los cuidara un momentico. Pedí permiso a la señora de la heladería para utilizar el baño. Apenas estuve en privado, me boté sobre mi rostro y lloré amargamente recordando aquellas noches de insomnio que suspiré por tenerlos a mi lado. Dora notó que había llorado. Ella me contaba que Diana decía que Dieguito tenía mi boca y Carlitos mi caminar. Dora disimuladamente hablaba entre dientes, y puesta una mano en su boca me decía: “Las lágrimas te las tienes bien merecidas por perro”. Era verdad, me sentía como un perro. Me sentía como cuando un perro reconoce a sus cachorritos y los lame. Ojalá yo los hubiera lamido saboreándolos como ellos hacían con sus helados. Veía en Diego Fernando mi estampa, mi color de piel, tenía mi lunar en la mejilla izquierda y cuando Dorita le quitó la camisa para que no la chorreara de helado, entonces me pude dar cuenta que tenía la misma

Y para con ellos se cumple la profecía de Isaías, que dice; “Oyendo oirán, pero de ningún modo captarán el entendido de ello; y, mirando mirarán, pero de ningún modo verán. (Mateo 13:14)

mancha que tengo en el costado derecho. Carlos Andrés tenía mi rostro con un color de piel mas blanco, mi porte, mis gestos golosos, mis manos, mi forma de caminar; estaba en ellos dos la mescla, la fusión de dos cuerpos. Era difícil dividir ese amor. Solo había que repartirlo: Los ojos de Carlitos eran las mismas dos fresitas de Diana.

Estos son dulces recuerdos que llevo en mi corazón y mi alma. Recuerdo cada sonrisa de mis bebés. Tenían un poco mas de dos años a la par con María Fernanda. Quería hacerles fiestas y piñata; al fin y al cabo eran felices. Me contagiaron de su felicidad. Me sentía un hombre muy, pero muy feliz.

(miércoles 12 de noviembre 2008)

El tiempo que estuve con mis dos hijos pasó raudo como el viento. Al despedirlos me invadió la nostalgia. Estreché a cada uno en mi pecho y sentí el palpar de sus corazoncitos. Los besé en su boquita, sintiendo el aire caliente de su resollar.

Le escribí una nota a Diana dándole a entender mis intenciones de registrarlos y hacerles una piñata. Le pedí al favor a Dora de llevarle la carta y la abracé fuertemente dejándole húmedo su cabello con mis lágrimas. No le di mi rostro cuando se despidió; me incliné para abrazar de nuevo a mis niños que estaban inquietos enredándose entre las piernas de su tía Dora. Yo sabía que este encuentro reviviría viejas heridas . Pero no contaba que reviviera mi vieja condición de bebedor de licor. Ahí mismo, en esa fuente de soda, sin disiparse esa ilusión maravillosa de mis hijos, pedí extrañamente un aguardiente. Ese trago amargo me quemó la garganta cauterizando el dolor de tener que desprenderme de mis seres queridos, a la vez que también eché mis viejas penas de amor en el olvido. Entre las palabras que le escribí a Diana, recuerdo haberle dicho que lloré como un niño, que mis hijos eran hermosos, que por favor aceptara la invitación para registrar los niños; que si no había ningún

**inconveniente, un día, antes de mi viaje, podríamos hablara en esta misma fuente de soda.**

**Ese resto de tarde y noche, volví a ser el famoso “chirris” de algunos años atrás. Todo era nostalgia para mi, todo lo que giraba a mi alrededor tenia algo que ver con mis hijos y con la “fresita”. Todas las canciones tenían la dedicatoria del sentimiento del despecho. Diana había sido y aun era el amor de mi vida. No comprendía por qué no podía renunciar a Jennifer y a María Fernanda. No comprendía por qué no había tiempo para regresar con Diana. Lo menos era regresar con Jennifer y confesarle todo lo que pasó antes de conocerla a ella.**

**Refunfuñaba mientras me enjuagaba las lágrimas, esas mismas que hoy dejo caer sobre mi almohada tratando de escribir estas páginas. Pensaba en esa esclavitud perpetua a la que yo mismo me había condenado, porque Jennifer no me pedía nada a cambio, solo que la amara. Todo esto era para mí una cruz de amor que no me dejaba desprenderme, tanto de lo uno, como de lo otro. Todo por ser humano imperfecto y haber cometido un error. Cuando se llegó la hora de cerrar la fuente de soda, salí caminando, pensando en que todo esto a mis hijos les hubo haber parecido tan normal, en su inocencia esa reunión, que no pasó de haber disfrutado de un helado. Ellos llegarían a sus casas, y a esta hora**

Otra ilustración les propuso, diciendo: “El reino de los cielos ha llegado a ser semejante a un hombre que sembró semilla excelente en su campo. Mientras los hombres dormían, vino el enemigo de él y sobresembró mala yerba entre el trigo, y se fue. ( Mateo 13:24, 25)

**estarían durmiendo dulcemente, sin mas nada que les sobresalte en el silencio de la noche, que el latir de sus corazoncitos, sin saber ellos, que habían estado frente a frente con su padre biológico y menos reconociendo que se parecían tanto a mí. En cambio yo estaba destrozado, caminando por las calles abajo, borracho, viéndolos tan hermosos, pero tan lejos como aquella luna que contemplaba alumbrando mi camino. Esa noche llegué a casa y terminé en un mar de llanto delante de mi madre. Ella me consolaba mientras yo pensaba que si los errores de la vida se borrarán con lágrimas, quizá los míos ya hubiesen desaparecido para rehacer una nueva vida con mis hijos. Pero la conciencia me volvía a recalcar: ¿Con cuáles hijos? ¡María Fernanda también es tu hija! ¿Con cuál esposa? ¡Jennifer es tu esposa legítima, con ella te comprometiste para toda la vida!. Lo mas sensato sería dejar las cosas como hacía dos años, habían transcurrido. Mis hijos reconociendo como padre a uno que no llevaba su sangre. Yo, llevando una vida aparentemente llena de felicidad, después el viaje con Jennifer a San Andrés. La “fresita” también tenia otra persona a su lado al igual que yo, cumpliendo un compromiso. Con la diferencia que yo estaba aprendiendo a amar a Jennifer. Estaba empezando a ilusionarme con ella como mujer, como esposa, pero sin embargo no sabia como reaccionaria mi corazón cuando viera a la “fresita” y le hablara, porque en mi alma guardaba un secreto que no lo quería decir.**

**Cuando me quedé en aquel profundo sueño, sentí el aliento de mis dos gemelos. Era solo un sueño donde veía caminando junto a ellos a la “fresita” tomados de la mano. Estaba sonriente con un vestido de flores de colores estampados, su rostro lucia hermoso; era una tarde radiante y fresca. Yo los esperaba debajo de un árbol a mitad de la cuadra de la casa de sus padres. Pero entre mas se acercaba Diana,**

mas y mas tenia parecido el rostro a Jennifer. Sin embargo mis sentimientos no cambiaban; siempre esperaba a la mujer que traía a mis hijos

De pronto otra vez estaba contemplando el rostro de Diana. Le había adornado con flores hermosísimas, la mayoría de color amarillo, aquel arbusto donde la estaba esperando. De pronto se oscureció aquella tarde empezando a hacer brisa de tempestad y uno de esos remolinos de viento, arrancó las flores antes que ella las mirara. Desperté de aquel ensueño utópico.

La “fresita” aceptó que lleváramos a registrar los niños. El mensaje que me trajo su hermana Dora, era para encontrarnos en la Registraduría, pero no me dijo nada de si aceptaba hablar conmigo el último día de mi viaje. Llegué primero a la Registraduría. Tuve que esperarla largo rato, hasta que apareció mas hermosa que nunca, llevando de la mano a mis dos hijos. Llegó acompañada de su hermana Dora. Llegó con un vestido blanco ceñido al cuerpo, y largo hasta los tobillos. La brisa del viento la hacía ver como un espectro de aquellas doncellas de frágil figura. Tenia su cabello recogido. Ese día noté que aquel sueño se me hacia realidad por lo imposible de poderla alcanzar. Tuve el temor que mis impulsos me llevaran a insinuarle algo relacionado con mi amor. Dora se encargó de ser nuestra interlocutora. Tomé a mis dos gemelitos y quise disimuladamente, haber podido al menos, rozar sus delicadas manos.

Otra ilustración les propuso, diciendo: “El reino de los cielos ha llegado a ser semejante a un hombre que sembró semilla excelente en su campo. Mientras los hombres dormían, vino el enemigo de él y sobresembró mala yerba entre el trigo, y se fue. ( Mateo 13:24, 25)

En ese momento me sentía como un león al lado de una cervatilla. No podía demostrarle el hambre que le tenia (para no espantarla). Después de todo era mucho tenerla tan cerca.

Cuando terminamos con las diligencias del registro de los niños, Dora se me adelantó y me dijo que debían partir cuanto antes porque “canicas” no sabia que Diana estaba en estas. Traté de llegar a un acuerdo con “la fresita”. Yo le hablaba y no me respondía. Le dije que quería hacerles una piñata. Dorita, como si se le hubiera olvidado las instrucciones de Diana, se devolvió para decirme que si quería hacerles piñata a los niños, seria en la casa de la “fresita”; y si les iba a obsequiar algo a los niños, les hiciera llegar los regalos a la casa; por supuesto yo no estaba invitado. La “fresita” me ignoró de plano, por completo, absoluto. Ya todo lo había planeado con Dorita. Se agachó para atalajar a los niños y pasar indiferente ante mis reclamos. Tuve la intención de decirle que no soportaba su indiferencia. Al momento de salir, me ubiqué en la puerta, único acceso a la registraduría. Allí cazaría a mi cervatilla. Dejaría que pasara Dorita con mis cachorritos...¡la emboscada ideal!. Cuando interrumpí el paso par tomar a mis bebés y darles un beso en sus rosadas boquitas, dejé que primero pasara Dorita; pude hacerme frente a frente a Diana y le dije con una voz casi indecible, pero bien clara, cerca de su oído: “Aún te amo mi fresita”.

Esa noche volví y tomé. La recordaba tal y como la había visto llegar a la Registraduría. Me llegaba el aroma de su perfume y percibía el olor de su cabello como cuando pude acercarme a ella. Esa noche estaba de nuevo borracho pero con la diferencia, que esos recuerdos y esa fragancia, me tenían borracho de amor, quien sabe hasta cuando.

En esos días que estuve en Cúcuta tuve la oportunidad de visitar a la familia Castro Castro quienes aun no sabían nada de María Soledad. Me invitaron a almorzar para que les repitiera todo lo que pude hablar con María Soledad. La señora Gabriela no era la misma que había conocido. Su semblante se veía opacado por el dolor de madre. Don Cipriano se notaba decepcionado de las autoridades, quienes en estos cuatro años no habían dado con el paradero de su hija. Esta vez trabajaba yo en la Estación de policía "Páramo". Tal vez por esta razón María Soledad me perdió el rastro. Pero las preguntas eran de todos, porque María Soledad no llamaba a la casa, al menos para que dijera que estaba bien. Igual la familia y todos nosotros le perdonaríamos todo lo sucedido. Todos queríamos volver a verla.

Yo estaba casado con Jennifer; ni modo que ellos siguieran sospechando que les ocultaba alguna verdad. La señora Gabriela aun mantenía encima de la nevera el farolito colonial de barro que le regalé, y que me había robado en el hotel de Pamplona. Todo eso nos hacía recordar a María Soledad. Ya en esa casa no se escuchaba el berrinche de los niños para comprar un helado. En cuatro años, aquel niño que andaba en calzoncillos, o, cuasi desnudo, ya tenía entre diez y once años. Habían cambiado los juegos de la calle por los lápices y cuadernos de la escuela. También el luto estaba en la familia Castro Castro

Y estando él sentado en el monte de los olivos con el templo a la vista, Pedro y Santiago y Juan y Andrés empezaron a preguntarle privadamente. ( Marcos 13:3)

porque el viejo "flash" había muerto. Doña Gabriela había dejado su vieja máquina de coser. Mauricio trabajaba en una empresa de maquinaria pesada en Bucaramanga. Don Cipriano era la columna de la familia. Y como buen santandereano, de Piedecuesta, era el único que había aceptado la huida de María Soledad. La tenacidad con que enfrentaba los golpes de la vida, habían endurecido su corazón, al punto, que decía: "Que hijueputa me importa que María Soledad se haya ido. Para mí, ella ya está muerta". Pero en el fondo de su corazón no dejaba de ir a misa para implorar al Supremo Creador, su regreso a casa. Yo recordaba, que había sido en una salida de los viejos a misa, cuando me di el primer beso con María Soledad.

Un día antes de viajar para Santander, dediqué la mañana a comprar las cositas para la piñata de mis dos niños sin escatimar en gastos, comprándoles lo necesario para la fiesta. Le compré a cada uno su regalito y un anillo con sus respectivas iniciales para que me recordaran. Todo esto lo mandé a la casa de "la fresita" con una nota donde le decía que la esperaba en la fuente de soda para despedirme. Compré todo un día antes de irme, para no aguantarme las ganas de ir a la fiesta y ver a mis hijos, pero previendo de pronto inoportuna mi presencia.

En la última noche que pasé en la casa de mi madre, se llegó la madrugada sin poder conciliar mi sueño por las mil y una ilusión que me hacía con la cita que tenía con Diana. Me sentía nervioso, pero trataría de enfrentarlo. Comenzaba una y otra vez, tratando de armar mi discurso para mi amada con este soliloquio: "¿Cómo ha pasado el tiempo, verdad? ¡Supieras todo lo que he soportado todos estos años sin tenerte! ¡Y ahora que has aparecido estoy muy confundido! Sabes que ¿hay veces que temo de no poder seguir viviendo en esta vana existencia? ¿Y sabes algo más?

**¡Lo más grande que tú no podrás olvidar, es que te sigo amando. Ojalá pudiera cambiar nuestro destino y aunque estuviera lejos te seguiría amando, al igual que a mis hijos". También le diría que "me destrozaba todo esto pero quería un amor limpio. Que tenía una esposa, pero que desearía que fuese ella. Que tenía una hija que me daba la alegría de saber, qué es tener hijos".**

**Yo estaba dispuesto a escuchar sus justificaciones y aceptaría todo lo que ella me dijera. Pensaba llegado el momento, tomarle las manos y que me diera su perdón. Despedirnos como dos buenos amigos y pudiéramos recordar el pasado sin odio ni rencor; desearnos buena suerte y darnos un abrazo antes de seguir cada uno su camino.**

**La "fresita" sabía la hora en que yo la estaba esperando en la fuente de soda. Llegué con tiempo suficiente y me adelanté a decirle a la señora de la heladería que esperaba a alguien y que me sirviera por lo pronto un café. La esperé...esperé...esperé. En espejismo la veía cruzar la avenida con mis dos hijos, o la veía venir acompañada de Dora. Pensé tantas cosas allí sentado, que me estaba probando a ver cuanto mas la podía esperar. Pedí un trago de aguardiente para justificar mi estadía; me sentí humillado. Me imaginaba cómo actuaría Diana si fuese yo quien la estuviera haciendo esperar, pero terminaba**

¡Ay del mundo, debido a los tropiezos! Pues, forzosamente tienen que venir los tropiezos , pero ¡ ay del hombre por medio de quien viene el tropiezo! (Mateo 18: 7)

**siempre aceptando con resignación que todos somos humanos y algún día podemos fallar. Fue demasiado el tiempo que esperé a una persona, que se sabía, no quería llegar. Yo había cumplido, había esperado.**

**Escribí una nota por si alguien llegara y no me encontrara, como en esas cosas imposibles. La nota era para mis hijos. Allí les decía que los quería mucho, que no me fueran a olvidar, que les dejaba pagos unos helados y uno de fresita a Diana como premio por haberme dejado plantado. A ella, por capricho, le encantaban los helados con fresitas; por eso le decían cariñosamente la "fresita".**

**Esa noche viajé a Santander, dejando algo inconcluso en mi vida, sin el perdón de Diana. Yo sabía que le había causado mucho daño, pero no que durara tanto. Cuando llegué de nuevo a mi trabajo hablé por teléfono con Dorita, quien condolida, me dijo que sabía todo. Que Diana me había dejado plantado. Me contó que Diana sí había ido a la cita, que había estado todo el tiempo espiándome desde los ventanales de la Catedral; que no tuvo el valor de hablar conmigo y que tan pronto me fui de la heladería, ella fue y leyó la nota que le había escrito, lloró y me dejó el número telefónico para que la llamara. Dora me tuvo al tanto de la fiesta de los niños, que fue hermosa y que estaban felices con los regalos. Eran sentimientos encontrados; compartía la felicidad de mis niños, pero enfrentaba el vacío en mi corazón de lo que pudiera estar sintiendo todavía por mi, la "fresita".**

**Pocos días después llegó Jennifer con mi hija María Fernanda. Las dos hicieron que echara en el olvido toda eso que había vivido en Cúcuta. El número del teléfono lo guardé para cuando se aplacaran mis sentimientos hacia Diana, para llamarla y preguntarle por mis hijos. Por el momento quería disfrutar de las**

atenciones, caricias, besos y la hermosura de esas dos mujeres que eran mi familia aquí en Santander.

El tiempo pasó tranquilamente hasta que un día me llegó un poligrama de la dirección general de la Policía, donde me notificaban el retiro de la Institución por la incapacidad Psicofísica. Me dieron un dinero de indemnización y una carta de agradecimiento por los servicios prestados a la Policía nacional. Quedé desorientado cuando me llamaron a la oficina de los recursos humanos del Departamento, para que hiciera el traspaso de mando de la Estación "Páramo", entregara mi placa y mi arma de dotación. Lo único malo que había hecho para mi retiro, era haber quedado con secuelas, producto de la toma subversiva llevada a cabo en el pueblo de donde era oriunda mi esposa.

Fueron en vano mis suplicas y derechos de petición que puse al general Teodoro Ocampo para que estudiara la posibilidad de mi reintegro. Muchas cosas cambiaron de la noche a la mañana. Tenía un salario cómodo que no era fácil reemplazarlo por un salario mínimo. Además toda mi formación era netamente policial. Desde cuando dejé mis estudios lo único que había aprendido era a ser policía. La Institución nunca me preparó a hacer otra cosa que a redactar informes policiales y a aportar las pruebas para poner a disposición de la autoridad competente a los delincuentes. Toda mi vida se convirtió en un drama, teniendo en cuenta que estaba por pagar las últimas cuotas del préstamo que había sacado en el banco Popular, para costear los gastos de la maternidad de Jennifer y Diana. Lo que más me preocupaba y me hizo llorar en presencia de Jennifer, era que no sabía como sufragaría los gastos del hogar. Ella me decía que no me preocupara que los tres saldríamos adelante; pero lo que no sabía era que también me refería a mis dos hijos en Cúcuta.

Con mi orgullo a mis pies, acepté un trabajo como vigilante, mientras me llegaba el dinero de la liquidación y la indemnización por las lesiones sufridas en mi humanidad, y por las que me habían declarado no apto para seguir la carrera policial. El caos se había apoderado de mi vida. Todo lo malo que había hecho en el pasado se me estaba revirtiendo. No encontraba salida a los problemas económicos, laborales, sentimentales, por los que estaba atravesando. Todo en el trabajo de vigilante no era color de rosa. Pues ya llevaba tres meses sin recibir sueldo y otro compañero vigilante me dijo que no me preocupara porque casi siempre era así y que a veces se tenía que empeñar el revolver. Cuando estuve bien económicamente y, aparentemente tenía todo, pensaba que era feliz. Pero en estos momentos, mi vida más que nunca, pendía de un hilo, o, de un lazo para colgarme. Reflexioné que de pronto si llegué a tenerlo todo. Pero no tuve lo más importante, a Dios. Siempre había rechazado cuando me querían hablar de las cosas de Dios. Siempre ponía una barrera para evitar que me vinieran a Salmodiar y a decirme que Dios podía cambiar mi vida. Pero cuando venían a hablarme de estas buenas nuevas, llegaban en un momento donde yo no creía que necesitara un cambio de vida, porque sentía que aunque no fuera perfecta, era mejor que la de muchos. Fue entonces que por gajes del oficio conocí a una persona a quien le acepté que me hablara de las cosas de Dios. Dios era el único que me podía ayudar con todos esos problemas que tenía. Solo era dejarme llevar por los líderes de la Iglesia cristiana. Empecé a asistir a las

reuniones de varones los jueves. Estaba gustoso que de pronto todos mis problemas desaparecieran porque estaba en los caminos de Dios. Pero lo que no me dijeron los líderes cristianos, es que en los caminos de Dios, uno como caminante tiene tropiezos, aporreadas, desmayos, en fin; yo le confesé al pastor todos mis asuntos personales. Él me aconsejaba que leyera determinado pasaje de la Biblia. Yo me leí la Biblia completa

tratando de hacer mejor las cosas todavía. Le comenté al pastor mis problemas, y mis sentimientos referentes a mi vida paralela con mis otros hijos y el amor que todavía sentía por la "fresita". Pero igual como esposo, sentía que debía corresponderle a Jennifer. La solución que me dio el pastor, consistía en hacer ayuno para someter la carne a que desapareciera todo eso que no quería que siguiera en mi vida. Accedí a ir unas cuantas veces a culto; y unas cuantas mas accedí a que el pastor me hiciera imposición de manos para exorcizarme de todo lo malo que pasaba por mi mente, pero no sentía que mi vida estuviera cambiando por el hecho de ser cristiano. Jennifer aceptaba pero no compartía mis nuevas creencias, porque era católica, apostólica y romana. La verdad era que yo estaba buscando a Dios para que solucionara todos mis problemas económicos, para que me ayudara a mantener mi matrimonio después que decidiera contarle toda la verdad a Jennifer; después de todo, un cristiano, debe decir toda la verdad.

Una noche llegué del trabajo y estuve buscando unos recibos del préstamo del banco y me encontré una carta que estaba bien refundida entre los papeles que buscaba. Había una esquila con dos notas en un sobre abierto. Se me heló la carne, las orejas se me pusieron ardientes, la cabeza parecía estallarme; y, aún mas, cuando leí una de las notas que me hizo estremecer el corazón de celos. La nota decía así: "Amorcito fresca, todo lo que tengas planeado hazlo". Mis celos estallaron porque tenia nombre propio de quien firmaba la carta, Wilson M. ¿Quién era ese cabrón que le escribía a mi esposa? ¿Qué planes tenía Jennifer? ¡Todo esto con el agravante, que a quién yo le hacía reclamos, si Jennifer estaba en el pueblo con sus padres! Esa noche salí a emborracharme en un prostíbulo. Me olvidé que era cristiano, me olvidé que ese día había ayunado, me olvidé de todas las promesas que le hice a Dios, empezando con nunca mas volver a pisar un prostíbulo. Todo esto me parecía minúsculo en comparación con lo que hubiera sucedido si Jennifer hubiese estado presente. Después de todo le di gracias a Dios por haber intervenido para que Jennifer no estuviera presente en ese momento. Le conté al pastor todo lo que me había sucedido. Lo mejor que me pudo aconsejar fue, que le contara toda la verdad a Jennifer, acerca de mis hijos en Cúcuta. Jennifer estaba en Contratación. Hasta allí me fui cubierto con la poderosa esperanza que todo el problema se solucionaría. Hablando, yo tendría toda la fortaleza y dominio propio para contarle el asunto de la carta y me diera las explicaciones. A su vez le contaría toda la verdad acerca de mis hijos con Diana. Cuando la tuve frente a frente le conté el asunto de la carta. ¿Saben que me contestó?

— "¿Bueno Fercho, si ya sabes, entonces a qué viniste? ¡Porque yo no quiero seguir viviendo contigo! ¿Sabes? ¡Ya no te quiero! Eres un buen hombre, de pronto consigas una buena mujer; ¡vete para Cúcuta y déjame que yo tengo otra persona, una persona que conozco mucho tiempo antes que a ti!

Todas estas palabras penetraron profundamente en mi corazón, produciéndome lacerante herida difícil de sanar. Dios debió estar conmigo en ese momento. Yo escuchaba atónito todo lo que con gran madurez y seguridad me decía Jennifer. La deje que hablara y se desahogara con todo lo que decía. De pronto estaba siendo sincera. Con voz entrecortada le dije:

\_\_Reina, yo también tengo algo que contarte y lo hago porque te amo aun más que cuando nos casamos. Y le conté todo acerca de la “fresita” y mis dos hijos.

Pensé que Jennifer iba a poner algo de su parte para que se arreglara nuestro matrimonio. Era el preciso momento en que yo pensaba que Dios arreglaría mis problemas sentimentales. Le había contado toda la verdad a Jennifer, me había desahogado de todos esos años de sufrimiento y mortificaciones. Estaba con actitud receptiva a perdonar a mi esposa por su infidelidad. ¡Esto era en extremo , conociendo los celos que me poseían!. De todas maneras teníamos a María Fernanda nuestra hija, que sería la fortaleza para seguir adelante sin mirar cada uno nuestro pasado. Nuestros problemas económicos disminuirían cuando me entregaran el dinero de la indemnización. Todo estaba dado para que saliéramos y tomáramos la flota e irnos para nuestra casa. Pero todo esto debía esperar un poco. Jennifer tomándose el rostro en señal de vergüenza, me dijo:

\_\_Fercho, tú eres un buen hombre, un excelente papá, y a pesar de todo lo que me has confesado eres un buen esposo. La verdad es que cuando llegaste a mi vida, yo estaba atravesando por una situación difícil. Todos estos años temí que de pronto conocieras la verdad de que María Fernanda, no es tu hija.

El mundo me daba vueltas, sentía náuseas, el corazón debió hacer un esfuerzo para no dejar de latir. Las palabras que son eterna herencia de la humanidad, me hacen falta para describir todo lo que sentí en ese momento, he sentido y sentiré por siempre. Mis piernas flaqueaban, parecía que iba a perder el aliento. Jennifer me contó que la persona que le había escrito la carta, era el verdadero padre de la niña, que había sido burlada cuando quedó embarazada y fue cuando aparecí como única salvación. Sin saberlo, yo caí en la vieja trampa de dejarme llevar por el espejismo de la belleza física. Todo era confusión para mi, a pesar de que estaba empezando a amar a Jennifer como esposa, y guardaba mis mejores deseos para ella. Pensé en matarla, llevaba mi revolver en la cintura. Cualquier cantidad de pensamientos llegaban a mi mente. Yo pasé de engañar, a ser engañado. Todo el tiempo que había vivido con Jennifer me había sentido culpable de esconder una verdad; y lo mas cruel era que en todo ese tiempo, fueron los días, los meses y los años, donde la aprendí a amar. Fueron los momentos que viví con ella los que me hicieron olvidar del amor platónico que sentía por la “fresita”. ¿Yo, engañado tantos años dándole amor a una niña que no era mía y sí tratando de brindarles amor a escondidas a los gemelos? ¿Dónde estaba ese Dios que solucionaría mis problemas? ¿Dónde estaban todas esas promesas que los que buscan a Dios dicen que todas las cosas le ayudan a bien? Eran las preguntas que me hacía.

El papá de María Fernanda era un ex compañero a quien irónicamente yo había reemplazado en la estación de policía de Contratación, y, sin saberlo, también lo había reemplazado como padre de María Fernanda. A este policía

nunca lo conocí personalmente. Era casado. Por tal motivo cuando dejó embarazada a Jennifer prefirió a su esposa. Ahora se había divorciado porque precisamente su esposa nunca le dio hijos. Todos estos detalles me los contó un ex compañero de trabajo que encontré en la cantina de doña Ernestina.

Jennifer y Wilson tenían planes de irse a vivir a Bogotá, donde él ahora trabajaba como policía. Él tenía todas las ventajas sobre Jennifer porque era el verdadero padre de mi hija. Jennifer se había ido a vivir conmigo por conveniencia y yo no tenía el trabajo, ni el mismo sueldo, cuando lo dos nos comprometimos como pareja. El poco dinero que tenía lo dejé en una cantina y en el hospedaje de una residencia. Llegaba al hotel y me encerraba en una habitación a llorar amargamente. Buscaba a Dios y no lo encontraba; buscaba una solución y no la conseguía.

¿Qué quería Dios de mí? Ayunos se los daría, y estaban adelantados porque llevaba dos días sin comer. Tengo vagos recuerdos de haber llegado borracho y empuñar mi arma para ir a matar a Jennifer y después suicidarme. De repente me llegaba una calma pasajera y una voz que me decía que solo pusiera mi esperanza en Dios para que todo siguiera igual o mejor que antes, teniendo en cuenta que nuestra relación mejoraría, sabiendo ya los dos, la verdad.

Yo miraba la fotografía de mi esposa y mi supuesta hija legítima; y por el amor a María Fernanda, volvía a enfundar el arma. Leía la Biblia al azar esperando que Dios me diera una respuesta. De acuerdo a ello, estaría dispuesto a hacerlo con tal de saber que era de parte de la palabra de Dios. Abrí la Biblia en el libro de Ester capítulo uno versículo diez que dice: "Al séptimo día, cuando el corazón del rey estaba de humor alegre por el vino, mandó a Mehumán, Biztá, Harboná, Bigtá y Abagtá, Zetár y Carcás, los siete oficiales de la corte que ministraban a la persona del rey Azuero, que trajesen a la reina Vasti la reina, a la presencia del rey con la corona regia para mostrar a los pueblos y a los príncipes, su belleza; porque era de hermosa apariencia..." Leí todo el libro. Quedé pasmado con lo que me decían las Escrituras, que hasta se me quitó la borrachera. Todo lo tergiversé y lo quería aplicar en mi vida. Parecía que todo estaba encaminado a que tenía que hacer realidad lo que me decía la Palabra de Dios. Busqué los siete príncipes que debían hablar con la reina: Sí, reina como yo la llamaba. Todas estas aterradoras coincidencias me hacían un obsesionado por lo que leía en La Biblia. Pero nada de lo que leía y hacía, lograba calmar el dolor de perder a Jennifer, de perder una familia, cuando llegué a tener dos. Estaba en un laberinto sin salida, porque si hubiese dejado a Jennifer ¿qué le iba a decir a la "fresita"? ¡Que había llegado yo y que se fuera a vivir conmigo ahora que no tenía trabajo y que mi esposa me había dejado, que María Fernanda no era mi hija, y que ahora que era un fracasado iba en busca de ella!! Además yo estaba esperando otra mujer cuyo nombre tuviera cinco letras, que fuera virgen y huérfana de padre y madre. ¡Eso era lo que me decía la Palabra de Dios!...¡En fin estaba loco!. Todas estas coincidencias de todas formas no me alejaban de la realidad. Lo cierto es que estaba poseído por los celos y deseos de venganza. Yo no quería otra mujer de cinco letras así fuera virgen. Yo quería era a Jennifer y recuperar todo lo que había perdido. ¡Pero había algo dentro de mí, que me decía que no era un juego!. ¡Que tenía que cumplir con la Palabra de Dios! Oía una voz que me decía que todo se tenía que cumplir. Un día, queriendo acabar con todo

este tormento espiritual que tenía, decidí rasgar y botar a la canasta de la basura, La Biblia.

Verdaderamente todo esto me estaba volviendo loco. Arrepentido por haber tirado La Biblia, lloré amargamente, pidiéndole a Dios, una solución para todo lo que estaba sintiendo. ¿Qué debía hacer con Jennifer? Pero por encima de todo quería que Dios arreglara mi matrimonio. Que si tenía un propósito para mi vida, estaría en condiciones de aceptarlo con la condición de que hiciera regresar a mi lado a Jennifer. La “fresita” quedó relegada a un segundo plano. Tomé conciencia que todos esos años de mi amor por ella fue un capricho. Ahora solo me interesaba Jennifer. Decía: “Señor dime que debo hacer”. Empecé a ayunar, esperando alguna respuesta, pero todo seguía igual. Jennifer no accedió a irse conmigo aunque fuese por piedad. Es más, estaba dispuesto que si no nos lográbamos entender por los problemas o verdades ya conocidas, yo mismo la dejaría. Pero no quería que ella me dejara. ¡Verme tan burlado tantos años, no era justo!. Una tarde le hice una promesa a Dios. Le dije que para gloria y honra suya, yo subiría de rodillas por el camino del cerro de la Virgen, con tal que recuperara mi matrimonio. Dejaría todas las estupideces del amor platónico por la “fresita”. Esa tarde de la penitencia llovió a torrentes, el cielo parecía interferir en mi promesa, pero era mi palabra y debía cumplirla. Tenía que pagarle a Dios el favor que me iba a hacer para recuperar el amor de Jennifer. Terminé mi promesa como a las nueve de la noche. Bajé con las piernas y las rodillas adoloridas pero con el orgullo de haber cumplido mi palabra. Ahora le tocaba a Dios cumplir su parte para que ella regresara a mi lado. Se daría cuenta que yo era un buen hombre, un buen esposo y un excelente padre; ella misma me lo había dicho. Por lo tanto yo no merecía lo que me había hecho. Esa noche me acosté muy tranquilo, sereno, pensando qué podía pasar, si yo había cumplido. Confiaba que mañana sería el gran día donde vería sonreír a mi reina de las piernas lindas. Escuchaba a mi hija diciéndome: “¡Papi, papi, te quiero mucho!” Toda esa tempestad terminaría muy de madrugada cuando escampara allá afuera. Al otro día inventé una excusa para hablar con Jennifer. Le dije a la suegra que quería despedirme de María Fernanda. Apenas tuve la oportunidad, miré a Jennifer, que trataba de esconderse de mí. Muy tranquilo le dije: ¡Reina cómo has estado! No me contestó nada. Le debió impresionar mi seguridad de no botármele de rodillas e implorarle que se fuera conmigo. Le dije:

—¿Qué has pensado? Me respondió

—Fercho, ¡No tienes nada que hacer aquí! ¡Por favor vete. No se para donde, pero vete, vete para Cúcuta y por favor trata de rehacer tu vida. De pronto regreses con la mamá de tus hijos!

Sentí que el corazón se me desmigajó. Toda mi fortaleza y confianza quedaron bajo mis pies. La miré al rostro esperando que se retractara de lo que me había dicho. Por la excusa que iba, aun estaba durmiendo. Pude aprovechar para salir de aquella maldita casa encantada que solo me traía desgracias.

Llegué a la habitación del hospedaje y le dije con rabia, rencor y celos al Señor, que le buscara una salida a esta situación de dolor, humillación y deseos de venganza que tenía. Que si Él siendo Dios no era capaz de solucionar mi

problema, yo tampoco obedecería el propósito que Él llegara a tener para mi vida. Que si Él no le daba una solución, yo, a mi manera, la daría. Pero que de todas maneras quería que esta situación cambiara, para bien, o, para mal, pero que cambiara. Que no quería seguir llorando, ya no quería mas autocompasión. Que si Jennifer era mi piedra de tropiezo que la apartara de mi vida, que no quería seguir sufriendo otra vez por culpa de una mujer, que ya había sufrido por una y que ahora se repetiría la historia. Ese síntoma de amor no lo quería seguir padeciendo. Le di un plazo al Señor, para que me solucionara el problema, o, del viernes a sábado yo buscaba la solución. Se llegó el viernes y Jennifer volvía a repetir las mismas palabras: "Que por qué no me iba". Acepté con resignación que Dios no quería, o no podía solucionar mi problema. Comprendí que esto era cuestión de hombres; que Él no tenía nada que ver; que Él ya me había hablado en su Palabra.

Pedí prestada una Biblia a la señora del hotel, me arrodillé y le dije al Señor que aceptaría lo que él me dijera nuevamente en su palabra escrita. Abrí la Biblia en Éxodo capítulo dos versículos once y doce. Leí paranoicamente estos dos versículos y empecé a planear la muerte de Jennifer. De todas formas era la palabra de Dios. Lloré, pero era mi palabra empeñada y debía cumplirla. De alguna forma la frialdad se apoderó de mí. Me sentía seguro; simplemente iba a obedecer a Dios. Empecé a planear el homicidio de Jennifer y posteriormente el suicidio. Pedí a Dios que me diera la oportunidad de agregar como una especie de chance para poder cumplir mi palabra. Serenamente le dije: "Señor, el revolver tiene seis balas. Le voy a sacar tres. Las tres restantes las utilizaré para la muerte de los dos"

Fui por última vez a la casa de Jennifer; estuve con mi hija un momento. La abracé y la besé; con los ojos enrojecidos le dije que la amaba. Le dije a mi suegra que ahora en verdad viajaría para mi casa, que ya hacia ocho días había dejado el trabajo botado, pero que no importaba, porque de pronto me iría muy lejos. Jennifer tan pronto como escuchó esto, salió decidida a hablar conmigo. Le dije: \_\_¿Reina, tú sabes que te amo, me voy pero quiero decirte algo muy en privado. Algo que no se si pienses que estoy loco, pero quiero que me ayudes a hacerlo realidad como último deseo!. Ella me escuchaba atentamente. Nervioso como un adolescente indecente le dije:

\_\_Reina, yo se que es la última vez que nos vamos a ver.\_\_ Tartamudeando la abracé y le dije:

\_\_Reina, por favor, quiero hacer el amor por última vez contigo.\_\_ Ella trató de corroborar la propuesta indecente con un:

\_\_ ¿Cómo, Fercho?\_\_ Le dije:

\_\_Si reina, pues estuve pensando y se que nos tenemos que separar por toda la vida y creo que aún somos esposos. Por eso te pido que al menos estemos juntos por última vez. Ella sonrió y me dijo:

\_\_Solo a ti se te ocurren unas cosas, Fercho. ¿No ves que ahí está mi madre? ¿Qué va a pensar?

\_\_¿Nos vemos en el hotel donde me hospedo!\_\_ Jennifer no pudo disimular su asombro y con una frase que utilizaba íntimamente me dijo:

\_\_¿Es que estás mejor dicho!

Yo tenía el arma lista por si acaso no salían las cosas como lo había planeado. Llegamos a un acuerdo con Jennifer, que nos veíamos en una hora en el hotel. Cuando salí de la casa, abracé a María Fernanda y le di una vuelta en mis brazos, al mismo tiempo que le recomendaba a su abuelita que me la cuidara mucho. La señora me correspondió con una sonrisa.

Desde el momento que salí del hotel a la casa de Jennifer, el arma ya estaba preparada y jugada a la ruleta rusa con las tres balas. Cuando regresé al hotel, acomodé mi equipaje y solo dejé por fuera una muda de ropa y mi colonia Carolina Herrera. Todo esto lo hice para que Jennifer no notara nada extraño. Acostumbraba a usar mi fragancia favorita en ocasiones especiales. Mi esposa sabía que soy amante de las exquisitas fragancias y los olores de los pebeteros. Me duché esperando su llegada. Sería nuestro último encuentro, nuestro último sueño y quería estar preparado para ello. Me olvidé del mundo y de las consecuencias psicópatas porque creía que estaba cumpliéndole mi palabra a Dios. Me vestí con la mejor muda de ropa que tenía en mi equipaje. Cuando llegó Jennifer, tenía puesta una camisa de seda color celeste, un pantalón de lino que combinaba con los zapatos color café. Ella vestía cómodamente con vestido estampado de flores de colores; su rostro lucía hermoso. El arma estaba a un costado de la mano derecha de mi almohada. Nada haría sospechar a mi esposa si de pronto la veía porque estaba acostumbrada a verla en ese lugar.. La habitación estaba impregnada de colonia. En pocos instantes mi fragancia opacó el perfume de Jennifer. Midiendo las palabras en medio de susurros, llevados por la pasión, más, que por la razón, empezamos a desnudarnos mutuamente. Quería aprovechar al máximo ese momento; creo que Jennifer pensaba lo mismo. Nuestros pensamientos estaban alejados de todas las preocupaciones que nos habían llevado al máximo instante íntimo por última vez. Solo mi pensamiento era interrumpido por voces indecibles que me recordaba lo que debía hacer. La fragancia que expelían nuestros contornados cuerpos quemaba el alma. Era ironía del destino que cuando nos estábamos deseando mas, debíamos separarnos para siempre. A pesar de nuestro desenfreno, permaneció la habitación impecable como para una revista militar. Las prendas de vestir, una a una, las fui doblando y buscando el sitio perfecto para dejarlas. Era mi forma de ser, siempre ordenado. No quise que Jennifer extrañara nada en ese momento. Me gustaba saber donde colocaba las prendas para alcanzarlas, aún con los ojos cerrados y permitir que Jennifer reemplazara su vestido de flores, por mi camisa celeste. Cada segundo nos sumergíamos en lo mas profundo del placer. Llegó el momento que por mas que hubiéramos querido prolongar el destino, nuestro éxtasis llegó al final. Quedé exhausto, casi muerto de placer con la mujer por la que estaba dispuesto a entregar mi vida. Como era mi costumbre le puse su ropa interior; tomé mi camisa y se la apunté como lo hacia con los vestidos de María Fernanda. En ese momento quería adornarla, quererla toda. Jennifer se quedó en cuclillas en la cama, mientras yo, a un costado a la derecha, la contemplaba recogiendo el cabello. Permanecimos callados aun con nuestra respiración agitada. Me arrastré un poco hasta llegar a ella abrazándola por la cintura como era mi costumbre. La hice que se sentara encima de mi vientre para quedar cara a cara, los dos, en la misma posición. Esperaba

que algo positivo en ella sucediera, para que diera un giro nuestro destino. Empecé a susurrarle palabras que eran muy comunes en nuestra intimidad, para expresarle mi idilio. No tardó en reiterarme que esto había sido una complacencia para mis sueños, pero que me deseaba lo mejor con un nuevo amor. Cuando ella quiso desapearse para tomar su ropa, la abracé fuertemente y le dije:—

—¡Reina, sabes que yo te amo, que no quiero tener otra mujer sino a ti!

Mientras le decía estas palabras, mi mano derecha se iba extendiendo, mas y mas, a la solución a mi manera. Mantenía los ojos cerrados; un calor sofocante irradiaba de nuestros cuerpos. Yo acariciaba con mi mano izquierda su cabellera que le había desenvuelto con mis caricias. Con mi mano derecha reconocí la forma del revolver, repitiéndole que la amaba y que deseaba que solo fuera mía. Todo lo pensaba con rabia, con celos, pero lo dije tan dulce que ella me hizo una pregunta que no alcancé a responder:

—¡Fercho! ¿Y si no soy mas tuya, entonces qué?

La tomé con mis dos brazos y por entre su cabellera ensortijada en mis dedos, metí el revolver y sonó el disparo. Ella se desmayó en mi hombro. Sentí un sepulcral silencio. En cuestión de segundos brotaba un hilito de sangre por sus espaldas. Decididamente me llevé el revolver de una forma fría hacia mi cabeza. El cañón estaba caliente y humeante. Me imaginé la escena de nuestros cuerpos semi separados, pero unidos por la muerte. Obturé el disparador y escuché el estruendo de la muerte. Sentí el temor de dejar este mundo. Estaban sobre mí, dos o tres personas, que sujetaban sus manos y sus rostros como si fuesen veinte. Tomaron el arma y sacaron a Jennifer de la habitación. ¡Yo estaba muerto!, era lo que podía sentir. ¡Había obturado el arma, de eso estaba seguro!. Entonces, ¿por qué escuchaba y veía tantas personas?. ¿Sería el otro mundo como este? ¡Me preguntaba! El tiempo sí no era el mismo de siempre, porque todo pasó en milésimas de segundos. Aunque no perdí la conciencia, sí perdí sucesos de ese horrendo crimen. Me cuentan que apenas escucharon el disparo, entraron en la habitación, me vieron con el revolver en la mano y como medio muerto. El cartucho que obturé, era el último que quedaba para ser disparado. Esa era la suerte que yo había echado. Le había dicho a Dios que si obturaba el gatillo y sonaba tiro seco, nos salvaríamos los dos. Así que cuando obturé el disparador por segunda vez, para suicidarme, el tiro salió seco. Pero el miedo a la muerte y la misericordia de Dios, sí penetraron en mi mente. El destino se encargó de enfrentarme con la cruda realidad. Estaba en un calabozo. No había planeado pasar el resto de mi vida en la cárcel. Había puesto mi confianza en que la muerte me ayudaría a estar con Jennifer. Mis temores se habían hecho realidad porque como policía, había preferido un cementerio y no una cárcel.

Permanecí en aquel calabozo solitario, pensando en todo lo que había salido mal. No había planeado seguir viviendo. No había mezquinado en cumplir la palabra de Dios. ¿En qué había fallado para tener que ver que toda la calamidad pasase oronda ante mis ojos? Estos ojos que estaban cansados de llorar de día y de noche, pidiéndole una explicación a Dios. Los episodios de la muerte de Jennifer atormentaban mi alma. Gemía de dolor, de pensar en todo el mal y dolor que había causado a una mujer inocente. Había dejado a mi hija huérfana. Había

tratado de buscar una solución a mi matrimonio y había terminado empeorando las cosas. Ahora tenía que enfrentar una condena. Lo tomaba como un castigo de Dios por no esperar que él hubiera solucionado mi problema con mi esposa, a su manera y no a la mía. Mandé traer con el policía que me custodiaba, La Biblia que le había pedido prestada a la señora del hotel una noche antes del homicidio. La mandé traer para leer lo que me diría Dios sobre todo lo que me estaba pasando. Abrí la Biblia como aquel niño que desenvuelve un regalo para abrirlo con avidez. Me boté de rodillas, y, rostro en tierra le pedí a Dios que me hablara nuevamente a través de su Palabra. Estaba dispuesto a seguir cumpliendo lo que él dijera, aunque humanamente no le encontrara una explicación. Abrí la Biblia al azar en el Salmo 22 que dice: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?" Lloré amargamente con el corazón en la mano leyendo todo el Salmo. Era exactamente como me sentía en ese momento de angustia. Me sentía el hombre más despreciable del mundo. Solo Dios me podía ayudar a salir de ese foso oscuro, que significaba para mí la cárcel. Era el infierno terrenal que tenía que enfrentar por mis pecados. Me llevaron a la fiscalía algunos de mis ex compañeros quienes me veían y sentían lástima como a aquel novillo que se lleva al matadero. Me condenaron a treinta y seis años de prisión. En cinco meses había cambiado totalmente mi vida; después de ser un policía, ahora no era más que un criminal.

Llegaban a mi mente como fogonazos, los recuerdos de aquel episodio donde tuve la sangre fría para hacer lo que hice. Llegaban también a mi mente los rostros intactos de mis mellizos y de María Fernanda. Sabía que pronto saldría de la cárcel aunque me tocara que dejar mi cuerpo colgado en una sábana. Más sin embargo tenía que enfrentar aquel temor. Cuando ingresé a la cárcel de Berlín, sentí que me tragaba el mismo infierno. Sentía que nada tenía que perder sino la vida, y era lo menos que quería vivir. Estaba dispuesto a seguir aguantando hasta donde tuviera fuerzas. Cuando ingresé a la tercera o cuarta reja, para llegar al denominado patio, fui recibido por un personaje de una especie en vía de extinción; un espécimen rarísimo, donde uno avala por creíble la teoría de que el hombre es producto de la evolución. Era un hombre pequeño con rasgos de chimpancé, pelo indio, piel curtida, ojos vivaces como de serpiente, rostro terrorífico como de esos que yo había visto muy común entre los indigentes, cojo. Ese día estaba sin camisa y su cuerpo trillado por sendas puñaladas y su apodo era "chejito". Era el lustrabotas, lleva trece entradas a la cárcel; ha pasado veintidós años en la prisión de los cuarenta años de edad que tiene. "Chejo" me recibió en la cárcel. Digo me recibió, porque la guardia acostumbra cuando llega alguien nuevo, a mandarlo con un preso antiguo para

que lo ponga al tanto de cómo son las "vueltas" en la "cana" (expresión de "chejo"). Todo el mundo le decía "chejo"; pero como a mí no se me había caído el polvo de la "lleca", (expresión de calle), él me hacía que le dijera don Roberto Rueda. Una conversación con chejo era difícil para mí interpretarla; casi siempre le pedía el favor que me explicara lo que me quería decir, porque es una persona demasiado franco y directo, con un lenguaje tosco, grosero a veces. El primer comentario que me hizo, fue: El maldito colilargo (haciendo referencia a Satanás) se metió para que usted matara a su esposa. ¡Bien hecho chino! ¡A esas bandidas hay que cobrárselas cuando se las cometen a uno!. Relajado mijo, que usted paga esa vieja sin mente.

Yo cuando salga voy a ahorcar a la perra de mi esposa. Hace como tres años me cogió la curva, me dejó embalado, pero cuando salga le voy a quitar el hipo, le voy es a dar piso. Ya tengo listo el lazo para colgarla de la viga de la casa". Enseguida me mostró un lazo que de veras tenía guardado en un cajón. Poco a poco le fui cogiendo confianza a aquel personaje. Me estuvo enseñando el diario vivir dentro de la cana. Cuando Roberto se trababa, se ponía a contar anécdotas de su vida delincencial. A veces sin quererlo dejaba escapar episodios de su vida personal. Tuvo una infancia traumática. Desde pequeño le había tocado ganarse la vida. Cuenta que a la edad de siete años, trabajaba en la plaza de mercado. A veces llegaba a cumplir con los oficios con física hambre. Cuando pasaba por el frente de las cocinas de la plaza, su estómago le rugía deseando saciarse con toda la comida que veía. Su oficio era robarse los plátanos, papas, yuca, o lo que pudiera clavar en la punta de una vara que cargaba. Él llevaba el sustento para su padres y hermanitos. Así que, como tránsito obligado, varias veces pasaba frente a aquellos calderos y ollas repletas de comida. Cuando no podía robarse algo de las ollas, procedía a pedirles a los comensales para satisfacer su hambre. En un llegado momento se hizo amiguito de una pareja de ancianos; estos, alguna que otra vez le dieron de comer y le largaban una que otra moneda. Un día, Roberto llegó, y estaban los dos abuelitos contando dinero. Desde ese día, chejo se propuso a no pedirles mas sobras de los platos. Esta vez les diría que lo enseñaran a conseguir dinero.

La pareja de abuelitos aceptaron la propuesta de la indefensa criatura que bien podría ser su nieto. Quedaron de esperarlo un domingo a las cuatro de la madrugada. Roberto estaba ilusionado con su nuevo trabajo. Conseguiría dinero mas bien, para comprar lo que se robaba. La noche se le hizo eterna esperando que amaneciera para comenzar su nueva labor. Él no sabia qué tenia que hacer, pero de todas formas iba a obtener dinero. Su madre le preparó agua hervida con dulce que parecía ser agua de panela y un pedazo de pan despachándolo como era su costumbre. Roberto le dijo a su madre:

—¡Mamita! ¡Desde hoy en adelante, voy a ganar mucho dinero!

Nada abría sido distinto a otras mañanas excepto con las palabras que él se despidió. Esta vez chejito no estaría robándose los plátanos ni las papas a los descuidados vendedores. Esta vez estaba Roberto en una plaza de mercado en un pueblo desconocido, metiéndole la mano al bolsillo a quienes los abuelitos le dijeran. Cuenta chejo, que fueron intentos tras intentos, hasta que llegó a la perfección. Se convirtió en un orgulloso cosquillero. Los abuelos fueron transmitiéndole toda la sabiduría de las artes de las manos de mantequilla.

Cuenta que en sus primeros intentos, sus maestros dejaban rodar una pequeña lágrima por sus grandes logros.

Roberto era un personaje extraño. Al entrar uno a inter actuar, tratando de comprender su vida, era todo un misterio. Su celda estaba totalmente empapelada de hojas de revistas pornográficas. A cada mujer le tenia clavado un alfiler en la vagina. Cuando no tenia como trabarse, o se ponía difícil para el ingreso de la "mula", como ellos llaman a la mujer que se introduce un cuarto de libra de marihuana en la vagina, entonces agarraba a chancletazos, o a correa, un diablo que tenía dibujado en la pared, lanzando a los cuatro vientos cualquier

cantidad de groserías. Este ritual lo hacen todos aquellos que quieren que el Diablo les cumpla un deseo. Es difícil para una persona, ver y oír, por primera vez, como le hablan a un dibujo del Demonio. Chejo decía:

—¡Maldito demonio! ¡deja que entren las florecitas aquellas, que tengo ganas de trabarme!

Queda uno anonadado ver como venden los útiles de aseo, ropa, zapatos, e incluso llegan a vender hasta su propia madre, ofreciéndosela al “jíbaro” para que se acueste con ella a cambio de unas “bichas”. Ver como introducen chuzos envueltos en plástico, como son golpeados, violados, vituperados, degradados en su condición humana, los que llegan por violación. Cuando uno entra a la cárcel, ya los internos saben mas de la cuenta. Cuando entra un violador, se le obliga a desnudarse; y, de acuerdo al tamaño de su pene, se le introduce un palo de escoba, o el cuello de una botella por el ano. Se le pone a desfilarse en ropa interior femenina maquillándolos para la ocasión.

Los primeros meses fueron traumáticos para mi vida. Había cambiado las comodidades de un hogar, por una triste y deprimente celda con las medidas de una baño. Mientras uno se va acomodando, sufre las necesidades de poderse adaptar a las circunstancias. Como había sido policía, en un principio recibí los insultos de alguno que otro, que quería desquitarse conmigo lo que otros le hicieron. En la cárcel de Berlín sufríamos el desabastecimiento de agua. Solo cuando se vive en estas condiciones, se le puede dar gracias a Dios por lo que tuvimos en libertad. A los pocos meses descontaba como profesor. Empecé alfabetizando a ancianos y jóvenes que nunca tuvieron una oportunidad en la calle. Nunca me había parado al frente de un grupo de personas, donde yo pudiera enseñarles algo. Me compenetraba en cada una de sus necesidades, en cada una de sus anécdotas, de cómo cada uno de ellos había parado en la “cana”.

Conocí hombres campesinos que estaba pagando uno o dos años en la cárcel por robarse un bulto de sal. Conocí al que le decían “el pisco,” quien estaba porque se había robado una pisca y pagó dos años de cárcel, pero llegó de nuevo por haberse robados los pisquitos. Todas estas historias aunque chistosas, era la cruda realidad de la vida en la “cana”. Hombres que contaban como extirpaban la cabeza de sus víctimas para que cupiera en una fosa. Personas que había cometido masacres y las contaban con pelos y señales. Como por ejemplo la historia de un hombre que había matado a su esposa; le arrancó la cabeza y la puso a cocinar. Después de cocida la raspó, e hizo una lámpara con su cráneo y todas las noches le hacía oración. Todo esto me parecía una pesadilla, de la que ojalá, algún día, pudiera despertar. Mi mente aún todavía estaba enferma y todo parecía como si la vida me estuviera jugando una broma cruel.

Sobrellevaba todo esto dependiendo de la droga. Era lo único que me hacia semejante a todos ellos para olvidar el encierro, el dolor de perder una familia. Seguía buscando una respuesta para todo aquello que me había sucedido hasta llegar al profundo abismo y todavía dudaba que Dios fuera capaz de rescatarme. Varias veces pensé en suicidarme, pero terminaba señalándome como un cobarde, por no tener las fuerzas para hacerlo. Dios estaba tratando de cambiar mi vida a pesar de estar tan alejado de él. El mensaje de la Santa Palabra me llegaba directamente a mis manos. Como la marihuana se envuelve en hojas

rasgadas en tiras, de la Biblia, antes de trabarme desarrugaba el papel para leerlo. Esos pequeños fragmentos eran como quedos susurros al oído que desaparecían como el humo de la marihuana.

Yo quería escapar de todo lo que me estaba privando de la libertad física y espiritual. Busqué primero la libertad física. Sabía de una persona que antes se había escapado de la cárcel. Esa persona se escondía entre sus secretos. No quería develar las intenciones de fugarse por temor a que lo “zapearan”. Como pude me gané su confianza. Comprendió que yo estaba muy aparte de todos aquellos hombres que se conformaban con que el señor director de la cárcel les dejar hacer chicha y guarapo e ingresar prostitutas los domingos. Al director no le importaba que fumaran bazuco; tampoco que hubiera heridos por vendettas.

A él, y a la guardia, lo único que les importaba, es que no hubiera fugas. Que al otro día en la mañana les cuadrara en la revisión la contada de los presos. Para ese propósito tenían el consentimiento de casi todos los reclusos que le copiaban al director. “Michín” le decían a aquel amigo y maestro que conseguí para planear la fuga. Era oriundo de Tolima, con una mirada franca pero aterradora. Su caminar era rápido como sus pensamientos. Presumía de ser manso como una paloma, pero el color de piel negra, era la radiografía de su oscura vida. El pelo entrecano se lo había sacado su astucia para volarse cuatro veces de la cárcel. Esta vez, solo tres estábamos con la intención de fugarnos. Los otros cuatrocientos estaban pendientes para que no lo hiciéramos. Había unos presos que llevaban una mejor vida estando presos, que en libertad. Yo estaba condenado a treinta y seis años de prisión, michín acumulaba los setenta años y Constantino cuarenta y dos años. Teníamos poco tiempo para llevar a cabo la fuga antes que nos remitieran para una cárcel de máxima seguridad, debido a nuestro comportamiento. Constantino era el propio Demonio. Había masacrado a toda una familia. Perteneció a un grupo paramilitar y después de desmovilizado empezó a trabajar por su propia cuenta. En una cárcel hablar de corto tiempo se hace referencia a años. Contábamos aproximadamente con dos años para fugarnos. Para esto solo teníamos una segueta, un formón, y nuestra orina. Todo se haría milimétricamente. Debíamos romper un muro de concreto de veinticinco centímetros y trozar una varilla de dos pulgadas en el menor tiempo posible. Para introducir los formones a la cárcel, michín tuvo una brillante idea: que los haríamos entrar y entregar en nuestras propias manos por la guardia. Mi pregunta era ¿cómo?. La misma pregunta que usted se haría. Michín me dijo que aprovechara mis conocimientos jurídicos redactando una acción de tutela, para que nos dejaran ingresar ventiladores a las celdas. Redacté la acción de tutela inspirada en mi libertad. Hice ver a la honorable jueza quien falló a nuestro favor, que en sus manos estaba el que nosotros sintiéramos el aire de la libertad, el cual no llegaba hasta nuestra pocilga celda y por eso pedíamos el ingreso de un ventilador. Todo tuvo un proceso diligente para agotar los recursos jurídicos. Pedí formalmente un derecho de petición al director de la cárcel, quien negó el beneficio de estos aparatos, aduciendo que los presos no tenían derecho a las comodidades. Agotando este recurso, instauré la acción de tutela. Duró dos meses para fallar a nuestro favor. En total fueron tres meses para el ingreso del formón, o, mejor dicho los formones, porque cuando se aplicara el

derecho de igualdad para todos los presos, tendríamos formones por todas partes. Cuando me dejaron entrar el ventilador de manos del director, michin lo desarmó y le sacó el buje del motor. Enseguida lo encachamos derritiendo el plástico de las maquinas de afeitar. Teníamos el formón para ir rompiendo el muro. Ahora nos tocaba que hacer ingresar una segueta para trozar la varilla. Como me di a conocer por mis conocimientos jurídicos, esto también fue idea de michin, formalmente envié una petición al señor Director, para que me dejara ingresar un par de revistas pornográficas, siendo aceptada de inmediato, porque como hombre se puso la mano en el "considerere". En una de esas revistas ingresamos la hoja de segueta. Una persona en la calle, conocida mía, desempastó la revista y en el dorso metió la segueta pegándola con "bonder". Nos tocó echar a perder un par de revistas para poder encontrar la segueta. "Chejito" quedó agradecidísimo con su nuevo harem de bandidas, que le regalamos para que renovara su celda. Permanecíamos casi todo el tiempo atando cabos, que nos permitiera llevar a feliz término nuestro plan. Teníamos la segueta; el formón lo camuflamos en una pluma del baño. La desenroscábamos antes que echaran el agua por la mañana. Solo teníamos tres horas para trabajar desde que nos encerraban, a las diecisiete horas, hasta las veinte horas, cuando empieza la hora del silencio. En el día nos lo llevábamos patinando en el patio, buscando la forma de distraernos para no pensar en los imposibles de la primera noche, cuando solo logramos descascarar. El plan consistió en romper el muro de la celda en la parte baja del inodoro, con la medida que cupiera una cabeza, o, por lo menos la de Constantino que era la mas grande. Cuando estuviera terminado el hueco de la fuga, quitaríamos el inodoro para que nos diera espacio para arrastrarnos y meter el cuerpo entero. Pasando por el hueco del muro, saldríamos a un patio y nos dirigiríamos a los baños del patio donde utilizaríamos la hoja de segueta y trozaríamos la varilla de dos pulgadas. Éramos conscientes y Constantino también, que a esa hora no dispondríamos del tiempo suficiente para trozar la varilla. Decidimos que el trabajo de Constantino sería debilitar la varilla de tal manera que fuera muy poco el trabajo para la noche de la fuga. Constantino como era el mas alto, todos

los días rociaba una copadita de orines para corroer el hierro. Llevábamos seis meses en ese plan. Se veía, cómo poco a poco, se iban abriendo los espacios para la fuga. Los orines habían corroído la varilla de la ventana del baño. El hueco del muro no iba tan avanzado y tuvimos que decirle a "costa" que no orinara tanto y trabajara mas en el muro de la celda. Cuando terminaban las tres horas de trabajo con el formón y empezaba la hora del silencio, le pegábamos un cartón con el mismo color de pintura de la pared. Respecto a lo del muro estaba difícil porque el inodoro no nos dejaba trabajar cómodamente. Tuvimos la intención de despejar el baño, pero llegamos a mutuo acuerdo y desistimos de nuestro afán. Cuando lográramos romper el muro esa misma noche, trozaríamos la varilla de la ventana para llegar hasta el muro del patio. Era un riesgo de vida, o, muerte. Para ello, uno de nosotros tenía que llegar hasta la garita del centinela de turno al momento del relevo. Ya conocíamos la hora el cambio de turno. Teníamos que camuflarnos y atrapar el relevante, amarrarlo, despojarlo del arma de dotación y el uniforme. "Michín" el mas osado, tomaría el arma y el

uniforme del guardián y pasaría frente a la farola por toda la mitad de la cancha de futbol y reduciría al centinela, confiando en que iba a ser relevado, mientras nosotros correríamos a la garita para saltar el muro que daba a la calle. Todas nuestras fuerzas y pensamientos estaban ocupados con este plan de fuga. Nada ni nadie lograría distraernos de nuestro propósito. Se escuchaban rumores de un pronto traslado para los internos "copados". Era preciso acelerar los trabajos. Solo hubo un momento que cambió el curso normal de nuestras intenciones. Esto fue lo que me sucedió: Llegó un joven que promediaba los dieciocho o veinte años de edad, bastante delgado, entumido, con aspecto cadavérico que despertaba lástima por su condición raquítica debido a sus heridas de bala. Le habían pegado un tiro de fusil que le entró por el brazo derecho siguiendo la trayectoria por el vientre, destrozándole los intestinos y el páncreas. Cuando llegó a la cárcel, ya había estado tres meses en el hospital. Se llamaba, o, se hacía llamar "Darío" Hablé con esa creatura quien podría ser hijo de cualquiera de nosotros. Lo comparábamos con un perrito callejero, mal herido. Se hacía en un rincón con su brazo apuntillado de tornillos para que tal vez no se le desbaratara. Con una mano sostenía la bolsa de suero, con la otra la colostomía para los excrementos. Al verlo en esta condición, se me despertó un sentimiento paternal que me llevó a adoptarlo como mi prohijado, como lo hizo Cheito conmigo. Llevaba varios días sin bañarse debido a su convalecencia. Me dispuse a bañarlo, y, sin asco, le ofrecí todas las intenciones que le hicieran llevar a "Darío", una vida digna. Le reclamaba la alimentación y esperaba que comiera lo suficiente para después lavarle el dispositivo de ostomía. La verdad nunca he sabido como llegué a hacer eso con una persona que acababa de conocer y que acaba de llegar a la "cana" por guerrillero. Sí, "Darío" estaba preso porque en un operativo del Gaula los habían capturado en una emboscada. En ese operativo había muerto su comandante que se hacía llamar con el alias de "Guevara". A él y a una compañera los habían capturado. En su condición de ex guerrillero, "Darío" sentía una pena terrible, que yo, como ex policía lo estuviera cuidando. Le refregaba hasta sus partes nobles con un guante, le hacía

las curaciones en la "génova" que le salía de su intestino; su misma enfermera le tenía asco. Yo trataba de darle toda la confianza a "Darío" para que se dejara hacer las curaciones. Era de condición campesina humilde. Había preferido irse con la guerrilla que estudiar. En mis confianzas le dije que yo había estado en la toma subversiva en el municipio de Contratación. Que estaba condenado a treinta y seis años por el homicidio de mi esposa. Le comenté que los cargos que la fiscalía le imputaría sería, porte ilegal de armas, concierto para delinquir y rebelión; que no se preocupara que la condena no pasaba de cuatro a ocho años de prisión, que yo con una condena de esas la pagaría colgado de un testículo en la celda. Con esta clase de bromas lograba arrancarle una sonrisa tímida a "Darío" conversando cada vez que lo bañaba. Íbamos ultimando detalles de los hechos. Ahora "Darío" permanecía oliendo bien porque lo bañaba tres veces al día, le lavaba la ropa interior. Cierta día me dijo con voz tímida, que después que lo chequeó el médico, le dijo que no era prudente tantos baños para una persona que había perdido tanta sangre. Por recomendación médica lo bañaba únicamente por la mañana. No se que me llevaba a tener este comportamiento

altruista con mi ex enemigo. Solo el destino sabrá por qué. Una mañana cuando lo estaba enjabonando, le pregunté de nuevo como habían sucedido los hechos.

Me contó que él no llevaba ninguna arma. Que la fiscalía no podía imputarle ningún porte de armas . Yo seguía el hilo de la conversación aprobando y desaprobando lo que decía, hasta que llegué al punto de preguntarle:

\_\_La guerrillera que iba con usted, tampoco llevaba arma?

\_\_¡Nooo!. ¡El único que llevaba una pistola era el comandante quien por defenderse lo llenaron de plomo! Nosotros cuando bajamos al pueblo no acostumbramos a llevar armas.

\_\_¿La guerrillera como se llama y donde se encuentra ahora?

\_\_Está en la cárcel de mujeres y se llama Gabriela, pero su verdadero nombre es María Soledad.

\_\_¿María Soledad? Me hace recordar a una amiga mía que tiene el mismo nombre de pila. ¡Pero ella desapareció cualquier día de Cúcuta!.

\_\_¿De Cúcuta? ¡Ella es de Cúcuta!

Un escalofrío me corrió como sombra en aquel momento. Traté de disimular mi presentimiento, terminándolo de bañar y ponerle la ropa sin articular ninguna palabra. Fue tal el nerviosismo que sentía, que Darío pudo notarlo y se atrevió a repetirme el nombre verdadero de “Gabriela”. Me la describió como queriendo salir él, de las dudas, primero que yo. Traté de contener el aliento y le dije:

\_\_Darío, ¿usted tiene una foto de ella?

\_\_¡Ferchito! ¡Donde la hubiera tenido, me hubieran sentenciado, porque era la esposa del comandante “Guevara”! ¡Pero no hay problema mi hermano, porque en la primera página del periódico aparece la foto de los tres.

Permanecí en una encrucijada tratando de salir de la duda que me atormentaba por llegar a saber si era la María Soledad que el día de sus quince años se escapó de la casa. Todo coincidía para conceptuar que se trataba de la misma María Soledad. Fueron muy pocas las descripciones que calaban en el retrato hablado que Darío me había dibujado con sus palabras. Además tenía el alias de su madre “Gabriela”. Su edad, su contextura habían cambiado, pero era la misma María Soledad que yo había conocido. Los hechos del operativo del Gaula, habían sucedido un poco mas de tres meses atrás. Permanecí angustiado buscando la manera de conseguirme el periódico del veinte de enero del dos mil ocho. Era tan evidente la inquietud de mi espíritu, que “michín” sospechó que algo andaba mal. Permanecía enmudecido acostado boca arriba esperando el turno para socavar la pared, cuando “michín” con su peculiar hablado me dijo con voz de mando dándole un golpe a la pared que yo que estaba haciendo. Era raro que “michín” me dijera esto, porque la verdad es que no estaba haciendo nada...¡solo pensaba!. Entonces logré entender que “michín” mas que ser una mente para fugarse de las cárceles, también podía escuchar los ruidos que hace una persona en la mente, al pensar. Interrumpí el trabajo a Constantino, para echar una meada; y mientras orinaba trataba de desahogarme, al igual que la vejiga, todos esos pensamientos que tenia represados en mi mente y que le fastidiaban a “michín”. Les narré todo lo que me había contado Darío. Pero antes les dije todo acerca de María Soledad, que ahora se llama “Gabriela” De la mente de “michín”, casi siempre salían todas las soluciones. Me dijo:

—La solución hermano, para que se “desenchave “ de esa vuelta, es que llame a la familia de esa vieja y que compren el periódico del veinte de enero, y ellos y usted salgan de ese gallo. ¡Mientras tanto hermanito, sigamos haciendo nuestra vuelta! Y tirándose al piso, tomó el formón y empezó su turno de socavar la pared.

Esa noche escuché y oí todo lo que sucede en una cárcel. Mientras duerme el preso, escuché los pasos del guardián que patinaba en la azotea . Escuché los ronquidos graves de “michín” y por supuesto oí los pedos de Constantino, cada vez que se volteaba, cambiando de un lado para otro su modo de dormir. Para no seguir fastidiando con los ruidos de mi pensamiento a “michin”, decidí muy de mañana, hacer la cola para llamar por teléfono. Primero consulté con mis colegas para hacer la llamada. No porque les interesara si hacía o no la llamada. Sino por un compromiso como prenda de garantía para nuestra fuga, comunicarnos cuando se hiciera una llamada. Constantino avisaba cuando iba a llamar a la “porcelana”, así le decía a su esposa. Cuando le preguntamos por qué le decía así a su esposa, nos contó que le había prometido a ella que cuando estuviera en la cárcel, ya no le pegaría como cuando lo hacía en la calle, sino que la iba a tratar como una porcelanita. ¡Soltaba la carcajada!. Michin no pedía permiso para llamar; simplemente no llamaba a nadie. Llevaba ocho años preso sin recibir ninguna visita, luego entonces, ¿a quien iba a llamar?. No le gustaba que en las mañanas lo saludaran con un buenos días; por cortesía contestaba y luego mascullando las palabras rezongaba con vulgaridades la buena intención del cristiano. Odiaba la cárcel, la detestaba, y, mientras siguiera encerrado, no habría buenos días para él.

Cuando llamé a la casa de la familia Castro Castro, empecé a tartamudear, como casi siempre lo hago cuando estoy nervioso. Empecé a dejar espacios entrecortando la comunicación, mientras pensaba como empezar a contarle la historia a la señora Gabriela, para que comprara el periódico. Como pude logré entablar una conversación referente al tema. Le pregunté a la señora Gabriela si tenía noticias de María Soledad. La familia Castro Castro ya sabía de mi trágica situación y se condolían del estado emocional de mi madre, sufriendo por su hijo en la cárcel. La señora Gabriela, con un ahogado suspiro, me dijo que no sabía nada de María Soledad. Cuando le conté la historia del asunto de su hija, según Darío, no la sentí tan ilusionada como esperaba. Pensé para mis adentros que quizá la señora Gabriela llegara a pensar que me estaba burlando de su dolor. Pero los largos años de conocerme la llevó más por respeto que por emoción, a pedirme la fecha del periódico, para decirle a don Cipriano que lo comprara. Quedé perplejo cuando la escuché decir que cuando el viejo tuviera tiempo averiguara por el periódico. Yo quería que fuera ya la búsqueda de ese periódico de hacía tres meses. Donde hubiera estado en libertad lo haría en el menor tiempo posible. Al término de la llamada estaba desanimado en mis intenciones de sanar una herida. Seguí atendiendo a Darío con mas ánimo que el de siempre, tratando de buscar por mis propios medios, algo que llevara a tener la certeza de que la mujer, de la que hacía referencia Darío, fuera María Soledad. Le pregunté a él que desde cuándo la conocía, que si ella hablaba de alguna familia que tenía en Cúcuta. Con amabilidad, Darío me respondía, buscando conmigo la pieza del

rompecabezas que me faltaba. Fueron pocos los datos nuevos que pudo darme de “Gabriela” como él me decía:

\_\_ Gabriela es así y asá, esposa del comandante “Guevara”; tiene unos veintiocho a treinta años de edad, es bajita, tiene ojos claros y es de Cúcuta; no mas, no, no sé de su familia.

\_\_¿Cuánto tiempo llevaba en la organización?.

\_\_ ¡Nada de eso sé, Fercho!. Porque como decimos nosotros, ¡entre menos sepa, mas se vive!, ¡Fercho!.

Duré una semana esperando que pasara un buen tiempo para hacer de nuevo la llamada. No quería pasar de inoportuno llamando sin que ellos hubieran comprado el periódico y tal vez dándome tiempo de pensar que solo era una vana ilusión, como la ilusión que se hacen todos los presos por tener tanto tiempo para pensar. Esas mismas ilusiones que me había hecho para recuperar mi libertad, esas mismas ilusiones transformadas en pensamiento que michin alcanzaba a escuchar. Cuando llamé a la señora Gabriela y colgué el teléfono, les di la noticia a mis compañeros michin y Constantino que esperaron pacientemente que les dijera algo. Les dije:

\_\_¿Ustedes que creen amigos que me dijo la señora Gabriela? Pues hermanos, no era María Soledad.\_\_ Michin arrugó el entrecejo; Constantino a quien vi tan decepcionado, golpeó su puño derecho contra la palma de su otra mano, en señal de maldición. Sin poder contenerme de la emoción, los abracé y con gran alegría les dije:

\_\_¡¡Mentiras hermanos!! ¡Sí era María Soledad! ¿Se imaginan la alegría de los “cuchos” en Cúcuta? Después de catorce años apareció la china disque en la guerrilla. Doña Gabriela se alegró cuando escuchó que era yo quien la llamaba. Con un grito de alegría me dijo que había tratado de comunicarse conmigo a la cárcel para darme la noticia que sí era María Soledad la que aparecía en la fotografía del periódico. Que después que yo la había llamado se fueron a conseguir el periódico, que pudieron mas el amor de padre y madre, que los ideales que ellos no compartían. Me contó que ya habían ido ese sábado y el domingo a la cárcel de mujeres.

Habían hablado y llorado a mares. Que me agradecían inmensamente la intuición que tuve; que si no hubiera sido por mi, nunca hubieran sabido del paradero de María Soledad, porque ella les confesó que nunca quiso que ellos supieran que pertenecía a la guerrilla y menos que estaba presa. Le contaron a María Soledad que yo estaba preso y me dejó un número telefónico para que la intentara llamar, mientras ella me escribía. Les pidió perdón mil veces.

Ahora la señora Gabriela y su familia vendieron la casa en Cúcuta y compraron una en Piedecuesta y Girón para quedar mas cerca de María Soledad. Cuando doña Gabriela le dio la noticia a don Cipriano, él dejó enseguida su trabajo y ese mismo día compró el periódico de Santander y reconoció a María Soledad.

María Soledad le envió saludos a Miguelito, el mismo que se hace llamar Darío. Al fin de cuentas, algún día tarde que temprano, todo se sabe. Me contó la señora Gabriela que María Soledad estaba acostumbrada a su sobrenombre, o “chapa”, que siempre que su tía Ester llamaba a su hermana “Gabriela”, ella, o sea María Soledad, contestaba. El resto de semana estuve pensando en María

Soledad. Tenía el número telefónico de la cárcel, donde, si por milagro me entraba la llamada, al menos podía hablar con ella cuatro minuticos que era lo programado por la guardia para cada llamada. Michin terminó acostumbrándose a los ruidos de mis pensamientos, asociándolos con el ruido que hacíamos rompiendo la pared. Eran tan intensos mis pensamientos que me empezó a doler la cabeza. Tenía programado hablar con María Soledad lo mas pronto posible antes que me fugara. ¡Pensaba cómo sería mi vida prófugo! Eso de cambiarse los nombres o ponerse “chapa”, me dio la idea de llamarme “Alejandro” después que estuviera en libertad. De pronto me iría para Venezuela o quizá me internara para siempre en la selva. No se, tal vez me reconocerían como miembro de algún resguardo indígena, o, simplemente viviría como un ermitaño. Igual me podría dejar crecer la barba y vagar por las calles pasando desapercibido como un indigente o caminante. También iría para las selvas de Brasil, o, algo así. Pero lo cierto es que quería conseguir mi libertad. Quizá hablando con “Darío”, Miguel o como se llamara, me podía recomendar por haber sido buena gente con él. Para pertenecer como subversivo también tendría el apoyo de María Soledad para hacer mas fácil la vuelta. Como había sido policía podría ser un inconveniente; pero “como no hay cuña que mas apriete, que sea la del mismo palo”, tendría un punto a mi favor, porque les podría aportar información operativa que les serviría para ganarme su confianza. Empezaría como guerrillero raso, después reconocerían mis cualidades y me nombrarían comandante, o, algo así. “Comandante Alejandro”, es escucharía bien. Tal vez me llegaran a admirar por haberme fugado de Berlín.

Varias noches volví a escuchar los ruidos que hacían michin y Constantino después de la hora del silencio. Todo esto se estaba convirtiendo en un refrito. Todas las noches volvía y volvía a machacar los mismos temas. Pensaba en que no volvería a ver a mis hijos, incluyendo a María Fernanda; a olvidarme por siempre de mi familia como había hecho María Soledad, y, por supuesto a olvidarme de la “fresita”. Pensé toda la semana intentando llamar por la mañana y por la tarde al número telefónico que me dejó María Soledad. Era difícil hacer una llamada porque no había un momento en que no estuviera ocupado. Hacía cola hasta media o una hora para tener derecho intentar uno o dos minutos para hacer una llamada. Había un teléfono para ciento cincuenta presos, y así lo ameritaba. Tenía la esperanza que pronto llegara la carta que me envió; ya anticipadamente yo le había correspondido. El correo duraba veinte días o un mes en llegar de una cárcel a otra. Parecía como si cada guardia leyera lo que uno escribe antes que llegara a manos del destinatario preso. Desde cuando estaba con los propósitos de la fuga, no me arrodillaba para orar. Esta vez sentí la necesidad de postrarme y pedirle a Dios que todo saliera bien el día de la fuga y que por favor obrara de alguna forma para que me saliera la llamada. Esta vez le pedí a Dios algo pequeño; solo quería hablar con María Soledad cuatro minuticos, no serían mas porque tal vez no volvería a hablar con ella.

Estaba orando cuando sentí que alguien se acercó y trató de observarme el rostro como queriendo estar seguro que era yo. Alcé un poco la mirada y alcancé a ver que en sus pies solo llevaba un par de pantuflas remendadas con uno que

otro color de hilo. Me di cuenta que era Chejo. Levanté el rostro para que se diera cuenta que era al que estaba buscando. Me dijo:

\_\_Ah, ¿es usted Ferchito?\_\_ Y con voz de autoridad me recriminó:

\_\_¿Usted también está de sinvergüenza?\_\_ Me lo dijo de tal forma que lo sentí como un regaño. Chejo tiene la costumbre de regañar a las personas cuando hacen algo que a él le parecen mal. Le pregunté con confianza:

\_\_Chejo, ¿Por qué usted dice que soy sinvergüenza?\_\_ Me respondió con el mismo aire de autoridad:

\_\_Porque sinvergüenza son todos los que vienen aquí y levantan el culo como una gallina pidiéndole a Dios una cantidad de favores como si Dios fuera un solucionador de problemas; le piden que los saque de la “cana”, que les de dinero, mujeres; y hay algunos que hasta le piden de las florecitas aquellas, o sea, marihuana. Chejito ya se retiraba sabiendo que no era yo la persona que buscaba. Me le atravesé en el camino y le pregunté a don Roberto, “chejo”:

\_\_¿Cómo así, que Dios no es un solucionador de Problemas? ¡Entonces para qué sirve Dios!!

Chejo me respondió, más con sabiduría que con autoridad.

\_\_Dios no es un solucionador de problemas. Dios es un salvador, Dios es Jesucristo. Él nos salvó cuando fue crucificado. Si él hubiera sido un solucionador de problemas, se hubiera quedado aquí en la tierra, solucionándonos todos los problemas. O, ¿acaso siendo Dios no lo hubiera podido hacer?. Jesucristo nos salvó y nos ofrece la vida eterna.

Quedé pasmado con lo que don Roberto me dijo. Había logrado desmarañar ese concepto erróneo que yo tenía acerca de Dios. Me pregunté cómo un hombre que sabe tanto acerca de Dios, ¿por qué no predicaba la palabra!. Chejito me dijo que no servía para esa vagabundería. Que al señor Jesucristo no se le sirve de cualquier manera, sino en santidad. Que a él le gustaba mucho la marihuana y que no quería jugar con fuego. Me dijo, que había conocido a muchos “hermanos ficticios” que predicaban la Palabra de Dios mientras estaban presos, pero tan pronto como Dios les regalaba la libertad, empeñaban la Biblia por bareto. Que el día que él le sirviera a Dios sería con un corazón sincero que ya no le gustaran las “florecitas” aquellas y las vagabundas.

Esa mañana en el patio, maquinaba los pensamientos que había dicho chejito. Tenía razón. Estuve buscando a Dios solo para que me solucionara los problemas. Hay algo más importante que buscarlo para que solucione nuestras necesidades. Es reconocer que Jesucristo, es Dios, que en él está la salvación a la vida eterna, y, por que no, la solución a todos nuestros problemas. Ya más desahogado, sabiendo que debía buscar a Dios para mi salvación, decidí hacer la fila para llamar por teléfono. Insistí aprovechando que casi todos estaban firmando la planilla para recibir el correo. Maravillosamente el teléfono cambió de tono y entró la llamada repicando dos veces. Esas milésimas de segundos que duré esperando que María Soledad pasara al teléfono, le di gracias a Dios una, y otra vez, por tener misericordia conmigo, a pesar que no era un solucionador de problemas. Mi mente tuvo tantas emociones juntas ese día, que cuando María Soledad me contestó, en un descuido le dije dos palabras que hacía cuatro años no pronunciaba: ¡Hola reina!. No tuve tiempo para detenerme y explicarme por

qué le hablé de forma tan espontánea como se la decía a Jennifer. Esos cuatro minutos que duré hablando con María Soledad fueron eternos, esperando que se terminaran para poderlos asimilar. Alcancé a saludarla preguntándole como estaba su situación jurídica. Le di los mismos consejos que a Miguelito, con referencia a que aceptara los cargos de la fiscalía y se fuera de sentencia anticipada. Le puse mi ejemplo que fui llamado a una condena de sesenta años, y, por haber aceptado los cargos que me imputó la fiscalía, me rebajaron a treinta y seis años. Me hubiera gustado decirle a María Soledad, que esos cuatro años que le echan a ella, en mi caso, los pagaría colgado de un testículo en mi celda, pero no me alcanzo el tiempo. Colgué el teléfono y salí corriendo a dejar mi reacción fisiológica en el baño. Porque todas esas cosas juntas me dieron cólicos y para colmo de males me estaban llamando hacía cuatro minutos para que recibiera correo. Tantas cosas juntas me revolcaron el estómago al punto de dejar la poseta rebosada como una barquilla de helado. Desagüé todos los pensamientos acumulados como de toda la vida.

El día viernes veintitrés de mayo siete días antes de mis cumpleaños, que iba a ser agasajado con el patrocinio de Constantino quien canceló el valor de una prostituta para traérmela como pastel de regalo a la cárcel mientras recuperábamos la libertad, se vio frustrado. El sábado veinticuatro de mayo como a las dos de la madrugada, sentimos una marcha y un estruendo en el pasillo que daba a la celda de nosotros, volando los candados y las cadenas de las rejas como queriendo darnos una sorpresa. Michín a través de un espejo que sacó por la reja, alcanzó a ver un tumulto de guardianes con cascos, escudos y chalecos que llevaban barras de acero. Después nos vimos maniatados y patiatados con grillos y cadenas. Vimos, como en cuestión de segundos, destrozaron el inodoro y dieron con la caleta de la fuga. Solo nos faltaban unas cuantas noches para romperla. La cárcel entró en conmoción. Por primera vez todos los presos sintieron que teníamos derecho a buscar la libertad. Se escuchaban gritos de todas partes, se escuchaban vivas a michín, viva Fercho, vivas a Constantino; Roberto debió maldecir quinientas y mas veces al “colilargo” por no permitir que nos fugáramos. Debió agarrarlo a chancletazos por no darnos la suerte de terminar nuestro plan. Chejo se dio cuenta que en verdad era un sinvergüenza que cuando estuve allá con el culo pa`lo alto, estaba pidiéndole a Dios que todo saliera bien el día de la fuga. Las paredes de la cárcel temblaban. Los presos encerrados en sus celdas agarraron las rejas y las bamboleaban como el revolotear de un pájaro enjaulado. Sentí el mismo miedo de la primera vez que ingresé; solo que este miedo era mas profundo, por cuanto se alargó mi condena en una cárcel de máxima seguridad. Permanecemos encadenados aún estando en el calabozo de seguridad mientras iban finiquitando nuestro traslado. Ese mismo día nos trajeron al E.P.M.M.S, Girón. Durante el viaje no cruzamos palabras. La verdad no había sospechas entre nosotros. Simplemente nos habían separado. Solo que no sabíamos quien fue el soplón. Limber fue el único que lo llegó a descubrir.

Por motivos de seguridad, llegamos a la Unidad de Tratamiento Especial (U.T.E.). Quedamos los tres de pedir para el mismo patio. Michín tomó la vocería y nos dijo:

—¡Tranquilos muchachos!. Si de verdad queremos volarnos, de aquí también lo podemos hacer. Lo que pasó, pasó. Ustedes ya saben como les va a los sapos. ¡No se desanimen y fuerza que todo saldrá bien!.

Apenas michín pronunció estas palabras, Constantino sintió que el pecado lo acobardaba. Llamó al comandante de guardia para que lo dejara hacer una llamada telefónica. Apenas el comandante de guardia lo sacó, Constantino pidió, por motivos de seguridad, traslado para otro patio. Desde ahí empezamos a sospechar que él tenía algo que ver con el desmantelamiento de nuestros planes. Efectivamente, por intermedio de un amigo que michin tiene en el patio a donde trasladaron a Constantino, llegamos a saber que él le contó el plan de fuga a la “porcelana” y en una visita discutió con ella y la golpeó. Como si fuera poco “la porcelana” se enteró que Constantino, para la próxima visita había mandado traer una prostituta. La señora como no sabía que aquella visita era para mí, por mi cumpleaños, no comió de ese pastel y llamó a la cárcel de Berlín, denunciando la fuga. Cuando llegamos al patio que nos asignaron teníamos un mes de haber llegado, cuando nos iniciaron una vuelta para conseguir el dinero para tener como fugarnos. La vuelta me la contó michin; y con palabras textuales me dijo que por el compañero con quien compartía la celda, estaban pagando setenta millones de pesos para darle “piso”, o sea, para desaparecerlo físicamente. Se trataba de vendettas que se traían desde la calle. Había un personaje que aflojaba setenta “palos” por la cabeza del “man”. Michin ya había hablado con los manes.

Pagaban treinta y cinco millones por adelantado y el resto cuando se terminara la “vuelta”. Cuando le dijeron a michín, qué prenda de garantía les dejaba por los treinta y cinco millones por el adelanto, para estar seguros que no lo iban a trampear, michin les dio la dirección de su propia casa y la fotografía de su único hijo, para en caso que les quedara mal, se cobraran por la derecha. Limber estaba mas decidido que nunca a fugarse a como diera lugar; como él decía, estaba copado y sin plata. Tenía una condena de setenta años y esperaba otro proceso por cuarenta años. En esos términos, otros cuarenta años que le echaran por su compañero de celda, solo le significaba resignación a morir en una fuga, o, podrirse en la prisión. El plan consistía en que cuando le diera el “bote” al “man” y lo llevaran en remisión a la fiscalía para el pliego de cargos, él con quince millones, pagaría para que lo “quitaran”, es decir, lo rescataran. Michin tenía conexiones en la calle faltándole solo el dinero. Él ya tenía planeado como matar a su compañero de celda. Rasgó una sábana en cuatro tiras, las tejió, e hizo un lazo. Michin estaba obsesionado con los setenta millones. Esperaba que llevaran los treinta y cinco millones a su casa y esa misma noche ahorcaría al man. Así aflojarían los otros treinta y cinco millones. Se veía intranquilo pues se paseaba de un lugar a otro como un león enjaulado; su compañero de celda como premonición por su destino, invitó a michin a tomarse un tinto y le dijo que si necesitaba útiles de aseo, no dudara en ocuparlo.

En esos días no hicimos mas que caminar de un lado a otro, esperando que la vuelta saliera bien, o por lo menos, le saliera bien a michin que era el mas obsesionado por la fuga. Yo me resigné, esperando que cuando michin estuviera afuera, me tirara al menos una liga. Esa mañana michin llamó a la casa. Le dijeron

que habían llegado unos señores y le dejaron treinta y cinco millones de pesos por una vuelta. No se que tipo de relación mantenía michin con la madre de su hijo porque fueron cortas sus palabras. Le dijo:

\_\_\_¡Guárdeme eso y espere que yo mañana la llamo!.\_Colgó y me dijo:

\_\_\_¡Listo mi hermano!.\_ Se cepillo los dientes. Cuando regresó me repitió las mismas palabras:

\_\_\_¡Listo hermano, sin palabras; esta noche hago la vuelta!.\_ Al otro día cuenta michin:

\_\_\_Llegué a la celda, me acomodé en la cama, puse el supuesto guindo al alcance de mi mano en la repisa de concreto, sintonicé mi programa favorito de “La luciérnaga”; serían las ocho de la noche, la hora del silencio, cuando se me estremeció el corazón, me boté de rodillas en la cama y le dije a Dios con las únicas palabras que suele utilizar un criminal como yo: ”Cucho, tú eres el único que puedes parar esta vuelta. Dicen que existes, que eres bueno y que no quieres que nadie se pierda. Así es que si existes, haz algo para parar la vuelta. Tú sabes que estoy copado, lleno de problemas, sin plata, con deseos de salir de aquí. Entonces Cucho, ya sabes que yo voy es pa'lante. Nada se detiene porque tu me conoces y tengo empeñada la palabra. Así que si yo me pierdo y este man se muere es culpa tuya”.\_Reposé un tantico y me enjuagué las lágrimas, esperando que el man se durmiera, o, se levantara a orinar para ahorcarlo. De pronto sentí una calma, una paz profunda; nunca antes le pedí permiso a Dios para matar a alguien. Sentí que tenía el permiso para hacerlo. De pronto escuché que se aproximaba un guardia por el pasillo y llamó:

\_\_\_¡Hey, hey, ese, el de la celda cincuenta y uno, alístese que va de remisión!.\_No sabía si era a mi, o a mi compañero que llamaban. Quedé con el guindo en la mano. Llorando abracé a mi compañero y esperé a que empacara las cosas y saliera. Me boté de nuevo de rodillas en todo el centro de la celda en un éxtasis de felicidad infinita de sentir la libertad espiritual que nunca antes conocí y seguí tres días consecutivos en ayuno.

Este es el testimonio de michin, que ahora se hace llamar por su propio nombre Joaquín. Joaquín fue tomado por el espíritu santo y es un hombre totalmente transformado. Predica la palabra de Dios con la misma autoridad con la que mandaba en los patios de la cárcel Modelo, Barne, La Picota, Berlín; en fin, en todas las cárceles donde estuvo siempre fue la primera o segunda Palabra. Ahora aquí en la cárcel de máxima seguridad de Palo gordo, lleva la Palabra pero con la diferencia que no lleva la palabra de hombres , sino lleva la verdadera Palabra de Dios. Dios tocó su vida y enseguida se hizo bautizar en el nombre del señor Jesucristo. El Señor le ha regalado el don de hablar e interpretar lenguas. De los treinta y cinco millones que dieron por adelantado, Joaquín hizo breve la vuelta. Llamó para que recogieran la plata. Los “manes” le regalaron un millón de pesos porque se dieron cuenta de la honradez de Joaquín y de cómo fue la vuelta, que no fue por falta de voluntad, ya que a ese mismo “man”, le hicieron un atentado en la cárcel modelo de Bogotá, con cianuro, pero milagrosamente, también se salvó. El Señor conmigo se ha manifestado maravillosamente; por eso mismo toda la gloria y la honra sea para Él, que me ha dado el sentir de una nueva vida. El Señor Jesucristo me regaló la libertad espiritual. Me regaló la sabiduría para expresar, cómo a él podemos buscarlo para salvación. Joaquín

ahora está estudiando Administración de empresas con una beca que le donó el Inpec. Ni él puede creer que ahora es universitario, como tampoco puede creer, que escribo este libro, que nació de las cenizas como la historia del ave fénix, cuando ya nada tenía sentido en la vida este “man”. En un abrir y cerrar de ojos, le doy rienda suelta a mi espiritualidad, y decido escribir todo lo que se me viene a la cabeza. Empiezo a desintoxicarme de todo eso que durante treinta y tres años, estuvo fermentándose como el buen vino. Reconozco desde lo más profundo de mi corazón, desde lo más sublime de mi alma, que el Señor plasmó en mí, todo lo que soy, lo que he sido y lo que quiero ser. Decido pedirle a ese ser Superior que me dé sabiduría para llegar a comprender la vida. Qué propósito tengo? Preguntas que persisten en mí y que desde niños nos hacemos. Empiezo a escribir una fascinante y triste historia de todo por lo que he pasado. Hago un pacto con ese ser Superior y le pido que me ayude a desahogarme de todo lo que ha sido mi vida, mis pensamientos, mis sufrimientos. Esta autobiografía logra desaguar todo lo que pienso relacionado con mi forma de ver la vida. Y el propósito de mi vida solo lo llego a saber después de treinta y tres años cuando comprendo lo que Dios tiene para mí, porque muchas veces y de muchas maneras, había escuchado hasta retumbarme los oídos y revolcarme los tuétanos, que Dios ha reservado con determinación firme, algo importante para mi vida. No obstante la pregunta que siempre me hacía era ¿cuál sería ese propósito que aquél Divino Dios tendría para mí? ¿Dónde podría encontrar esa respuesta? Y en semejanza a aquella vieja historia donde un hombre mortal que vivía en la más profunda oscuridad, le dice a su dios que le muestre donde puede encontrar esa luz de la que tanto ha escuchado hablar pero que nunca la ha visto, porque es ciego; ciego no porque no pueda ver, sino que ahí donde está metido, en ese espacio donde solo ha podido moverse en una tenaz oscuridad, que aunque acostumbrado, quiere saber qué es esa vaina de la luz. Él escucha que todos los seres que lo rodean hablan de la luz y que la luz es mejor que la oscuridad y que con la luz se pueden ver cosas diferentes a las que paradójicamente se pueden ver en la oscuridad y todo el mundo habla de la luz, hablan al desayuno, al almuerzo y hasta cuando apagan la luz para irse a dormir. Ese man está cansado, está “mamao” que todo el mundo hable de la luz, pero que ninguno a ciencia cierta, se la muestre. El man lo que quiere es que le digan: “¡¡mire, es esta, aquí está, tome, jummm tócala, no joda más y deje dormir”!!. Pero, nanay cucas ninguno tiene esa respuesta; así que este man decide matar la culebra por la cabeza una noche, porque, pues allá en esa oscuridad tan macha, todo es oscuridad; decide ir donde está ese Dios que lo sabe todo haciéndole la misma pregunta, ¿cómo hace para conseguir esa luz?. Hermano, como todo hombre terrenal, hombre de carne y hueso, cuando se enfrenta, o, tiene un encuentro con un ser superior. Este man no es ajeno a pegarse una descrestada, porque como sabrán, a los sabios o, seres divinos, solo Mandrake los entiende, porque este tipo no le encontró significado a la respuesta que le dio ese dios. Como ya dijimos, somos cortos de cacumen para entender a esos seres divinos, o, mitológicos, pues quedó en las mismas cuando ese dios en el que él confiaba le iba a dar una respuesta. Pues que les cuento hermanos, le dio literalmente un hacha. Sí, le entregó un hacha como respuesta a

su pregunta dónde hallar la luz. Ustedes se imaginaran lo loco que quedó este tipo cuando ese dios en vez de articular palabra alguna, le entrega un hacha.

¡Eso hermano es para tirar la toalla! Eso es para uno irse por donde vino y decir, no hermano, aquí no hay sinceridad; aquí me están mamando gallo. Pero, ¡cómo se pone uno a pelear con los que se la saben todas!. Cómo uno tan chiquitico se pone a aleteársele a un man tan poderoso, como un ser divino. ¡Pailas, lleva uno las de perder! Él no podía meterse a bruto rechazando lo que le entregaron y menos algo que le había costado conseguirlo. Retomando el hilo de la historia, este hombre no sabía que hacer con el hacha. Podemos imaginarnos que tomaría el hacha, la palparía, se rascaría la cabeza. Pensaría que su dios no le dio ninguna instrucción, no le dijo nada, no le dijo tome mijo

que aquí están las instrucciones de manejo de esta hacha marca "acme"; no, nada de eso, solo como respuesta a la pregunta del atembado, le entrega el hacha. Pero ahora veamos la otra cara de la moneda. Aquel hombrecillo que nunca había agarrado un hacha en sus manos, ni sabía que hacer con ella, inventó, sí, así no mas, inventó darle golpes a zarpazos al aire como tratando de romper esa oscuridad, para ver donde encontraba esa luz. Pero de lo que no se había dado cuenta aquel hombre, es que el hacha era de doble filo; y como estaba oscuro, el hombre, de rabia y desesperación por llegar con una respuesta, o la verdad si esa luz existía, comenzó este cristiano a dar golpes aquí y golpes allá, y, cada vez que lanzaba literalmente un golpe al mundo, el filo del hacha laceraba su pecho. Este man estaba tan decepcionado, tan incomprendido por ese dios, que no le importó un comino su vida, y, sin darse cuenta, cada lance de desesperación abría una herida en su pecho. Exhausto, mamado de dar hachazos a diestra y siniestra, se detuvo y se dio cuenta que podía ver la sangre que salía de su pecho. Podía ver hermano, que la luz que tanto había buscado afuera, estaba ahí adentro de su corazón. Y así como este hombre valiente que encontró la luz de su corazón, este mán, a los treinta y tres años, después de haberle preguntado a uno y a otro por esa luz, y que ninguno le dio respuesta, me dediqué al Dios, en el cual yo creía, pero que nunca lo había sentido. Al igual, Dios guardó silencio como ese hombrecito. Dios me entregó una espada, una espada de doble filo, una espada que penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas, los tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. (Hebreos 4:12) Este hombre, o, sea yo, no supe para qué servía, no tuve un manual para el manejo de una espada sagrada. Comencé a blandir y volear machete a diestra y siniestra; igualitico a aquel hombrecillo, lleno de rabia y desesperación por encontrar esa verdad, esa luz. Llega un momento donde me detengo y digo, ya no doy más. Es cuando me doy cuenta que estoy herido, que aquella espada que me dio Dios me ha abierto una chaguala y que aunque me haya dolido mucho, es donde encuentro el reposo para mi alma, es donde encuentro esa luz, esa verdad que un día decidí buscar y conozco que esa verdad

"yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14:6)

es Jesucristo, que Jesucristo es Dios y que el propósito que él tiene para mi vida y para todo aquel que lo busque de corazón, es la salvación de su alma, ("qué sacaría el hombre si ganara todo y perdiera su alma..."). Sencillamente es eso lo que Dios quiere para mi; que lo busque de corazón, que no me quedara solamente

en escuchar sino ir en busca de la verdad. Porque escuchaba hablar de la verdad y que la verdad nos haría libres; y que es mejor permanecer separados por la verdad que unidos en el error. Y dele con la verdad al desayuno y con la verdad al almuerzo y machacaban esa verdad volviéndola un refrito, al igual que el propósito que Dios tiene para nuestras vidas. Pero solo cuando este man estaba en busca de una respuesta, me fue entregada una espada de doble filo, porque antes de esto estuve buscando la verdad y el propósito que Dios tenía para mi vida. Unos me dijeron: “está aquí, nosotros tenemos la verdad. Solo tienes que guardar un día de reposo”. Otros me decían: “nosotros tenemos la verdad, solamente tienes que comer esto, o aquello”. Otros me cobraban sesenta y cinco mil pesos por asistir

a un encuentro con la verdad. En fin, al igual yo quería palpar, sentir esa verdad, pero nanay cucas, nada me salía bien. Fue cuando me di cuenta que esa verdad, que esa luz, no estaba afuera en ninguna religión, sino que estaba dentro de mi corazón. (lunes 03,08,09)

Pero esto es lo bonito de la historia, lo bacano de la película. Retrocedamos esta película y volvamos a lo emocionante. Volvamos donde este protagonista empieza a buscar ayuda de ese ser Superior. Y cristiano que se respete, siempre empieza a buscarlo al revés. Empieza a buscarlos por las dádivas, por lo que ese Dios paga por servirle. Empiezo buscando como el chino que hace los mandados y quiere que por cada carrera le den una moneda. Así empiezo a buscar las migajas de ese Dios poderoso. Nunca me detuve a preguntarle “pis, pis usted como se llama”. “¿Es verdad que usted da la salvación del alma?”. ¡Nooo para nada este man se contentaba con hacer mandados! Fue por una necesidad que tuve, que lo busqué y le pedí ayuda a ese Dios Poderoso. ¿Pero que creen hermanos que me contestó? ¡Pues nada hermano, ni me determinó! Porque yo solo estaba haciéndole mandados. Dios no tenía ninguna obligación conmigo. Dios me pagaba los mandados; pero hasta ahí pare de contar. No tenía ningún tipo de contrato laboral donde me pudiera ir a quejar. Este chino rebelde solo era un mandadero. Quise exigirle a Dios como obligándolo a que si no me daba lo que le pedía, pues yo no le iba a hacer esos favores, a sabiendas este mocoso, que Dios podía utilizar otros “pelados” para que le hagan las vueltas. Pero en algún momento consentía que solo era cuestión de esperar. Pasaron los días y nada . Como con rebeldía le saqué en cara los favores que le había hecho y fue la hecatombe, fue el lloro y el “crujir de dientes”. ¡Yo no sabía con quien me estaba metiendo, papá!. Porque si uno se mete con otro hombre, Dios lo puede defender, pero quien se mete con Dios, ¿quién lo defenderá?. Y tome por aquí y tome por allá como para que respete, porque ese Dios Divino, ese Dios Maravilloso tiene un límite. Y cuando le sacan la piedra ¡pailas!, llevamos las de perder. Lo cierto es que este man se las tira de abeja y quiero hacer humanamente, lo que solo puede hacer Dios y empiezo por aquí y empiezo por allá y quiero con mis propias fuerzas, demostrar que sí soy capaz y decirle: ¿Si ves papá que pude con mi necesidad? ¡No necesité de tu ayuda!. Pero nada hermano, todo terminó en la soledad y un fracaso profundo cuando me doy cuenta que a ese ser Divino no se le puede exigir nada porque sencillamente no somos nada delante de Él. Es cuando me veo solo, abatido, flaco y sin soluciones, y digo: ¡Ya no más, me rindo, tacho matacho, no

**juego más! ¡Eso era lo que yo pensaba , que era un juego!! Pero me habló el Señor Todopoderoso y me dice: ""Ven pa'cá mijito, cómo así que tacho matacho y no juego más; tú me las cometiste (Apocalipsis 2) y hay unas consecuencias; y si no se pone a cuentas conmigo, me pagas con tu vida"" Y eso que le hablen a uno y le digan que debe hasta la vida, es cosa seria. Es como para ponerse a pensar. Ya viendo las cosas color de hormiga no queda otro remedio que pedir cacao. Y comienza este man a regar el cuento. Hay unos que me escuchan por escuchar porque los hace feliz escuchando las tristezas de otros. Pero hubo gente que me paró bolas diciéndome algunos, haga esto, o haga aquello. Entre estas cosas conozco una**

**palabra que me ayuda a salir del lio tan macho y esa palabra es MISERICORDIA. Sí, me dicen que ese ser Divino es misericordioso y además amoroso, que se compadece del que ha castigado. (jueves 06-08-09) Y es como empiezo a ver, o mejor dicho a compararse, con la leyenda del profeta Jeremías y me veo solo en un foso profundo y oscuro, donde ninguno quiere verse metido, esperando solo que le pongan la piedra en la boca del foso para que se disipe el único rayito**

**de luz que le queda. Porque ese rayito de luz, no es mas que mi vida; mi vida depende de ese rayito de luz que entra por la boca del foso y mientras permanezca ese rayito, hay esperanza hermano, porque "mas vale perro vivo que león muerto" (Eclesiastés 9:4), y este man en mi profunda soledad, tristeza y amargura, me siento como un perro...;como un perro sin dueño!.**

**Un perro de esos callejeros que un día tuvo un amo, pero como se las cometió, ¡pailas, tome pa' que lleve y sufra las consecuencias!, porque irremediamente eso es lo que queda de la lucita que el hombre tiene con Dios. Y cuando uno iza la bandera de la paz sometiéndose a toda su deidad, hermanito, le toca que recoger y reconstruir todo lo que rompió, pateó y tiró por la ventana. Es como cuando a un niño pequeño le dan los berrinches para llamar la atención; y cuando ve que no le prestan atención, deja de hacer esa pantomima. Pero lo que yo estaba viviendo era de carne y hueso. Por eso con toda prontitud buscaba ponerme a paz y salvo antes que me pasaran la cuenta de cobro. Pero había un pequeño problema, "otra pata que la nacía al cojo". Porque en mi corazón y en mi pensamiento, es decir ese yo interior, me decía, "como carajo usted se va a sentir perdonado después de haber matado y comido del muerto". ¿Será que rezando diez veces el Padre nuestro, el asesino revivirá su muerto y comienza esa lucha interior? Porque el "colilargo" me recordaba el pasado, pero yo le recordaba el futuro, papá. Yo le decía que sí, que ya era perdonado. Él me decía que no, que eso no es así no mas, que tenía que arrepentirme. Yo le respondía, ya lo hice. Él volvía a decirme que no, que así no es hijuemíchica. Y todo se volvió un melodrama del tire y afloje comenzando la lucha de quien es mas, la razón, o la fe, y ahí estaba el problemita. Porque la fe mueve montañas y la razón nos dice y con qué fuerzas; porque por una parte, estaba la razón; esa que nos permite comportarnos diferentes unos a otros, o sea, el libre albedrío y en la otra esquina, la fe que es algo espiritual, algo fuera del contexto que la razón no entiende. Porque la razón se basa en cosas concretas, cosas físicas. Lo espiritual es inescrutable, infinito, intangible, que solo lo entiende Dios. La razón me decía, un muerto equivale a**

tantos años de cárcel, sumándole el oprobio de la sociedad y dividiéndole su familia, restándole el amor de sus hijos.

En resumidas cuentas ¡pailas! perdió el año Tutuky Lulú. Es mejor que pague de contado con su vida, porque el que paga lo que debe, sabe lo que tiene. Mientras la fe me hablaba pausadamente sin tanto acelere, me decía en monólogo: fresco papá, déjemelo todo a mí, que “no panda el cúnico” que el que tiene fe como el grano de mostaza nada le será imposible (Mateo 17:20). ¿Entonces qué hacía este man cuando venia la razón con la cuenta de cobro? Pues le uchaba la fe, sí, le decía a la fe, ahí la buscan, arréglense ustedes las dos, que yo tengo otras cositas por hacer. Pero no es fácil convencer a la razón.

Es como tener esos paga diarios, o chepitos, que le forman unos zaperocos donde sea y con quien esté, haciéndole pasar a uno sus vergonzonones diciendo: “que hubo papito, usted sabe que el que debe paga, así como el que toma se emborracha y no sabe para donde coger”, o hace lo mismo que las avestruces, que levantan el culo pa’lo alto y es cuando uno se pregunta donde está la fe hermano, que se esconde y se va uno como el perro arrepentido con el rabo entre las piernas; al cabo de las quinientas la vuelve uno a encontrar con un semblante angelical, con una sonrisa de oreja a oreja, con ademanes del chapulín colorado diciendo “no contaba con mi astucia” y uno no puede entender esas cosas. Parece no causarle gracia que se aparezca tan confiada, habiendo tantos problemas, porque uno, hermano es humano. Estamos encerrados en este cuerpo que viene siendo la cárcel del alma. Pero cuando vemos los frutos de esa fe, vemos las obras, que aunque sean espirituales, son obras; y la razón como que les da el aval y a regañadientes acepta que sí, que tiene algo parecido a lo que quería, aunque haya un pero termina por aceptarla.

la deuda en pequeñas cuotas en cheque; y, lo bueno del cuento es que cuando la razón entiende que es hora de retirarse y dejar que la fe siga trabajando porque en últimas la mas beneficiada es ella. No es fácil aceptar las soluciones que trae la fe, porque es la fe (Hebreos 11:1). Las soluciones son a largo plazo, pero no queda de otra, hermano. Tenemos que confiar en ella, confiar en su sabiduría, en esa llave poderosa que tiene para abrir las bóvedas celestiales y sacar los tesoros de su sabiduría; es tener acceso a toda su riqueza y esplendor de su gloria. Fue precisamente esto que me fue entregado. Tomé las tres llaves que me llevarían a reconciliarme con Dios, ese mismo Dios a quien un día me le reboté; y, acto seguido, proceder a cancelar la deuda que tenia, para la salvación de mi alma.

(Lunes 17 de agosto de 2009)

Cuando tuve conocimiento de esas tres llaves, las cuales son: el arrepentimiento, el bautismo y el don del espíritu santo, el problemita que se me vino fue ¡cómo utilizar estas llaves!, por donde comenzar y tener el conocimiento de cómo manejarlas a su debido tiempo, de tal forma que cuando abriera una puerta, no se me cerrara la otra. Porque es como una caja fuerte con triclave. Las tres llaves son importantísimas y si solo utilizo una, o dos, , la tercera va a hacer falta. Es algo complicado pero no imposible. Por ejemplo, si mantenía en funcionamiento la llave del arrepentimiento, tenia que girar la llave del bautismo y después de dar el paso del bautismo, girar esa llave de fe donde obtenemos el don del espíritu santo , que según la misericordia de Dios, me ha revelado, que el

espíritu santo se recibe por fe; por fe creemos en la verdad que Jesucristo es Dios. La verdad es espíritu, porque la verdad es Jesucristo y Jesucristo, o sea Dios, es espíritu, y las manifestaciones del espíritu es la exteriorización de la verdad que mora en nosotros. Esto es lo fácil. Lo difícil es mantener esas puertas abiertas que nos lleva a la comunión con Dios para tener derecho a la salvación de nuestra alma. Pero que pasa hermano cuando logra uno abrir esa puerta de nuestro corazón y llega uno a pensar por un momento: ¡listo lo logré, estoy ganado!. ¿No les dije que sí podía? Y empieza uno a vanagloriarse, como a mirar a todos por encima del hombro y creerse el “chacho” de la película. ¿Pero qué pasa cuando una de esas tres llaves no permite que se abra la puerta y se empieza a tener temor de quedar de nuevo en la calle? Es cuando uno se pregunta: ¿dónde fallé? ¿No era que estaba mas preparado que un yogur y ahora a comenzar de nuevo? ¿Será que tendré otra oportunidad? Y empieza el loquito a pensar que lo difícil no es llegar, sino mantenerse. Lo difícil no es tener la revelación que Jesucristo es Dios; lo difícil es después de tener esa revelación, seguir manteniendo la mirada en él. La tarea es no dejar girar esas tres llaves que nos abra la puerta que nos lleva al camino de la salvación, sino después lograr andar por ese camino de salvación y seguir manteniendo la humildad para pedirle al señor Jesús, que nos de la fuerza de la perseverancia para no mirar atrás y tener siempre presente que lo vamos a necesitar, porque, la verdad, el único manual que tenemos, son sus consejos, exhortaciones, oraciones, enseñanzas, que encontramos en su Palabra, para grabarla, amarla, enseñarla. Todo esto actúa en cada cristiano de manera individual y privada, en cada una de nuestra vida de acuerdo a nuestra personalidad. Cuando empecé este proceso de arrepentimiento, duré mas de un año llorando casi todos los días; unas veces justificando mis actos, auto compadeciéndome de los sufrimientos pensando que ya lo había perdido todo, desconociendo que para los que hemos perdido todo nos queda Jesús. Él es el único que nos permite seguir viviendo para tener la esperanza de tener un día aceptable, un día en que lo aceptamos como nuestro único y suficiente salvador, porque “fuera de mí, nadie puede salvar” (Isa.43:11). Y si Jesucristo nos salvó, es porque es Dios del Antiguo y Nuevo Testamento. Su amor es inescrutable. Hay muchas cosas que en llegado el momento no las entendamos, como las preguntas que no tienen respuestas y otras que ni se deben hacer. Pero a su debido tiempo llegaremos a comprender haciendo parte de nuestro perfeccionamiento para llegar a la medida de ese varón perfecto que Él quiere formar en nuestra vida espiritual. De nada tenemos que jactarnos. De lo único que tenemos derecho a gloriarnos es conocerlo (Jeremías 9:23). Es saber que todo nos ayudará a bien y que en nuestras debilidades él se perfecciona.

Martes 25-08-09.

Cuando reconocí esa verdad que Jesucristo es Dios y conocí el propósito que es la salvación de mi alma, llega un momento como que no lo crees llega un momento que me digo: bueno para donde cojo, ya Dios me perdonó y echó mis pecados a lo profundo de la mar; yo se que existo para ser eterno, porque ese es el verdadero propósito, ser eterno. Y como que empieza a retroceder la película, a recordar y a traer a la memoria todo aquello que me trajo hasta aquí donde estoy parado, habiendo conseguido lo que me conviene, pero no de la forma como

hubiese querido que fueran las cosas para llegar ahí... Y vuelve la razón a pedir cuentas y la fe a susurrarme al oído: " ¡¡Cree hijo, todo lo que tienes que hacer es creer!!. No fuiste capaz de cumplir los diez mandamientos , menos hubiese podido cumplir la ley mosaica. Ahora está facilito, está botado, cree!! Y se pone este chinito firmemente a creer, a pedirle a ése Dios que me mantenga, que me ayude a retener ese espíritu que me lleva a toda verdad para no ir a perderme o desviarme del camino. Pero, como todo no es color de rosa y como las rosas mas hermosas tienen espinas, el problemita que se me presenta y que se le presenta a mas de un cristiano, es que se pone uno a mirar a los demás, se pone a mirarse en esos espejos y aparta la mirada de Jesucristo y se pone de atembado a mirar y a embelesarse con esos espejos que reflejan la vida de muchos cristianos que se han quedado mirando la vida de otros, produciendo el efecto reflejo, que es cuando nos ponemos a observar el comportamiento de los demás dejando de ser auténticos, sin dejar que nuestro espíritu nos guie, sino permitiendo que poco a poco vayamos imitando las vanidades de los demás cristianos. Cambiamos la fe por la religiosidad y nuestra comunión con Jesucristo por las costumbres. Ese efecto reflejo va desapareciendo nuestra autenticidad y se va formando la imagen de otra persona que no fue la misma que padeció y palideció para llegar a obtener la misericordia de Dios. No es la misma persona que lloró amargamente para tener un verdadero arrepentimiento, no fue la persona que tomó la decisión de buscar a Dios sobre todas las cosas. Quizá ese efecto reflejo no le permita ver realmente a la persona que uno cree estar viendo. Quizá la persona que uno está imitando no tiene a Cristo en su corazón , o ni siquiera ha tenido un verdadero arrepentimiento, o, tal vez sea ese lobo vestido de oveja del que habla la Biblia. De ahí que no debemos apartar la mirada del señor Jesucristo a quien es el único que tenemos que imitar , es el único al que cada día tenemos que parecernos mas. Tener su mirada amorosa, sus manos tiernas, su voz dulce y llena de poder y autoridad, sus pies ligeros para hacer el bien, sus pensamientos llenos de santidad porque él es santo. Otro efecto es el narcisismo espiritual, enamorarnos de nosotros mismos , es vanagloriarnos, creernos indispensables para Dios, es creer que en nada tenemos que cambiar, que tal como somos, somos perfectos para Dios, así no me parezca en nada a él. Suelo comparar este mundo secular como la sombra de lo espiritual y vemos que los hijos por lo general se parecen a sus padres y cuando se sufre el efecto del narcisismo, apartamos la mirada de Jesucristo y la ponemos pensando cada día en nosotros mismos. No buscamos tener la mente de Jesucristo para parecernos cada día mas a él, siendo imitadores de su vida.

Nos dejamos llevar por nuestra condición humana y no dejamos que nuestro espíritu nos ayude a formar nuestra propia personalidad espiritual en Cristo, que nos ayude a cambiar esa imagen que Dios conoce de cada uno de nosotros, cambiándola por una personalidad parecida a la de él.

(miércoles 26-08-09)

Tengamos presente que no es nada fácil parecernos, o ser imitadores de Jesucristo y menos que lo consigamos de la noche a la mañana. Tenemos que reconocer que de pronto en el paso de esta vida, a la vida eterna, nuestra imagen espiritual sea muy mínima o poco parecida a nuestro señor Jesucristo. ¡Pero, ojo

hermanos!, aquí es cuando la Iglesia juega un papel importantísimo, porque, si tenemos en cuenta que como Iglesia hacemos parte de ese cuerpo de Cristo, tenemos el sello de la perfección, al hacer parte de un miembro de ese cuerpo, o, sea que siendo miembro del cuerpo de Cristo, un día nos reuniremos para estar todos completos en Cristo Jesús, ya no individualmente sino como un todo, ocupando el lugar que nos corresponde en ese reino celestial. Así como humanamente nosotros ninguna parte de nuestro cuerpo la rechazamos por deshonrosa que sea, el señor Jesucristo tampoco nos rechaza si permanecemos en él, así como la uva permanece en la vid. Pero si nos desprendemos, perdemos la oportunidad de ser salvos para vida eterna.

(Lunes 24-01- 2011)

Todos necesitamos madurar espiritualmente, así como el fruto tierno espera el tiempo de llegar a su maduración, nosotros los testigos de Cristo, necesitamos esperar que surta efecto esa maduración que nos ayudará a hacerle frente a las asechanzas de Satanás, el calumniador, que a todas horas pone de presente ante Dios nuestras debilidades, buscando el lado flaco de nuestra condición humana. Por eso el verdadero cristiano, muchas veces tiene que pasar por un tiempo de sequía, un tiempo donde no le encuentre sentido a su existencia; ni le encuentre sentido y menos resultados a sus oraciones. De pronto después de la tormenta le llegue la tempestad y pensemos que no estamos en la mente de Dios, que nuestro destino está limitado a demostrarnos que no hay lugar para nosotros los pecadores y que tengamos que seguir chupando, o llevamos del bulto, porque fue lo que nos tocó, porque nacimos con la estrella negra. Pero es precisamente eso que nos hace diferentes a nosotros los humanos, esa capacidad de aguantar, de crear, de inventar cosas que no existían antes. Cuantos filósofos, eruditos y pensadores fueron tratados como locos porque pensaban diferente, porque como el salmón, nadaban contra la corriente. Por eso esos hombres tenían en la soledad, en el soliloquio la compañía de Dios Poderoso para que escuchara. Son sonidos indecibles de su espíritu que clamaba libertad espiritual. Porque como el músico, tenemos que aguzar nuestro oído espiritual; saber de donde proviene el regocijo, gozo y paz para nuestro espíritu. Porque así como secularmente hay canciones que nos alegran, hay otras que nos entristecen. Así nuestro espíritu se contriste, se agita, buscando liberación de este cuerpo que lo encierra tras barrotes de carne y hueso. Es como estar literalmente presos. A veces los que hemos cometido algún delito, a pesar de nuestra cautividad, tenemos alegrías; no todas las veces estamos pensando en la libertad. No todas las veces estamos estresados, porque a pesar de todo, tenemos para sobrevivir, alimentos, recreación, visitas, etc. etc., así también en el plano espiritual, no pretendemos ser tan espirituales creyendo ser impermeables en las dificultades del diario vivir, exigiéndole a Dios un camino perfecto para seguir derechito a la salvación. Es por eso que no nos sentimos escuchados porque no sabemos pedir, porque no sabemos poseer el conducto para tener una relación directa con Dios, así como grandes hombres la tuvieron en el pasado. Dice la Biblia que Elías era un hombre con pasiones semejantes a las nuestras y oró fervientemente. El hecho que Dios en su infinita misericordia nos haya revelado su nombre, que haya sepultado en lo profundo del mar nuestros pecados y aún nos de su santo espíritu, no quiere

decir que por ello se nos da el derecho de tener una relación directa con él. El hecho que el presidente de la república asigne una partida para la alimentación de nosotros los presos, no quiere decir que seamos allegados a sus afectos, o, que los legisladores nos concedan rebajas de pena, es porque nos quieren mucho. Nanay cucas; hay cosas que se hacen porque es de humanos hacerlas. Y si el hombre siendo malo sabe dar buenas dádivas (Hechos 10:31), no se diga de Dios que es amplio en misericordia y que su amor es eterno dándolo en medida superlativa. No estamos llamados a engañarnos. Dios nos ama, porque Dios es amor. Pero Dios, al hijo que ama lo corrige (Deuteronomio 8:5). Miremos en que sitio espiritual nos encontramos. ¿Será que hacemos la voluntad de Dios, o, simplemente nos conformamos con pensar que algún día la haremos? ¿Será que cuando Dios por medio de su palabra nos habla, nuestro corazón salta, brinca, tartamudea, pero después no dice ni una palabra de eso que nos hizo feliz? ¿Cuántos de nosotros acostumbramos anotar algún pensamiento que nos ayude a comprender su Palabra, o algún pensamiento que nos ayude a salir de apuros en un momento de prueba! ¿Cuántos logramos copiar un gesto de amor o desprendimiento, que Dios por intermedio de alguna persona nos haya dado ejemplo! Hermano, no estoy diciendo que sea fácil hacer lo que escribo, porque para mi mismo es una piedra en el zapato tener que reconocer que lo que no hago quisiera por tu bien que tú lo hicieras y que lo que hago por tu bien no lo hicieras. He pasado por sufrimientos que me han hecho llegar a esta instancia, para poderles contar mi encuentro con Cristo. Cuando era niño solía compartir la cama con cuatro hermanos para dormir, jugando a quien ocupara menos espacio en la cama. Cuando por algún motivo llegaba a dormir solo, me quedaba contemplando el firmamento por la ventana; allí acostado le pedía a Dios que cuando fuera adulto tuviera un cuarto para mi solo. Dios no solamente me regaló un cuarto, o habitación, sino que me dio tres apartamentos llenándolos de una familia maravillosa. Humanamente tenía lo que un hombre necesitaba para ser feliz. Tenía propiedades, una hermosa familia, unos preciosos hijos, un trabajo estable. Lo que en ese momento no se me pasaba por la mente era que me hacía falta Dios. Me conformaba con hacer mi trabajo bien, ser honesto en la vida, no tener ningún vicio, ser un buen esposo y padre. Un día cualquiera que estaba solo en mi casa, dije unas palabras que después encontré en la Biblia. Dije para mi que ya podía morirme, que si moría mi esposa, quedaría con el recuerdo de haber tenido un buen esposo; mis hijos me recordarían como un buen padre, con una pensión que podrían sobrevivir. Yo moriría con la conciencia tranquila. Ese día me sentí tan satisfecho de la vida, que sentí que era un buen día para morir. ¡Todo cambió en mi vida!. En un lapso de cinco meses perdí mi matrimonio, perdí mi hogar, perdí a mis hijos, perdí mis bienes y perdí mi libertad. Hubo un tiempo que no le encontraba sentido a mi existencia. Todo el entorno en que giraba mi vida desapareció. Fue como un castillo de arena que de la noche a la mañana se derrumbó. De ex policía pasé a ser un criminal. Todo se convirtió en una novela con todos los matices para una buena producción. Unos días antes era despertado por la algarabía de mis hijos en la mañana. Ahora me despertaba el ruido de las cadenas y los candados de las rejas. Antes mi esposa me llevaba el desayuno al comedor. Ahora me veía haciendo una fila para reclamar los pocos y malos

alimentos en una prisión. Todo cambió radicalmente en mi vida. Al principio busqué a Dios para que me solucionara los problemas del matrimonio, porque quise hacer hasta lo imposible para recuperar a mi esposa; quería resolver las cosas a mi manera. Quería para bien o para mal que cambiaran las cosas. No me importó mi vida ni la de mis hijos y menos la vida de mi esposa. Terminé siendo condenado a treinta y seis años de prisión. En algún momento quise quitarme la vida para compensar el mal que había causado, tratando de hacer justicia por las injusticias que había cometido. No quería deberle a nadie porque ya nada me quedaba para pagar, por cuanto de un momento a otro lo había perdido todo. Pero lo que no sabía era que aún me quedaba Dios. Era del menos que quería saber, a sabiendas que él no había hecho nada para salvar mi matrimonio. El mismo que no aceptó ningún sacrificio con tal de recobrar mi hogar. Todo se convirtió en una espesa bruma en mi vida. Estaba acorralado espiritualmente por mis pecados y recluido en una celda de prisión. Primero quería morirme porque lo tenía todo y después quería morirme por haberlo perdido todo. ¡Qué dilema! Primero lo tenía todo, pero no tenía a Dios. Ahora no tenía nada, pero tenía a Dios.

(martes 1 de febrero 2011)

Llevo cinco años, seis meses y quince días en prisión. Todavía no recupero mi libertad. No se nada de mis hijos. Cuento económicamente con lo que me ayudan mi madre y mis amigos. Sigo sin una esposa. Estoy enfermo pero aún así, cuento con lo mas importante que es la misericordia de Dios. Es paradójico, pero ¡quien iba a saber que estando privado de la libertad física, encontrara mi libertad espiritual! Recuerdo haber tenido un sueño. Con el tiempo aparecí con cinco anillos, uno en cada dedo de mi mano. Recuerdo que solo un anillo se me zafó y lo perdí. Con el tiempo llegué a tener la revelación que los cinco dedos significaban cinco meses de prueba. Cada anillo significaba una joya que tenía en mi mano, pero a la vez significaban una prueba. Perdí el amor de mi esposa, me convertí en un criminal, perdí mi libertad, perdí a mis hijos y perdí mis bienes. Hoy se que el oro se prueba con fuego para saber verdaderamente su pureza. También se que el anillo que se me zafó resignándome a perderlo, significa el amor de mi esposa. Los otros cuatro anillos significan, el perdón, mi libertad, mis hijos y mis bienes. No es fácil darle un lugar cronológico al significado de cada anillo porque me ha costado resignarme a la pérdida de mi esposa. Sigo el proceso del perdón aceptando que el pasado es un muerto que no debo cargar. Prepararme para recuperar mi libertad con la cruda realidad, que es el primer paso que me ayudará a volver a ver a mis hijos; tal vez haciendo memoria que algún día quería brindarles algo mas que amor. No es fácil escribir estos fragmentos de lo que ha sido mi vida, porque es lacerar las heridas. Pero también les cuento que ha sido la única forma de desahogarme y aceptar la realidad que tanto duele reconocerla. El tiempo, el único encargado de matar los recuerdos que me hacen culpable, permanece lúcido haciendo cada día mas gravosa la carga. No hay libertad que anhele tanto, que no sea la libertad espiritual. A veces me aferro a un imposible: Que mis hijos aún me amen, a pesar de no tener nada que ofrecerles. Cuando salga de este cementerio de seres vivientes, aceptando que habrá momentos que me asalte la

nostalgia , habrá momentos donde me acuerde de aquella piedra preciosa que tuve y la perdí. Solo hasta los treinta y cinco años de mi vida, reconocí que Dios me hizo realidad otro sueño o fantasía que tuve de niño. Era la ilusión que Dios me concediera encontrarme una piedra preciosa como la esmeralda, porque me agradaba su color verde. En esa fantasía o ilusión en cualquier oración me llevaba a probar suerte en cualquier camino, arroyo o sitio, donde pudiera encontrarla. Muy a menudo se me venia el pensamiento de llegar a encontrarla. La búsqueda de esa piedra preciosa me llevaba a pensar que el día que la encontrara, era porque Dios, había escuchado mi deseo. Hoy a los treinta y cinco años de vida, después de tantos años, en el momento menos esperado , aún evocando ese sueño de niño de encontrar literalmente esa esmeralda, llegó a mi pensamiento este proverbio: “mujer ejemplar no es fácil hallarla. Vale mas que las piedras preciosas”. Hoy después de treinta y cinco años pude reconocer que el señor Jesucristo me hizo realidad ese sueño, cuando el once de octubre de mil novecientos noventa y siete, a los veintiún años, me casé con esa piedra preciosa que pudo ser mas verde que la esmeralda; tan verde como el uniforme de la policía , verde aceituna. Nunca lo reconocí, nunca supe que la tenía. Todo esto me ha enseñado que Dios no nos da las cosas como nosotros las concebimos materialmente. En mi ceguera espiritual, perdí esa piedra preciosa . No sirvió arrodillarme, pidiéndole a Dios soluciones inmediatas. No me sirvió ayunar, flagelarme o hacer penitencia para tratar de recuperarla, todo porque tenia que reconocer que sin el amor de una mujer, también se vive. Lo entendí hoy cuando han transcurrido seis años y un mes de estar privado de la libertad. Lo entiendo hoy cuando increíblemente ha pasado todo ese tiempo y he sobrevivido sin el amor de mis hijos. Es por eso que desde que empecé a escribir, lo he hecho con la orientación de Dios, porque reconozco que escribiendo me ayuda a plasmar mis pensamientos. Y si una vez hablé, hoy cayo para ordenar mis pensamientos, para no decir lo que comúnmente a la gente le gusta escuchar; sino escribir lo que comúnmente nos suele pasar. A veces quisiera echar mano de palabras bonitas, pero hago un alto en el camino y escribo lo que la realidad me da. Miro para un lado, miro para otro, buscando quien me susurre una palabra que solo Dios me da, como la oración que escribí en mi diario personal el dos de octubre de dos mil seis:

"Señor Jesús, quisiera que las mas hermosas palabras salieran de mi pensamiento para ti; tú que conoces mi corazón, sabes que quisiera tener aquellas palabras precisas para expresar lo que pienso; aquellas palabras que pudieran encerrar aquello que quiero decirte, aquellas palabras que estuvieran de acuerdo con lo que pienso, aquellas que guardan la sabiduría para dirigirse a un Dios Todopoderoso, aquellas palabras que guardaran la distancia a un Dios que ya las conoce antes que salgan del pensamiento, porque, Señor, sí, tú conoces todo lo que pasa, ha pasado y pasará en mi vida. Se confunden mis intenciones de poder y querer expresarte todo lo que siento a pesar que todo lo conoces. Tal vez, Padre, en tu infinita misericordia, estas palabras que te digo, algún día me hagan recordar por lo que he pasado. Tal vez Padre, en mi falta de fe, estas palabras, me ayuden a recordar que algún día quería tu perdón, que te pedía por mis hijos, que sentía amargura en mi corazón, que mis ojos, mi garganta se atascaban de dolor por tantos errores juntos. Que mis lágrimas salían con gran facilidad de lo mas profundo y sublime de mi corazón y que hacía pausas para seguir escribiendo estas palabras. También Padre, para recordar que todas estas palabras salen de mi pensamiento que si bien son de un “perro” de hombre, en tu misericordia mas vale un “perro vivo que león muerto”.

**Estas oraciones eran angustiosos llamados a una vida mejor, eran ríos que formaron mis lágrimas por volver a ver a mis hijos. Por eso, por fe, Señor Jesucristo, confieso que quiero ser como aquel árbol plantado a orillas de un río, que dé mi fruto a tiempo y que mis esperanzas de volver a ver a mis hijos, no se marchiten.**

**F I N**

Libro 19X13



